

luces de navidad



francisco bitar

LUCES DE NAVIDAD

Nacho sale con una mujer mayor, pero, como no tardamos en advertir, ella no sale con él. Un padre le cuenta al hijo el cuento de una época en que amaba a su madre. Una familia invita a un vagabundo a la cena de Navidad y el vagabundo les revela una historia sorprendente. Juan lleva a su hermano por primera vez a pescar para saber si puede distraerlo de su dolorosa vida: y lo consigue. Y hay más.

Dice Luciano Lamberti: 'Este es un libro sobre parejas destrozadas, sobre gente solitaria y sobre la épica ordinaria de nuestra generación perdida. Un libro de recortes arbitrarios sobre vidas triviales que nos llevan de la mano hasta el borde del abismo: podemos ver las rajaduras en las paredes, sentir el temblor bajo los pies.

Sus personajes tratan de soportar ese estado de tensión subterránea donde todo parece a punto de venirse abajo. Atrapados en esas identidades ficticias, atraviesan crisis secretas, de disolución más que de aprendizaje. En la comedia negra en la que viven, un detalle alumbrado con la prosa nítida, transparente y a la vez poética de Bitar sirve para cuestionarlo todo. Puede ser una gotera del tanque de agua, el desodorante que usan los mozos de un bar costeño para perfumarse o una campera de cuerina verde... Bitar recorta escenas de la vida conyugal contemporánea y santafesina para mostrarnos el amable vacío de toda experiencia, en cualquier lugar, en cualquier tiempo'.

Autor: Francisco Bitar

Editorial: Nudista

ISBN: 9789871959655

Generado con: QualityEbook v0.86

Generado por: Silicon, 27/07/2019

LUCES DE NAVIDAD

FRANCISCO BITAR

francisco bitar

luces de navidad



bitar, francisco

luces de navidad / francisco bitar. - 1a ed. - río tercero: nudista, 2017.
libro digital, EPUB

archivo digital: descarga y online / isbn 978-987-1959-65-5

1. narrativa argentina. 2. relatos. I. título.
CDD A863

ficha técnica

logo - martina carcavallo / mambostudio
fotografía de tapa - sebastián pachoud
diseño y edición - martín maigua

contactos

contacto@editorialnudista.com.ar

facebook: [@edinudi](#)

twitter: [@edinudi](#)

busca más ebooks en nuestra tienda: [tiendanudista.com.ar](#)

[www.editorialnudista.com.ar](#)



queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor

LUCES DE NAVIDAD

para Ángeles

a Juan Bitar

ESTA ES UNA CAMA MATRIMONIAL

Durante las vacaciones de invierno, mientras Gastón y Aníbal, los dos hijos de Ana, viajaban por Córdoba con su padre, Nacho se instaló en la casa de ella en Rincón. La casa de Nacho, un monoambiente que sus padres alquilaban en una punta de la ciudad para que él «aprendiera a independizarse», no era el mejor lugar para estar juntos: una construcción fría y sin muebles, demasiado masculina, hubiera dicho él, aunque fuera para convivir nada más que unos pocos días.

En la casa de Ana, en cambio, había tres habitaciones y una sala grande con alfombra de cuero de vaca, lámparas con pantallas apergaminadas y un baúl cubierto por una manta tejida. De día entraban grandes caudales de luz por los ventanales de triple hoja y era posible caminar por el parque y hasta volver cansado. También había ropa acumulada sobre el respaldo de las sillas y un potus de interior que empezaba a doblarse, pero eran desprolijidades fáciles de ignorar y en conjunto se trataba de una casa más que agradable. El marido de Ana la había cedido durante el juicio de divorcio sin tener, según ella, ninguna obligación de hacerlo.

—Mi ex marido, quiero decir —se corregía ella a veces, mirando la punta de sus botitas—. Gracias a él tenemos esta casa. Eso hay que reconocerlo.

La diferencia de edad entre Nacho y Ana era evidente; podía ser su mamá, había dicho él en un asado, y sus amigos pusieron cara de desconcierto como si se tratara de sus propias madres. Pero lo cierto era que a Nacho le preocupaba esa diferencia, sobre todo cuando, al despertarse, ella salía a trabajar y él se quedaba en la cama hasta tarde. Para remediarlo, empezó a llevarla hasta la ciudad en el Fiat Uno de dos puertas, otro regalo de sus padres. Había que cebarlo y esperar unos minutos a que el motor calentara del todo. Una vez en la ciudad, a dos cuadras de su oficina, ella se despedía de

Nacho con un beso generoso y él volvía a Rincón con la sensación del trabajo terminado.

Fue así que, desde el momento en que se sintió útil, ya no se detuvo. Más de una vez durante esas dos semanas se hizo cargo de la parte que, según le habían enseñado, correspondía a la mujer (la de cocinar y lavar los platos y la ropa para ambos) y todas las veces sin excepción se encargó de la parte que le tocaba al hombre: alimentar a Secuaz y tirarle el palo, cambiar la garrafa de gas, sacar el macizo de hojas secas de la canaleta, salir a ver, armado con un martillo, si escuchaban algún ruido sospechoso. Cuando, a última hora de la tarde, volvía de juntar piñas secas y cortar leña para el hogar, ella lo recibía con un vaso de vino en cada mano. Todas las noches de las vacaciones de invierno, Nacho y Ana hicieron el amor.

Ella era una mujer menuda pero firme, perfectamente capaz de usar la misma ropa que las chicas jóvenes. De hecho, esos últimos meses se había vestido con minifaldas y medias de red, y había salido a bailar a las discos de moda. Pero algo en su manera de conducirse recordaba a todo el mundo su edad real. Una noche salió a festejar con sus compañeras del colegio católico su aniversario de egresada. De vuelta, encontró la casa a oscuras, si bien la caja de la tele seguía caliente en su dormitorio. Ana se tumbó vestida y Nacho, sin decir nada, rodeó la cama y le desató los cordones de la botita izquierda cuando ella le descargó una patada entre el pecho y el estómago.

—¿Qué hacés, tarada? —le soltó Nacho, tratando de recuperar el aire.

—Hago lo que quiero —dijo ella con un jadeo, como si acabara de despertarse, y él pensó que lo hacía de borracha, que no se lo decía a nadie en especial. Pero unos minutos más tarde, cuando él volvía a dormirse, Ana le soltó:

—Esta es mi cama. Yo hago lo que quiero en mi cama. Qué hacés vos acá —. Jadeó otra vez—. Esta es una cama matrimonial.

Ahora Nacho estaba seguro de que no le hablaba a nadie más que a él. Lo consideró una injusticia: después de todo, el hecho de desnudarla para meterla en la cama pertenecía también a la larga lista de los arreglos que él encaraba con generosidad y eficiencia.

Entre todos, hubo sin embargo uno de esos arreglos que no cedió: por más que Nacho se hubiera subido al techo de la casa y hubiera movido el brazo del flotante, el tanque de agua volvía a gotear de noche sobre el techo de chapa y

les impedía dormir hasta muy tarde. Él veía el chispeo entre las plantas colgantes, a través de la ventana, y más tarde los gotones que terminaban en un chorro. Entonces Ana volvía a jadear.

La última noche antes de que sus hijos volvieran a casa, Ana habló con ellos desde el teléfono de la sala mientras Nacho, en la cocina, cortaba en tiras un morrón. Era la última comida de su breve convivencia, por lo que había decidido superarse: estofado de cordero con verduras y papas españolas. Había empezado temprano, cuando todavía quedaba algo de sol, y ahora el olor a la salsa inundaba todas las habitaciones. En un raptó de inspiración, tiró a la cacerola un chorro del vino que estaban tomando y el olor se espesó. Nacho se sentía al mando de un trabajo delicado que, al mismo tiempo, necesitaba una mano firme.

En la sala, Ana le dijo a Aníbal que lo vería al día siguiente y que los tres irían a casa de la abuela, que los extrañaba tanto como ella. Le dijo que le dejara un beso a su hermano (hablaba con uno por vez) y se despidió diciendo «yo también». Pero enseguida habló una última palabra con el padre de los chicos; había bajado la voz para hacerlo y por más que Nacho lo intentó, no alcanzó a escuchar lo que ella decía. Llegó a poner las hornallas al mínimo.

—Mañana están acá —dijo Ana entrando en la cocina un minuto después—. Confirmado.

Él se limpió las manos con un repasador que llevaba atado a la cintura, como hacían los cocineros de la televisión.

—¿Mañana a qué hora? —preguntó Nacho y llenó su copa y la de ella.

—Tipo mediodía. Salen de allá ni bien se levantan.

Nacho asintió y volvió al estofado. Agarró la cuchara de madera.

—Podríamos comer temprano esta noche —dijo ella—. Quiero dejar todo listo antes de acostarme.

Nacho bajó la cuchara pero no la soltó. ¿Para qué la había agarrado?

—¿Qué significa temprano? —preguntó él.

Ella miró el reloj por encima de la heladera y negó con la cabeza.

—Por una vez me hubiera gustado comer a la hora que come todo el mundo —dijo.

—Tendrías que avisarme. Pensé que podíamos comer a la hora de siempre.

—Nacho, hace tres horas que estás cocinando.

No tenía sentido explicarle que el cordero llevaba tiempo y dedicación, pero a Nacho le hubiera gustado que ella lo entendiera por su cuenta.

—Ya va a estar —dijo él, por toda explicación.

—¿Ya, cuándo?

—Una hora —mintió Nacho.

Ana dio tres pasos rápidos hasta la sala pero volvió enseguida para hablar desde la puerta.

—No puedo acostarme todos los días a las tres de la madrugada. Yo no tengo veinte años.

—Mañana es domingo —dijo Nacho en su defensa.

—La cara se me hace un trapo si no duermo lo suficiente —dijo ella dos habitaciones más allá, entrando a su dormitorio. Pero de golpe volvió a aparecer para llevarse la botella empezada.

Nacho peló las papas, las cortó en rodajas y las metió al horno. Al cabo de veinte minutos, sacó la bandeja, dio vuelta las papas y las salpicó con queso rallado. Abrió un vino y metió otra vez la bandeja en el horno. Nacho iba por su segunda copa cuando Ana volvió con la botella vacía.

—Ya empaqué tus cosas —dijo.

—Qué.

—Es para ir ganando tiempo.

Ella pasó por delante de Nacho sin pedir permiso, buscó el mantel en la puerta de la alacena, después los vasos y cubiertos y terminó de poner la mesa. Después prendió un cigarrillo y se sentó a esperar.

—Ya pasó la hora —aclaró ella al cabo de un rato: tenía el reloj de frente.

—Cinco minutos —dijo él. Era una vieja estrategia de su madre la de avisar que faltaba poco para que nadie desespere. Pero cuando pasaron esos cinco minutos, Ana se lo dijo.

En ese momento empezó a sonar en el techo el agua del tanque. Era la primera vez que el goteo los encontraba en otro lugar que no fuera la cama y Ana esperó un momento antes de volver a hablar. Cada gota que pegaba sobre el techo de chapa parecía recordarles que el tiempo no hacía otra cosa que pasar y perderse.

—Me voy a dormir —dijo ella, mientras se ponía de pie—. Por favor,

deja todo limpio y ordenado.

Cinco minutos después, Nacho se servía el estofado. Le pareció que el cordero brillaba en el plato. Comió lentamente, con modales: la comida lo inspiraba. Le parecía por lejos el plato más delicioso que había probado y nada en el mundo sería capaz de arruinarlo.

—Levantate —dijo ella y lo sacudió del brazo.

Cuando abrió los ojos, la luz no iba más allá de las cortinas, como pasaba los domingos. Al lado de él, al pie del sofá, Ana había dejado el bolso con la ropa de esos días.

—Qué pasa.

Ella iba de acá para allá, escondiendo botellas de vino vacías, descargando ceniceros en la basura, metiendo en la bacha la vajilla que él no levantó de la mesa.

—Está Eduardo en la puerta, llegaron antes. ¡Levantate de una vez!

—¿Eduardo?

Por supuesto, Nacho sabía a quién se refería, pero era la primera vez que Ana decía su nombre.

—Mi marido —dijo ella, mientras se tironeaba el pelo con el cepillo. También tiró al aire una nube de perfume y la atravesó.

—¿Qué hacés? —preguntó ella, mirando por un costado del espejo.

—Tengo que pasar por el baño —dijo él—. Ya me voy.

Por toda respuesta, Ana se pasó un pañuelo descartable y su cara quedó fresca y radiante.

Nacho hizo pis y metió su cepillo de dientes en el bolsillo del pantalón. Por suerte había dormido vestido. Después se lavó la cara con agua helada: debía abrigarse antes de salir, todos estos días en Rincón habían tenido la temperatura del agua. Mientras se hacía buches con pasta dental, Ana le dejó las llaves del Uno sobre el lavatorio. Nacho escupió.

No necesitaba más indicaciones. Se abrigó y salió por la puerta de atrás mientras Ana atendía a su familia por el frente: los chicos estaban agarrados de los faldones de su bata y Secuaz saltaba más alto que nunca, a la altura del pecho de su verdadero dueño. Si bien todos miraban para otro lado, Nacho se cuidó de que no lo vieran. Rodeó la casa por el parque y saltó de un

movimiento la guarda de ladrillos después de tirar su bolso a la calle. Que revienten.

Entonces, una vez delante del auto, lo encontró abierto. Habían doblado el marco superior de las dos puertas y habían levantado la traba. La guantera estaba revuelta aunque la cartera con los papeles seguía ahí. Nacho trató de enderezar las puertas y metió la llave con dificultad. El auto no arrancó en los primeros tres intentos y Nacho se quedó inmóvil por un momento, largando vapor por la boca.

—No te arranca —dijo Eduardo.

Cuando levantó la cabeza, vio a un hombre pegado a la ventanilla y, unos pasos más atrás, a Ana y sus dos hijos.

—Me lo abrieron —dijo Nacho por el espacio entre el marco y la puerta forzada—. Capaz se robaron algo del motor.

—A ver —dijo Eduardo—. Abrí el capot.

Nacho obedeció. Era un hombre alto y macizo, con el pelo hasta los hombros.

—Ahora vemos lo del tanque —le dijo Eduardo a su ex mujer.

Cuando Nacho la miró, ella se cerraba la bata.

—Acá todo bien, flaco —dijo Eduardo desde abajo del capot—. A ver, dale arranque.

Nacho giró la llave sin resultados. Al segundo intento, mientras se escuchaban los ruidos metálicos de las partes pulsadas por Eduardo, el motor pareció agarrarse de alguna pieza mecánica y terminó arrancando.

—Gracias —dijo Nacho desde el interior del auto, aunque esta vez, a diferencia de las anteriores, él mismo había accionado el cebador.

—Esperá —dijo el ex marido de Ana y se perdió al trote en el interior de la casa.

Mientras estuvieron solos Nacho miró por encima del volante y Ana miró sus propios pies. Los chicos, en cambio, miraron a Nacho, como si estuvieran en presencia del verdadero ladrón.

Un instante después, Eduardo volvió con un rollo de cinta de embalar y un cuchillo de vajilla.

—Hace frío para que viajes por la ruta con el auto abierto. ¿Vas a Santa Fe?

Nacho asintió. El auto seguía en marcha.

—Con Ana hacíamos esto cuando viajábamos a casa de mis suegros en San Justo. ¿Te acordás, Ani? —dijo con fuerza a sus espaldas.

Ella dijo que sí y Nacho todavía la miraba cuando Eduardo le indicó que agarrara el cuchillo. El ex marido de Ana cerró la puerta con fuerza y continuó:

—Teníamos un R4 sin calefacción. Era un fierro, pero venía con una luz gruesa entre el techo y las puertas, un defecto de diseño.

Los chicos miraron a su madre y ella les sonrió.

—Cada vez que nos largábamos a la ruta —siguió Eduardo— le pedíamos a algún vecino que nos encintara los bordes. Después, con el cuchillo, abríamos el paquete desde adentro. ¿Estamos?

Nacho no dijo nada pero el hombre de afuera estaba decidido a embalar su auto. Buscó el principio de la cinta y, en un segundo, cubrió ambas puertas con doble capa.

—Más o menos así —le dijo Eduardo a su mujer—, ¿no, Ani? ¿Te acordás?

—Cómo no me voy a acordar —respondió ella, mirando el paquete.

ARROZ CON POLLO

Vamos a tener que esperar, dice el hombre y se sienta frente al chico. Es un pequeño bar con aire acondicionado, de esos que hay también en las estaciones de servicio, pero con el diario de hoy y comida mejor elaborada: pastas, ensaladas y tartas de todo tipo. Resulta difícil creer que mataron a un hombre en este lugar, pero aquello ocurrió años atrás, cuando todavía era un oscuro taller dedicado al cambio de aceite y, según algunos, al negocio de la prostitución.

Afuera el sol pega con una leve inclinación sobre los espejos laterales de las puertas delanteras y justo en ese momento, por el portón de ingreso al lavadero, un Renault 11 color crema sube la rampa con uno de los empleados al volante. A simple vista, no parece que el Renault esté sucio pero tampoco da la impresión de que pueda mejorar: es un auto viejo, sin ningún remedio.

Están terminando de aspirarlo, aclara el hombre.

El chico mira al fondo del lavadero y ve el auto con las cuatro puertas abiertas, como a punto de levantar vuelo. A un lado, las alfombras de goma todavía húmedas se secan en un alambre y brillan bajo el sol caliente del verano. Se trata de un Chevrolet Vectra, elegido el auto del año por el Salón del Automóvil de Detroit, dato que el hombre suele recordar a sus interlocutores.

El chico suelta un suspiro y el hombre dice: Qué.

¿Falta mucho?, quiere saber el chico. ¿En cuánto aspiran el auto?

El chico no está ocupado ese mediodía pero de seguro encontraría algo para hacer si no estuviera atrapado en el lavadero. Ocurre que el hombre está ya muy enfermo y necesita ayuda para manejar.

Dame diez minutos. En diez minutos volvemos, dice el hombre. Tomate

algo fresco, yo te invito. Y traé un agua para mí. Natural, agrega.

Al hombre no le gusta que tome alcohol, al menos en su presencia, pero el chico vuelve de las heladeras con una botella de cerveza. El hombre lo mira sin decir nada y el chico pone agua en un vaso y cerveza en el otro.

El hombre toma de su agua y el chico puede ver que no le es sencillo tragar. El hombre pasa la lengua por sus labios y, una vez que se asegura de que su boca está seca, dice:

Yo viví en este barrio.

El chico no lo sabe, y eso que creía conocer todas las historias del viejo. Se trata de barrio Roma, un barrio en el que viven las parejas jóvenes o las familias ya constituidas que nunca lograron despegar. El chico conoce solamente la zona del lavadero y la zona del parque Garay, donde vive una amiga de la que, un par de años atrás, estuvo enamorado. Con sólo recordar el nombre de esa amiga todavía se separa un poco de cualquier situación.

Al principio, con Cecilia, dice el hombre.

¿Sí?, suelta el chico. Algo en ese otro nombre ha captado su atención.

Sí, dice el hombre. Hace muchos años.

No sabía, confiesa el chico. Su mirada está alerta.

Yo era joven y tu mamá también, dice el hombre y mira hacia la calle por encima del hombro del chico. Éramos otros, agrega, y esa será su manera de contar la historia.

Hacía poco más de dos años que estaban de novios cuando se mudaron a un pasillo a dos cuadras de avenida Freyre. No era la primera casa que compartían (antes de que ella se recibiera de profesora de historia, Luciano, el novio, pasaba la mayoría del tiempo en el departamento de estudiante de Cecilia), pero sí era el primer departamento que alquilaban juntos. Desde Rafaela, los padres de ella le habían advertido que pondrían fin a su ayuda mensual, por lo que ni bien alcanzó su título ella consiguió tantas horas como era posible en una escuela de Nueva Pompeya, bien al norte de Santa Fe. Con eso cubrían la mayor parte de los gastos, pero él hacía un esfuerzo por no quedarse atrás y se las rebuscaba para cumplir al menos con su mitad del alquiler: Luciano cortaba el pasto en las quintas de Colastiné, pintaba paredes con un amigo, escribía reseñas para el diario.

El departamento era una especie de aborto arquitectónico. De verdad.

Había sido el resultado de un loteo mal planificado o, en todo caso, de un loteo resuelto sobre la marcha. La de ellos era la última parte de una vieja casa chorizo y, como consecuencia, cocinaban en el lugar donde había estado el depósito, dormían donde originalmente estaba el gallinero, iban al baño en el antiguo baño de servicio. Eso deprimía a Cecilia pero Luciano se esforzaba por hacerla sentir en casa y casi siempre lo conseguía. Él se creía un poco en la obligación de hacerlo: después de todo había sido *su* idea la de irse a vivir juntos.

Como te decía, eran jóvenes en esa época, lo que quiere decir que todavía eran pobres. Y cuando digo que eran pobres, me refiero a que pasaban algunas necesidades, pero te estoy hablando también de lo mejor de la pobreza. Colgaban la bolsa de pan en un clavo, por ejemplo, y no volvían a la panadería hasta no haberse terminado la última miga. El televisor funcionaba con una papa y dos agujas de tejer, como pasaba en los dibujitos que vos mirabas de chico. En serio. Tenían un solo canal, dos canales los días de suerte, y había algo en esa misma escasez que les enseñó a mirar la tele de otra forma. Todo era digno de atención: los festivales de doma, los programas de cocina, las carreras de autos. El programa favorito de él eran los documentales, el de ella, el noticiero de medianoche. Cuando empezaban los programas de enero y febrero, ellos se sorprendían un poco y tardaban un par de días en asimilarlos, y cuando se habían acostumbrado a la programación de verano y los programas del año volvían a ocupar su lugar, eso también era motivo de asombro, sabían disfrutarlo.

Durante el primer invierno, sin que hubiera paredes que pintar ni jardines para poner a punto, Luciano aprendió a cocinar, lo que significa que aprendió también a hacer las compras. Como no había modo de guardar la comida por mucho tiempo (la heladera pasaba por su peor momento y faltaba poco para que hubiera que venderla como chatarra), iba todos los días a la despensa, compraba lo necesario para la cena y el almuerzo del día siguiente y, con la bolsa de las compras en la mano, caminaba hasta la parada del colectivo para esperar a la novia. Llegaba con tiempo suficiente para entrar un rato al estacionamiento vacío del ministerio, a un paso de la parada, y sentarse a mirar los partidos de fútbol que se armaban después de horario, bajo la luz del alumbrado público. Una noche faltó un jugador y lo invitaron a entrar. Era un sueño hecho realidad. Luciano jugó por un rato hasta que Cecilia apareció por

la cancha, entonces agradeció y pidió disculpas al resto de los jugadores, se tenía que ir. No, dijo ella desde afuera, quedate. Y Cecilia también se quedó a verlo jugar. Sos bueno, le dijo después, de vuelta a casa. ¿No hay nada que hagas mal?, preguntó. Él soltó una carcajada: ganar plata, dijo, y la besó. También eso te va a salir bien algún día, dijo ella. Parecía preocupada.

Como ves, nada les impedía disfrutar de su juventud, siempre dentro de sus posibilidades. Casi todos los días había gente a cenar y las noches de fin de semana la casa se llenaba de amigos. Conversaban a los gritos, a veces con seriedad, y después cantaban o bailaban. Se quedaban bebiendo y fumando hasta el amanecer. Fue una gran época para las fiestas caseras, aunque no sé qué época no es conveniente para ese tipo de fiestas. Al otro día abrían las puertas y las ventanas y la casa parecía elevarse. Con eso era suficiente para borrar todo rastro de humo y alcohol, pero así y todo algo del fin de semana siempre volvía a aparecer durante los días de trabajo. Una etiqueta de cerveza pegada en la pared de la heladera, un corcho que salía rodando desde abajo del sillón. No solamente eso: algo del fin de semana seguía vivo también *en ellos*, cuando la novia daba clases o el novio escribía una reseña. Un paso de baile logrado, una mirada a escondidas.

Bueno, esto es lo que te quiero contar. Attendeme. Acá viene la historia.

Resulta que en una de estas fiestas aparece un amigo de un amigo. Este amigo de un amigo, que Luciano ya conoce, es egresado de comunicación social y redactor de un pasquín ilegible. De todas formas, se jacta de conocer desde adentro la interna periodística de la ciudad. Después de soltar un chorro aburridísimo (algo sobre la poca atención que suscita el periodismo de autor), le pregunta a él cómo van las cosas por el diario. Luciano responde que no sabría decirle, que tiene contacto solamente con el jefe de sección, pero que más allá de eso sabe muy poco: trabaja en casa y por su cuenta. Pero estás contratado, dice el otro, a lo que Luciano responde que no, no está contratado.

El periodista parece sorprendido y un poco indignado. Dice cosas de los directivos del diario. Les dice criminales, a lo que Luciano pregunta, un poco por hablar, por qué criminales. Por la ley tanto. ¿La ley tanto? Sí. Después de las diez colaboraciones por año, dice el periodista, tienen que contratarte sí o sí. Es la ley, repite. Luciano se queda mirando; de su vaso cae una gota de transpiración. ¿No sabías?, pregunta el periodista.

El lunes siguiente Luciano visita al jefe de sección y para el miércoles

tiene su propio escritorio. No ha sido fácil conseguirlo, pero la ley está de su parte: él ya lleva doce colaboraciones en lo que va de este año. Ahora está obligado a pasar seis horas por día en la oficina, de domingo a viernes. La paga no es buena, es incluso menor a lo que gana durante el verano, cuando el pasto crece a toda velocidad y la agenda de jardinería se carga de direcciones. Pero todavía no están en verano (apenas empieza la primavera, se acerca su cumpleaños), el nuevo trabajo tiene un sueldo fijo y Luciano puede hacer un cálculo de sus gastos, como ocurre con cualquier trabajo normal. *Es un trabajo normal.* Además, aunque remotas, hay posibilidades de crecer, de subir.

Por supuesto que, para celebrar la noticia, organizan una fiesta que coincide con su cumpleaños. Cumple 25. Es la flor de la vida y esta noche en especial él está radiante, aunque a Cecilia le parece un poco gritón. Se lo ha dicho. Hace reír a la gente. Cuando se encarga de la música, la fiesta crece, y cuando sale a bailar, todos lo siguen. Si bien hace poco más de dos semanas que Luciano trabaja en firme, ya hay algunos invitados del diario, entre ellos una correctora que, desde su llegada, incomoda al resto de las chicas. Lleva lentes de marco grueso, se ríe con naturalidad, sin perder la reserva, y no tiene problemas para integrarse. Aún así, Luciano no la mira, o no la mira especialmente, en todo caso. Pero ella sí lo mira a él.

Cuando llega el momento de la colecta para la segunda compra de bebidas, la correctora colabora con un billete de diez, lo que en esa época representaba una suma significativa. También es la hora en que los hombres se acercan con decisión a las mujeres. Un amigo le habla a la correctora, otro le pregunta a Luciano cuál es el nombre. Cecilia está cerca y escucha. Andrea, responde él. Es divina, dice el amigo, y Luciano asiente. Hay un silencio notable a pesar de la música, un silencio *por encima* de la música. Él entiende de inmediato que el hecho de haber asentido le traerá problemas más tarde, cuando los invitados se hayan ido, y quién sabe por cuánto tiempo más.

Un día de la semana siguiente, Cecilia vuelve de la escuela y no lo encuentra en la parada ni tampoco en el estacionamiento. Empieza a oscurecer más tarde y hoy, por primera vez, ha llegado a la ciudad un adelanto franco del próximo verano. Ella ha tenido que sacarse su campera de jean y un pulóver (nada hacía pensar más temprano, al salir, que haría este calor), y ahora lleva todo apretado contra su pecho, contando también carpetas y cuadernos. Hoy más que otras veces podría contar con la ayuda de su novio, pero él no tiene

por qué saber que su última hora de clases se suspendió: el campamento de cuarto B en las sierras de Córdoba ha llegado antes de lo previsto y los profesores de Educación Física quedaron a cargo del curso.

Una vez delante del pasillo, deja las cosas en el suelo y revuelve su cartera. Cuando está por meter la llave en la cerradura, la puerta se abre y ella queda cara a cara con la correctora: Cecilia puede notar perfectamente cuando la otra baja la mirada. La correctora lleva sandalias y un vestido de verano, lo que, a pesar del calor, resulta a todas luces una exageración: al fin y al cabo, hace pocos días todavía era invierno.

Ella es Andrea, dice Luciano, y Cecilia responde que ya se conocen. Cuando la correctora intenta dar un paso afuera del pasillo, patea los apuntes de Cecilia. Es un momento raro. Quedan a la vista algunas hojas de carpeta escritas con letras todavía redondas de adolescente. La correctora se inclina pero Cecilia rechaza la ayuda con gentileza. Luciano permanece parado todo el tiempo.

El camino hasta el fondo del pasillo se hace más largo que otras veces. Cecilia toma la delantera y camina sin hablar. Va tan cargada como al bajar del colectivo: ha rechazado la ayuda de Luciano. Al entrar, sobre la mesa de la cocina-comedor, encuentra una botella vacía de cerveza y dos vasos en contacto directo con la madera. No es para tanto una sola cerveza, pero al atravesar el patio para llegar hasta el baño, Cecilia alcanza a ver otro envase que todavía transpira entre las hojas del helecho. Una sola cerveza no es demasiado, pero dos cervezas ya es distinto. Es exactamente el doble.

Cuando ella vuelve, Luciano está enjuagando los vasos. Recién ahora Cecilia alcanza a notar que él no tiene puesta su remera. ¿Cómo es que los hombres en esta ciudad andan sin remera como si diera lo mismo?

Volviste temprano, dice él.

Ella agarra la botella de encima de la mesa, da un paso y la coloca en el patio, junto a la otra. Después parece pensarlo mejor y corre las dos botellas lejos del helecho, de modo que quedan a la vista.

¿Hice mal?, pregunta Cecilia de vuelta en la cocina.

Luciano pasa una rejilla por la mesada de piedra y se toma un vaso grande de agua. Después se da vuelta para quedar de frente a Cecilia por primera vez en la tarde.

¿Interrumpo?, pregunta ella.

No, se apura a decir él, ya habíamos terminado.

Ah, ya habían terminado, suelta ella.

Sí, dice Luciano. Nos volvimos caminando desde el diario. Nos dio calor y dijimos de tomar una cerveza.

Ahora Luciano pasa la rejilla por la mesa pero los círculos de los vasos y las botellas no se borran.

El repasador va antes de tomar, ¿no sabías?, dice Cecilia. Si no queda marcada la madera. ¿Tan difícil es acordarse de eso?

Entonces ella abre la puerta de entrada y también la ventana corrediza por encima del secaplatos. Él tiene que moverse de manera brusca para darle paso y, al cabo del salto, queda apoyado en la cocina, con el culo sobre las perillas.

Qué hacés, dice Luciano.

Ventilo la casa, dice ella. A ver si se va un poco ese perfume de puta.

Es algo fuerte para decir, incluso para alguien en la situación de Cecilia.

Por un momento nadie habla pero ninguno de los dos abandona la cocina. Por la ventana y la puerta entra el rumor de los autos que vuelven a casa después del segundo turno de trabajo. Ahora todos los negocios de la ciudad están cerrados a excepción de algunos kioscos y almacenes, los negocios de comida y las farmacias de turno. Este también es el momento en que Cecilia corre sus carpetas y tiende el mantel, aunque todavía sea temprano para hacerlo. De todas maneras parece importante poner algo encima de la marca de los vasos. Unas marcas que capaz nunca se borren.

¿Ya vamos a comer?, pregunta Luciano.

Quiero acostarme temprano, dice ella, aunque no se la ve tan cansada.

¿Qué tenemos para cocinar?, pregunta Cecilia.

Hay un silencio. Él mira el piso.

¿No compraste nada?

Luciano, en lugar de responder que no, dice:

Ahora voy hasta la despensa y compro unos bifés.

Ahora está cerrada la despensa, dice ella.

Bueno, dice él, me cruzo a la pollería y traigo medio pollo.

¿Te olvidaste que teníamos que comer?

¿Eh?, suelta Luciano. La pregunta es disparatada pero también está ganando tiempo.

Que si te olvidaste de la comida. Se ve que estabas muy entretenido.

Qué te pasa, dice él.

¿Qué estaba haciendo esa mina acá?

Nada. Te dije que estábamos tomando una cerveza.

Dos cervezas, dice Cecilia. Hay una diferencia. Además me dijiste que ya habían terminado. ¿Qué mierda era lo que *habían terminado*, me podés explicar?

Luciano no habla. Quiere poner en claro con ese silencio que ella ha perdido el control. Pero antes de que algo así pueda entenderse del todo, ella agarra la remera que está colgada del respaldo de la silla y se la tira con fuerza a la cara. Él alcanza a atajarla. Ya es de noche.

Ponete la remera de una vez, dice ella.

Con esto, Luciano acaba de entrar en la discusión. En general, cuando discuten, ella se adelanta, acusa primero, y no descansa hasta involucrarlo.

Qué te pensás, dice él, que yo traigo minas a la casa mientras vos estás en la escuela.

Supongo que nunca lo voy a saber.

Andrea es una compañera de trabajo.

No me la nombres, dice ella.

Andrea, repite él. Si quisiera hacer algo *con Andrea*, me la llevaría a otra parte, dice Luciano, como si conociera perfectamente cómo funcionan estas cosas.

Ni acá ni en ninguna otra parte, agrega él para que no queden dudas sobre su posición.

Ella parece calmarse. Siempre que él entra en la discusión, ella se tranquiliza un poco.

¿Me lo hubieras dicho si no los cruzaba en la puerta?, pregunta Cecilia, casi en voz baja.

Por supuesto, dice él, si no hay nada de malo en lo que hicimos.

Entonces Luciano da un paso al frente para abrazarla. Cuando lo tiene cerca, ella siente otra vez el perfume de la correctora en su piel, mezclado con el olor de las cervezas. Cecilia se aparta.

Bueno, te perdono, dice, aunque no parece demasiado convencida. Y agrega: pero no la quiero ver más en esta casa.

No te pedí perdón, dice él. Y eso de quién entra y quién no entra, no lo vas a decidir vos sola. Esta casa también es mía.

No tanto, dice ella. O no te acordás que yo pagué el depósito y el alquiler de todo el invierno. ¿Quién pagó recién las cervezas que se tomaron? Dejame adivinar.

Él no dice nada. Se pone por fin la remera, agarra sus llaves y sale del departamento.

Afuera corre un viento frío: la primavera parece ser el momento del año en que el invierno va y viene según sea de día o de noche. Por un segundo Luciano duda, no sabe adónde ir. Después decide caminar hasta el almacén de la esquina: no es exactamente un lugar al que ir pero se tomará una cerveza y, mientras lo hace, pensará qué hacer, cómo seguir a partir de ahí.

Compra y sale a tomar, sentado en el cordón. Ha pagado. Ya no necesita que le fien ni que le presten: él puede pagar perfectamente lo que toma. No tiene problemas al pedir prestado el envase: el almacenero es un tipo generoso que por lo general, al final del día, hace jueguito con una naranja.

Entonces, a unos metros de Luciano, ocurre algo extraño. Hay un choque. No parece un choque violento, para nada capaz de dejar a alguien inconsciente. El almacenero sale disparado del negocio y él también se acerca al lugar, donde uno de los autos perdió las ópticas delanteras y quedó oscuro, y el otro está abollado en la cola pero sigue iluminado.

En el auto oscuro hay una pareja, el hombre al volante. Trata de darle aire a la mujer, que tiene la cabeza hacia atrás y no responde. El otro conductor se baja del auto y, mientras se acerca, mira el abollón en el guardabarros; estaba dispuesto a pelear, pero se muestra preocupado ni bien entiende lo que pasa.

Después de la primera conmoción, hay una reacción inmediata. El almacenero se pierde en el interior del negocio para llamar una ambulancia; el otro conductor va hasta el baúl de su auto, se demora un rato buscando las balizas y las coloca atrás del auto oscuro.

Mientras tanto, Luciano mira por la ventanilla del conductor. La mujer, del otro lado, no parece herida pero, quién sabe, puede estar sangrando por dentro. El hombre la sacude de un brazo y le acaricia la mejilla. Mi amor, le dice, despertate. Le corre el pelo de la cara y se lo coloca atrás de la oreja. Es como si se pusiera a buscarla en un sueño profundo para traerla de vuelta. Llega a soplarla, a darle aire de su propio aire. Entonces las luces del tablero

se prenden de golpe, las agujas van hasta el final y vuelven a la posición de contacto, y la mujer reacciona. Arruga los ojos, igual que cuando despertás un chico prendiéndole la luz.

Ella pregunta qué pasó y el hombre le dice que chocaron. Te dormiste, dice él. Tal como te lo cuento, las palabras exactas. Entonces vuelve el almacenero avisando que la ambulancia ya está en camino, pero la mujer levanta una mano, dice que no hace falta. Me asusté, solamente, dice la mujer. El conductor del otro auto sonríe.

El espectáculo ha terminado, no hay nada más que ver ahí. Fue un accidente menor, un par de autos abollados. Luciano vuelca la cerveza en un árbol, devuelve el envase y se cruza para comprar medio pollo. Desde el mostrador de la pollería puede ver a los hombres que se ponen de acuerdo. Intercambian números de teléfono, que anotan sobre el techo del auto, atrás de la ventanilla de la mujer. Después se dan la mano, prueban el arranque y salen en la misma dirección en que venían. Quedan solamente los vidrios del choque. Anaranjados, rojos y transparentes, brillan en la esquina bajo la luz de la calle, y Luciano, que lleva la comida de esta noche, los pisa camino del departamento.

De vuelta, la mesa está servida para dos, su vaso y su plato en la punta, y a un costado, el vaso y el plato de ella. La cocina está iluminada. La casa, que había quedado a merced del clima exterior, está cerrada ahora y se ha calentado con el fuego de la olla y con el ir y venir del cuerpo de Cecilia, que prepara un arroz.

Ella tiene un cucharón en la mano y está vestida con ropa de cama: una vieja remera mangas largas que perteneció a Luciano, con cuello en V y un tigre en el pecho, un pantalón pijama y pantuflas.

Estoy haciendo arroz, dice.

Él deja el medio pollo sobre la mesada y la abraza.

Perdoname, dice ella. Es todo un poco nuevo para mí.

Es mi trabajo, tenés que entender, le dice Luciano.

Me pone contenta que estés trabajando, no es eso. Pasa que ella es tan linda. Te escuché que lo decías en tu cumpleaños.

Vos sos linda, dice él.

Ella lo abraza y Luciano vuelve a decir lo correcto:

Nunca te voy a hacer una cosa así.

¿Me lo prometés?

Te lo juro.

Qué rico olor tiene ese pollo, dice Cecilia en el pecho de Luciano.

Arroz con pollo, dice él.

El chico no tiene nada para decir después de la historia, pero cree que, aunque quisiera, no podría hablar: no hay espacio en su garganta, algo así como una piedra la está bloqueando. Lo mejor en este momento es quedarse callado.

Si bien el viejo dio algunos sorbos de su agua mientras hablaba, el chico no tocó su cerveza; ahora que uno de los empleados del lavadero se acerca y golpea el vidrio para que salgan, el nivel de la bebida en las botellas ya no cambiará. El empleado lleva una visera azul de Elf y agita las llaves del auto a la altura de su cara. Cuando el hombre y el chico se ponen de pie, el empleado mira la botella de cerveza.

El Vectra está reluciente. El chico se ofrece a manejar. Con la enfermedad, las piernas del hombre se han puesto flacas y rígidas como palos de escoba, de modo que el chico lo ayuda a subir. Cuando toma su lugar frente al volante, lo inunda el olor a la cera que usaron para repasar el tablero.

El chico baja con cuidado la rampa y hace saltar las rejillas de la entrada. Dobla hacia el centro en la primera esquina.

Papá, le dice el chico, pero se detiene en seco. Pone el cambio en punto muerto y deja que el auto descanse.

Muy lindo el cuento, continúa, aunque no suena para nada como lo que estaba por decir.

El hombre asiente sin apartar la vista de su ventanilla.

Están frente a un semáforo de calle Suipacha y, a los costados, los peatones ya no bajan a la calle: es el turno de los autos. Ellos se alejan de barrio Roma, donde el hijo amó a una chica hace pocos años. Por un tiempo pensó en volver a llamarla pero si no lo hizo entonces menos sentido tendría hacerlo ahora. En realidad, por cada día que pasa, más extraño es el llamado.

DOS CHICOS SERIOS

El día después de que Isabel y Leo estuvieran juntos por primera vez, ella debió viajar a casa de su familia en Concepción del Uruguay. Bajaron de la habitación de Leo y, sin aviso, ella le dio un beso en la boca antes de entrar al taxi. Leo vio cómo el auto se alejaba hasta doblar en la primera calle que corría rumbo el centro, primero hacia el departamento de alquiler y después a la terminal de colectivos. Solo y en cueros como estaba, debió enfrentarse de nuevo a la vida sin ella, tal como había sido siempre. Su propia calle había quedado vacía y, si hacía caso de la cortina de polvo que el taxi dejó a su paso, debería aceptar también el hecho de que este sería un verano seco, de aire estático y sin ninguna señal de vida.

Era imposible saber si Isabel volvería o no a Santa Fe: se había recibido de profesora de inglés ese diciembre y ahora tenía que negociar con sus padres la posibilidad de que ellos la mantuvieran otros seis meses en la ciudad, hasta encontrar un trabajo que le permitiera sostenerse. Ella quería quedarse y el padre la quería de vuelta en Concepción. Como tantas otras veces, había dicho Isabel, todo quedaba en manos de la madre.

Leo pasó las dos semanas siguientes fumando en la cama. Así recibió el año nuevo. Por momentos sentía el olor de ella en la almohada aunque cada vez más débil, nada más que al girar. Otras veces encontraba algún pelo de Isabel, pelos largos y negros que metía adentro de un libro. ¿Qué sería de ellos? ¿Perderían el pigmento entre las páginas del libro hasta ponerse blancos? No había pasado mucho tiempo desde que su madre le dijo que, si barría con dedicación los rincones de la casa, todavía aparecían algunos pelos de su padre.

Entonces Leo decidió que era tiempo de viajar a Concepción y poner en claro sus intenciones. Así se lo dijo a su madre.

—¿Quién es Isabel? —preguntó ella.

—Una chica —dijo Leo—. Tengo un presentimiento.

Leo sabía que no le vendría nada mal a su mamá escuchar una noticia de ese tipo después de tantos disgustos sufridos por culpa de su ex marido.

Al día siguiente la madre de Leo trajo a casa dos billetes de cien pesos. Leo usó uno de esos billetes para comprar los pasajes, cuidando que le sobrara lo suficiente para la comida de la primera noche. Con el otro billete pagaría la habitación doble por el fin de semana; dejaría dicho en la recepción que la chica de pelo negro y piel blanca era su compañera de cuarto, y que ella podía disponer de la habitación tanto como él. Imaginó que el personal del hotel lo trataría de «Señor» o de «Señor Ferro».

Sacó pasaje de ida para el viernes a la tarde y de vuelta para el domingo. La distancia no era mucha, pero sobre el final se hizo de noche y el colectivo entró en cada uno de los pueblos anteriores a Concepción. Subían y bajaban adolescentes solos o en grupo que dejaban en el pasillo nubes cargadas de colonia y fijador todavía húmedo. Iban a bailar a las discos vecinas y hablaban en voz baja pero con emoción desde los asientos de atrás. Leo lo consideró una buena señal. En la última parada, una chica se sentó atrás suyo y se pintó las uñas de los pies con tanto cuidado como se lo permitió el estado de la ruta; Leo lo supo por el olor a acetona y por la ligera presión del pie en su espalda, a través del asiento.

Las luces interiores del colectivo se prendieron en la entrada a Concepción y, una vez en la terminal, pudo ver a Isabel de pantalón chupín color negro y una musculosa gastada con el estampado de un vagón de tren. Llevaba también su pulsera de tachas (que Leo ya conocía de las fiestas en Santa Fe) y una cartera oscura con cierres dorados pegada al hueso de la cintura. De acuerdo con los parámetros de Leo, ella era arriesgada para vestirse y eso lo atraía. En este punto, como en muchos otros, Leo quería ser como ella. Y estaba impaciente por aprender.

Concepción tenía más parrillas de lo que era capaz de soportar y, como resultado, el humo de la carne asada se acumulaba en capas contra las luces del alumbrado público. Pasada la hora de la cena, sin embargo, el aire que venía desde el río aclaraba el panorama y la noche parecía empezar otra vez. En ese momento, Isabel y Leo pedían pizza y cerveza en un bar con mesas de

caño y sillas de plástico. Los dos comieron con cuidado de no llenarse, atentos a lo que sea que pudiera pasar más tarde.

Ella contó que había hablado con sus padres y que nada estaba decidido todavía. El padre no pensaba soltar un solo centavo más, y la madre, que le había prometido interceder, no dijo nada al respecto. Después, a solas las dos, Isabel se lo reprochó.

—Yo me puse a llorar —le contó Isabel a Leo—. Mi vieja me dijo que esta noche iba a hablar con él.

Isabel le parecía tan irresistible cuando tocaban temas delicados que a veces Leo tenía que cuidarse de no caer una y otra vez en conversaciones demasiado graves.

—Digamos que en este momento están hablando de eso —dijo Leo.

Ella estiró los dedos de una mano y se miró las uñas: estaban tan comidas como era posible.

—Sí, supongo —dijo ella y se sonó los dedos de esa misma mano contra el apoyabrazos de plástico.

—No te preocupes —dijo él—. Vas a conseguir trabajo al toque.

—Puede ser, pero mientras tanto necesito un lugar donde quedarme. No es tan fácil.

—Venite a vivir conmigo.

Isabel se rió pero Leo le sostuvo la mirada.

—Con vos y tu mamá —dijo ella.

—Ya le hablé de vos —dijo Leo.

Isabel dejó de sonreír.

—No digás pavadas.

—De verdad —dijo él—. Creo que quiere conocerte.

—Pavadas —sentenció ella.

Caminaron cada vez más lejos de la plaza central, hasta que los ruidos del tráfico desaparecieron. Llegaron a la zona del puerto, donde un boliche tenía prendidas sus luces azules aunque todavía no recibía gente, y siguieron camino sobre la defensa por tramos cada vez más espesos. Había acoplados desenganchados en los playones de descarga y unos pocos autos viejos y sucios en la calle, fuera de la luz directa de los faroles. Ya en el club náutico,

miraron durante un rato los botes unidos por una soga y agitados por el viento, y Leo buscó la mano de Isabel.

De vuelta, él se dejó guiar sin decir una palabra. De a poco las calles volvieron a iluminarse cuando, no muy lejos de la costa todavía, Isabel anunció:

—Esta es mi casa.

Leo se quedó duro. Era una casa de dos plantas y garaje al frente, donde los padres de Isabel ya habían subido el Ford Fiesta color azul.

—Qué hacés —dijo ella unos pasos más adelante y estiró la mano en su dirección—. Vamos, dale. Se supone que estoy en lo de una amiga.

Un perro ladró y él pensó que lo hacía desde el patio. Esa casa era el lugar de todas sus fantasías.

—¡Leo! —lo apuró ella.

Él se imaginó al volante del Fiesta y dando de comer al perro. Pero por algún motivo recordó también las quemaduras de cigarrillo en su colchón, a trescientos kilómetros de distancia.

Se hizo la hora en que la cantidad de cerveza consumida volvía loco a todo el mundo. Cualquiera cosa podía pasar a esta altura de la noche. Leo entró en el kiosco de una estación de servicio y compró cigarrillos. Una vez afuera, Isabel lo besó. Era su primer beso en Concepción y, podría decirse, su segundo beso en total. Por atrás de ellos, una moto recién desconectada del surtidor tocó dos veces la bocina y se alejó a toda velocidad. Ellos no hicieron caso. Comparados con los demás, se veían como dos chicos serios, con problemas de adultos.

El único hotel en todo el pueblo no tenía nombre y hubiera podido confundirse fácilmente con una farmacia de turno; las luces estaban apagadas adentro salvo por un velador que iluminaba una pequeña ventana junto a la puerta polarizada. Estaban ampliando y, donde terminaba la pared revocada, crecía otra con ladrillos a la vista y todavía sin lijar.

Después de tocar timbre, miraron en direcciones distintas. Isabel quedó atenta a los movimientos de la calle; Leo se fijó en las pisadas del trabajo sobre el cemento en polvo que había caído por fuera de la mezcladora.

La ventana se abrió y apareció la cara redonda de la encargada. Por lo que se podía ver, estaba vestida de camisón y tenía los ojos apenas abiertos, como

si hubiera estado viendo la tele en la oscuridad, con el aparato muy lejos.

—Disculpe —dijo Leo, aunque después de todo se trataba de un hotel—. Estamos buscando una habitación doble.

La encargada miró a Isabel, unos pasos atrás, y volvió a mirar a Leo.

—Una doble —dijo la mujer—. ¿Por cuánto tiempo? No damos turnos cortos.

—No —se apuró a decir Leo—. No queremos un turno corto. La queremos por el fin de semana.

La mujer lo miró por un segundo más y después abrió un cuaderno escolar de tapas rojas. Cuando inclinó la cabeza, Leo pudo ver las raíces blancas de su pelo.

—Son noventa pesos por los dos días —dijo la mujer, levantando la mirada otra vez—. Por adelantado.

Leo dudó un segundo.

—Bueno —dijo, tratando de ganar tiempo: el precio era demasiado para cualquier hotel pero sobre todo para uno como éste.

—Noventa pesos —repitió la mujer y cerró el cuaderno.

—Sí —dijo él, y lo decidió—: la tomamos.

Leo buscó en su bolsillo de las monedas. Apretó la medallita de San Expedito y después sacó los cien pesos.

—Esperame un segundo —dijo la encargada y desapareció con el billete.

—¿Noventa pesos? —dijo Isabel a sus espaldas—. ¿Es una joda?

Él no dijo nada. Miró hacia la esquina, donde una mujer intentaba guardar un Dodge marcha atrás. Parado junto al portón, un hombre le daba una serie de instrucciones breves que no alcanzaban a escucharse. La conductora había hecho todo bien hasta el momento: había puesto el baúl del auto exactamente alineado al portón del garaje y había subido las ruedas traseras a la rampa.

De vuelta, las pantorrillas desnudas de la mujer pasaron de largo a toda velocidad por la puerta abierta que daba a la recepción. En lugar de aparecer otra vez por la ventanita, había prendido la luz del recibidor y había abierto la puerta polarizada.

—¿Son vivos ustedes? —dijo la encargada. Llevaba puestos unos anteojos de leer y tenía la cara torcida hacia un costado.

Leo había dado un paso adelante pero se plantó en seco. Sonrió a medias y

dijo «Cómo».

—De qué te reís, raterito. —La mujer se sacó los lentes que quedaron colgando de la cadenita por encima de dos tetas gigantescas—. ¿Te pensás que sos el primero que quiere meter un billete falso en los negocios del pueblo? Todos los veranos se llena de ladrones como vos.

—¿Falso? —dijo Leo.

El billete temblaba todavía en la mano de la mujer pero de inmediato ella hizo un bollo y lo tiró al pecho de Leo.

—Se van ya mismo o llamo a la policía —amenazó la mujer.

Leo juntó el billete y volvió a estirarlo. No parecía un billete falso, a lo sumo era un billete nuevo.

—¿Cómo sabe? —preguntó Isabel. Su voz sonaba más firme que la de Leo—. Demuéstrame que es falso el billete.

Él miraba los cien pesos. En la esquina el portón se había cerrado; la traba se hundió en el suelo.

—Vos no te metás, querida —dijo la mujer—. ¿No te alcanza con tener un novio ladrón? ¿También querés ir presa?

Entonces Leo levantó la mirada de tal forma que el cruce entre las dos mujeres se detuvo de golpe. Isabel le dijo que no valía la pena y la encargada pareció dar un paso atrás. Pero justo en ese momento aparecía su marido. Era un hombre de piernas finas y manos grandes. Su espalda había tapado gran parte de la luz que salía del recibidor.

—Vayan nomás, chicos —dijo el hombre con gentileza, aunque había cruzado los brazos—. Si están en auto, hay un hotel en la ruta, para el lado de Concordia.

Ellos no respondieron. Leo trató de no pestañear ni de tragar saliva.

—Si no sigan camino, por favor —continuó el hombre y puso una mano peluda sobre el hombro de la encargada—. No van a poder quedarse acá.

Y eso dio por terminada la discusión.

—O llamo a la policía —dijo la mujer.

Una vez que doblaron la esquina, Leo se detuvo bajo el farol de mitad de cuadra.

—No te lo puedo creer —dijo, y volvió a mirar los cien pesos. El corazón le latía con fuerza.

—A ver —dijo Isabel y tomó la mano de Leo para acercar el billete—. Parece lavado. ¿No tenés otro para comparar?

—Acá no —dijo Leo, pero tampoco en Santa Fe tenía un billete de cien pesos. Este billete falso era lo único que le quedaba.

—Yo tengo uno de cinco —dijo ella y abrió la cartera para que le entrara algo de luz.

—Está todo manoseado —dijo Leo al ver el billete de cinco—. No sirve.

De todas maneras, ella miró la marca de agua de los cinco pesos y probó la calidad del papel con la yema de los dedos.

—Prestame los cien —dijo ella.

Leo le estiró el billete y después miró de su lado de la calle: ya no quedaban autos estacionados ni autos que la cruzaran en ninguna dirección.

—Vieja chota —dijo él, y al instante lamentó haberlo dicho.

Por suerte ella habló rápido, sin dejar que el comentario de Leo oscureciera las cosas:

—Vamos a la estación —dijo.

—Cómo.

—A la estación —repitió ella—. A ver si tienen el aparato.

De vuelta, el mismo camino que los había llevado al hotel parecía otro. Los carteles estaban apagados y los negocios habían quedado a oscuras en el interior con los signos del último movimiento anterior al cierre: en las mesas de pool, los tacos cruzados sobre el paño verde; en la heladería, dos delantales abollados sobre los tachos de los gustos.

Leo recordó el momento mismo en que su madre le estiraba los dos billetes de cien. Ella los había preparado especialmente y él los había guardado sin suponer ni remotamente que algo raro podía haber en ellos. Entonces una idea terrible cruzó por su cabeza: ¿y si la encargada del hotel había cambiado el billete? No se lo dijo a Isabel por miedo a que su propia voz sonara extraña. Leo bajó el mentón para que el aire no se colara por el cuello de su remera: había refrescado. Fue entonces cuando ella se acercó y pasó el brazo por abajo del suyo.

La entrada a los surtidores estaba bloqueada por las vallas de limpieza aunque no había nadie baldeando ni pasando el trapo en ese momento. El

único playero del turno miraba la tele colgante en el bar de la estación, sentado en la punta de la silla. Estaba rodeado de mesas vacías y cada tanto parecía reírse a carcajadas. Cuando ellos entraron, el playero cortó el volumen, volvió a su puesto atrás del mostrador y saludó sin dejar de sonreír.

—Queremos saber si es falso este billete —dijo Isabel y puso el billete entre ellos.

De inmediato el playero se puso serio. Era un chico de la misma edad que ellos pero la visera de YPF lo hacía más joven.

—Parece nuevo —dijo el playero después de un momento.

—¿No tenés el aparato? —le preguntó Isabel.

—Lo tienen que arreglar —respondió, al mismo tiempo que cabeceaba a un costado en dirección al detector.

De todas maneras, el playero puso otro billete de cien sobre el mostrador y buscó las diferencias. Después levantó el billete de Leo contra la luz del fluorescente: lo había tomado como un asunto personal.

—No sé —dijo al final—. Parece bueno.

Isabel y Leo se miraron.

—Pero no tengo manera de asegurarte —dijo el playero, esta vez dirigiéndose a Leo—. Está roto el aparato.

A su lado, el playero presionó dos veces la perilla del detector pero la luz negra que debía encenderse nunca se proyectó.

—Está bien —dijo Leo. La respuesta del playero lo había tranquilizado un poco—. Gracias igual.

Leo ya había dado media vuelta para salir, cuando Isabel dijo:

—Queremos dos cafés y galletitas de chocolate.

El playero la miró con desconfianza pero ella le mostró los cinco pesos. No había dudas de que este otro billete había comprado una tonelada de cosas antes y ahora estaba en perfectas condiciones de comprar dos cafés.

Leo se sentó en una mesa que daba a los surtidores y ella, en lugar de sentarse frente a él, ocupó la silla del mismo lado, como hacen los novios. Cada tanto recibían la luz directa de los autos que subían a la rampa de la estación y volvían a bajarla al encontrarse con el vallado.

El playero volvió al lugar que había ocupado antes y subió el volumen de

la tele. Leo pudo verlo a sus espaldas en el reflejo del vidrio.

—Hace frío —dijo ella, y se pegó contra él.

Era cierto. El playero era uno de esos chicos que amaban el frío del aire acondicionado o uno de esos trabajadores nocturnos que ponen la refrigeración al máximo para no dormirse durante el turno.

Leo le pasó el brazo por los hombros. Ella soltó su aliento hacia arriba y, un poco por encima de Leo, se formó una nube de vapor. Leo hizo lo mismo pero la nube no llegó a formarse.

—¿Qué pasa? Puede ser falta de alma —dijo ella en chiste—. O falta de alimentación.

Isabel le estiró una galletita de chocolate.

En ese momento el playero se rió con fuerza de lo que pasaba en la tele. Leo se comió de un bocado la primera galletita y después, en un minuto, lo que quedaba del paquete. Ella se reía.

—Parece que los nervios te abren el apetito —dijo Isabel.

—No estoy más nervioso —aclaró él con la boca llena—. Me comería otro paquete.

Ella barrió con su mano las migas de chocolate hasta el borde de la mesa y le pidió a Leo que abriera la boca. Después volcó las migas adentro.

—Ese fue el último bocado —dijo ella.

—Venía con arena —dijo Leo y los dos rieron.

—Yo hago una torta con estas galletitas.

—Mi vieja también —dijo él antes de poder evitarlo. Pero lo olvidó al segundo.

Ella sonrió y dijo:

—Tenemos muchas cosas en común con tu mamá.

—Ajá —saltó Leo.

—Capaz puedo hacerte una de esas tortas para tu cumpleaños. ¿Cuándo es? —preguntó Isabel.

Y Leo dijo una fecha.

EL VESTIDO AZUL

Dora había encontrado el vestido hacia fines de enero en lo que parecía una casa de familia de Diagonal Goyena, cerca de su propio departamento pero lejos de los paseos de compras de la ciudad. Era de noche cuando lo vio y las piernas fijas del maniquí bajo la falda de gasa parecían estar de paso por el negocio para seguir su camino hacia una fiesta de gala, en un barrio más elegante. Las mujeres que seguían de largo sin pararse a verlo le resultaban a Dora unas brutas de la peor especie, pero miró de arriba abajo a una chica que como ella había quedado hipnotizada delante de la vidriera. Deseó entonces tener una buena oportunidad de vestirlo, es decir, una buena excusa para comprarlo; después de todo, no faltaba mucho para que el verano llegara a su fin, para que el corte y el color de esa temporada (un azul profundo, de un raro buen gusto para los carcamanes de la moda) pasaran definitivamente a la historia.

Por eso, cuando Andrés le dijo que su amiga Laura se casaba a mediados de febrero y que estaban invitados a la fiesta, ella recordó de inmediato el vestido bajo la luz cenital de la vidriera y se dijo que había llegado el momento de ponerse tan hermosa como era posible, algo que no ocurría muy a menudo.

—Qué lindo —dijo ella; una noticia de ese tipo podía tranquilamente inaugurar un año de buena suerte.

—Era sabido —agregó.

—Sí —dijo él.

Parecía haber una interferencia en la línea pero era solamente la barba crecida de Andrés en contacto con el tubo. Cuando era él quien llamaba, lo hacía desde el teléfono fijo de sus padres para no gastar el crédito de su celular.

—Lindo —dijo Andrés. Ella podía imaginarlo en calzoncillos, con el televisor sin volumen y sosteniendo el tubo con el hombro.

—Es raro igual que nos haya invitado tan encima de la fecha —dijo Dora.

Andrés, al otro lado de la línea, soltó un suspiro. Ahora ella tenía que pensar en el lado oscuro de su comentario.

—¿Lo decidió a último momento? —preguntó Dora.

—¿Cuál es la diferencia? Lo importante es que nos invitó.

—Eso seguro.

—Sí.

La barba de Andrés volvió a raspar el auricular y Dora separó el tubo unos centímetros de su oreja.

—Capaz se le cayó algún invitado —dijo Dora después de un rato, con el auricular todavía a una distancia prudente.

—La conozco desde que tengo 15 años. Yo soy uno de sus primeros invitados.

Dora pensó en lo que su novio acababa de decirle.

—Bueno —le dijo.

—Sí —volvió a decir Andrés.

—Voy a ponerme linda, entonces —dijo ella.

Desde el momento mismo en que compró el vestido, pensó en un estricto plan de belleza para la semana siguiente. Debería evitar una comida por día (según su propia experiencia, el almuerzo era lo más fácil de descartar) de modo de no rechazar ninguno de los platos la noche de la fiesta. La dieta estaría acompañada de una caminata de tres kilómetros diarios a buena velocidad, nada de gimnasio. En cuanto al color de su piel, el azul del vestido iba perfectamente con su tono pálido; con ponerse un rato al sol el mismo día de la fiesta para darse apenas un toque de color, sería más que suficiente.

Cada noche de esa semana, bajo la corriente fría del aire acondicionado de su dormitorio, comprobó el resultado de sus esfuerzos antes de meterse en la cama. Lo hacía con una copa de vino blanco en una mano al mismo tiempo que con la otra hojeaba una revista o cambiaba de canal directamente desde la caja del televisor. El vestido le iba como un guante, sobre todo si se la miraba desde atrás, aunque su parte delantera también tenía lo suyo. En total, para

tener una idea fiel del calce, había que mirarla adelante y atrás.

Mientras hacía todo esto llamaba a su novio, de celular a celular. Ella estaba de buen ánimo, mucho más divertida que Andrés, quien iba a pasar esa semana preparando sus exámenes de febrero. A Dora le importaba poco que él no se concentrara lo suficiente en la charla, pero la tercera noche después de la compra, Andrés soltó un reproche: «¿Otra vez te estás probando ese vestido?», le dijo. Ella se quedó muda por un segundo.

A partir de la noche siguiente, Dora también lo llevó puesto pero Andrés nunca lo supo.

Dora y Andrés vivieron juntos durante un año, el segundo de su noviazgo. No había sido fácil al principio pero las cosas no tardaron en acomodarse y en total habían alcanzado, según los cálculos de Dora, unos seis meses de armonía. Fue para la época en que recibían gente casi todos los fines de semana, cuando los amigos de él y los de ella habían simpatizado entre sí.

Parecía haber intereses cruzados: todos ellos habían cambiado números de teléfono y los habían anotado en sus celulares, todos a excepción de Laura, la única *amiga mujer* de Andrés. Ella nunca se despegaba de su novio, ni siquiera para reírse, había dicho Dora. «Van derecho al casamiento», le devolvió Andrés, y a Dora no le gustó en absoluto la manera en que lo dijo.

Pero, en contra de todos los pronósticos, nada pasó entre ambos grupos y los amigos de Andrés, sin conquistas dignas de mención, se habían alejado del departamento dejando las reuniones a merced de los amigos de Dora. Eso significaba que Andrés podía participar de esas reuniones pero cada vez que salía con sus propios amigos, lo hacía *solo*. Dora no lo había notado hasta entonces, pero sin sus amigos y adentro de casa, Andrés era el tipo de hombre que no toleraba que hablaran en su lugar, sobre todo si eran otros hombres quienes lo hacían y tenían algo interesante para decir. El caso es que tampoco se atrevía a interrumpirlos. Se limitaba a hacer sonidos extraños con su respiración (como si tratara de sacar un carozo por la nariz) o se dedicaba a doblar las tapitas de cerveza. Después habría tiempo de hablar pestes de ellos en la intimidad.

Para este momento, Andrés empezó a hacerle reproches de todo tipo: que Dora pasaba demasiado tiempo en el consultorio donde trabajaba como recepcionista, que era una casa chica y alejada (¿alejada de qué?), que él

necesitaba quedarse hasta tarde para estudiar sin sentir que estaba molestando.

El día de la fiesta, Dora durmió tanto como pudo. A eso de las nueve de la mañana se levantó de un salto con la sensación de que llegaba tarde al consultorio pero entendió de inmediato, por el silencio al otro lado de la pared, que era sábado. Los días de trabajo empezaban temprano con la radio del vecino y terminaban con ruido a cinto de hombre: el sonido del cuero que se deslizaba y después el sonido metálico de la hebilla suelta, del tamaño de un pedal de bicicleta.

Dora se acostó otra vez y logró dormirse. La idea era descansar de un tirón sin que fuera necesario dormir la siesta: siempre se corría el riesgo de levantarse con la cara pesada y hasta era posible que una no llegara a deshincharse del todo. Si ocurriera algo así, seguro habría alguien dispuesto a pensar que habías estado llorando y, lo que era peor, preparado también para decirlo.

Almorzó cereales del paquete y un vaso de jugo multifrutal y a las cuatro en punto de la tarde subió a la terraza con una botella de agua fría. Tendió la toalla sobre la losa caliente, miró las nubes por última vez y cerró los ojos al sol.

Por cada gota de transpiración que brotaba de su piel, Dora sentía que estaba haciendo avances. Nada en especial cruzó su mente durante la primera media hora, pero en el instante mismo de abrir los ojos se dijo que podría adivinar cuál era la posición exacta de las nubes por la velocidad del viento y el tiempo transcurrido. Se volvió boca abajo.

Unos minutos después, se abrió la puerta de la terraza y la voz del vecino la saludó a sus espaldas. Era la voz de un hombre, de alguien que miraba noticieros, trabajaba duro y vivía solo. Ella también dijo hola sin mirarlo y él se acercó a la cuerda y se tomó su tiempo para colgar el lavarropas del fin de semana. Dora llevaba puesto su bikini roja con el corpiño desatado en la espalda. Bien pensado, era una manera de estar a mano: después de todo ella lo escuchaba cada noche cuando él se soltaba el cinto y se bajaba el pantalón.

Después de pasar más de una hora en el baño, se vistió exactamente como lo haría esa noche: había llegado el momento de caminar con los tacos puestos y probar los efectos del vestido en movimiento.

Subió las persianas y abrió las tres ventanas de la casa de modo que la pequeña cocina-comedor quedó atrapada en un juego de espejos. Dora entraba desde su habitación y se miraba de frente en el vidrio de la cocina y de espaldas en el vidrio de su dormitorio. Entraba desde el baño y se miraba a un costado en el vidrio del pasillo y de manera oblicua otra vez en el vidrio de la cocina.

—Mm, Dorita, hoy estás para matar —exclamó Dante, su vecino gay, desde la ventana de enfrente.

Al contrario de Dante, que no se había perdido un solo movimiento mientras preparaba tereré en su propia cocina (una réplica de la cocina de Dora), recién ahora ella advertía su presencia, su camisa amarilla desprendida y su shortcito blanco.

—¿Te gusta? —dijo Dora, poniendo el taco derecho en punta para sacar la pierna por el tajo de la pollera.

Dante se llevó el dedo índice a la frente para secarse una gota de transpiración imaginaria.

—Por favor. ¿Están de salida con el Andresito?

—Sí. Casamiento.

—Qué lindo. ¿Querés?

Dora enfundó la pierna en el vestido y recibió el primer tereré del termo de ventana a ventana, por encima del patio interno.

—Les empieza a picar cerca —dijo Dante—. Y ustedes, ¿para cuándo?

Dora agachó la cabeza. Cuando le devolvió el vaso un segundo después, pudo ver que su vecino le miraba el escote.

En ese momento entraba Raúl, la pareja de Dante, vestido de bata blanca y con el pelo enrulado y húmedo. Cargó agua por el pico y puso la pava a calentar; Raúl tomaba mate amargo y, cuando Andrés vivía en el departamento, mateaban seguido como hacían ahora Dora y Dante con el tereré. En una ocasión Andrés le había dicho a Dora que de los dos vecinos, Raúl era *el hombre*. «¿Y Dante?» había preguntado ella, «¿qué sería Dante?».

—Dorita —le dijo Raúl. El fuego de la hornalla ya estaba trabajando—, estás hermosa.

—Gracias —dijo Dora. Con eso recuperó el humor: ella también lo tomó como el cumplido de un hombre.

—Están de casamiento —informó Dante.

Raúl levantó las cejas y, por alguna extraña conexión, se movieron los pelos húmedos de su pecho. Eso también le gustó a Dora.

—Igual, vas a tener que llevar paraguas —dijo Dante.

—¿Por? —soltó Dora.

—Se viene el agua, mamita.

—¿Te parece? —dijo ella y asomó medio cuerpo por la ventana. Las nubes se habían amontonado hacia el sur de la ciudad y más allá, sobre Santo Tomé y Sauce Viejo.

—No pasa nada —dijo Dora—. Todo el mes estuvimos así y nunca llovió.

—Esta vez se viene en serio, querida. Está pronosticado chaparrones para esta noche y lluvia todo el día para mañana, ¿no cierto, Raúl?

Pero Raúl terminaba de cargar el termo y abandonaba la cocina con el mate en la mano.

—¡Dorita, pero cambiá esa cara, che! Lo importante es que estás hermosa. —Ella volvía al dormitorio cuando Dante levantó la voz—. ¡Ay, mami, mirá lo que sos! ¡Quien pudiera tener esa colita!

Pintó las uñas de sus manos y sus pies con un esmalte color rojo intenso de la marca Thelma y Louise. Frente al espejo del baño, aplicó una delgada capa de base sobre su cara y su cuello, delineó sus ojos, estiró sus pestañas y le dio brillo a sus labios con un pincel tipo hisopo. De nuevo en la habitación, se echó una nube de perfume en el cuello y los hombros. Después abrió la puerta del placar donde estaba el espejo.

Pasadas las nueve y media, Dora llamó a Andrés por primera vez en la noche pero él no atendió su celular; llevaba 45 minutos de demora. Volvió a llamarlo y esta vez dejó sonar el teléfono los siete tonos que hacía falta para llegar al contestador.

Cada motor que se acercaba por su calle le hacía parar la oreja, contando también ciclomotores y colectivos. Pero en el momento mismo en que pasaban frente al edificio, todos seguían religiosamente de largo, incluso los que iban muy lento.

—Esperá que te doy con la madre —dijo el padre de Andrés.

Antes de recibir el tubo, la madre preguntó de fondo quién era, a lo que el padre respondió «la piba».

—Hola.

—Miriam —dijo Dora.

—Sí, Dorita —dijo la madre de Andrés con la voz un poco desviada del auricular, como si le estuviera haciendo una seña a su marido—. ¿Cómo estás?

—¿Está Andrés por ahí?

Hubo un silencio que dejó paso al relato de un partido de verano.

—Andrés salió, Dora.

—¿Adónde fue?

—Ay, Dorita, no sé.

—¿Salió en el auto?

Se escuchó otra vez el relato del partido: era un cero a cero clavado y sólo por un segundo Dora envidió a su suegro que podía mirar con absoluta indiferencia por el resto del mundo un partido aburrido y sin ningún significado.

—Miriam, contestame.

—Sí, salió en el auto —dijo Miriam.

—¿Cómo estaba vestido?

—Ay, Dorita —exclamó la madre de Andrés.

Dora decidió comprar una botella de vino blanco y tomarse desde la primera hasta la última gota: sería de provecho, tanto si Andrés aparecía como si no. Mejor si aparecía, pensó. En los últimos dos meses, Andrés había adquirido la costumbre de aparecer en su departamento, de madrugada y borracho. Pero una vez en la cama no tardaba en quedarse dormido y al día siguiente no servía para nada. Ahora Andrés se iba a enterar cómo se sentía eso de que tu novia no sirviera para nada. Cerró de un golpe la puerta del placar, donde estaba el espejo. Después bajó las escaleras y salió a la calle a toda velocidad.

Cuando estaba a un paso de llegar al kiosco, una camioneta apareció desde la nada y entre los parlantes con cumbia a todo volumen, se escucharon unos gritos que Dora prefirió ignorar.

—¿Lo de siempre? —preguntó la kiosquera cuando la tuvo delante de las rejas.

Dora no entendió.

—Un vino blanco —dijo al final, pero la kiosquera ya tenía en la mano una botella de su marca y consultaba el precio en una lista.

En ese momento la camioneta dobló la esquina y se acercó. Una vez atrás de Dora, bajaron el volumen de la música. *Rápido*, quiso decir Dora a la kiosquera, pero en lugar de eso abrió su cartera de mano. Cuando la noche empezó, no pensaba gastar plata.

Le hablaron desde atrás. La kiosquera miró hacia la camioneta y después miró a Dora de arriba abajo. Arqueó las cejas y contó los billetes.

Le hablaron otra vez. Dora volvió al edificio a toda velocidad. No quería saber lo que le decían pero las palabras flotaban en sus oídos hasta que se hundían en su mente. Subió las escaleras de dos en dos y una vez en su departamento, prendió un cigarrillo, algo que tampoco pensaba hacer hasta estar en la fiesta. Después destapó la botella y se sirvió.

Era la hora del brindis.

Una buena manera de estar borracha era sentarse en el suelo y eso fue lo que hizo. Puso una mano sobre la cama como si la apoyara en el hombro de una amiga, pero no tardó en bajar la almohada desde el colchón para acostarse en el piso, bajo la mesita de luz.

Hijo de puta, escribió en su celular y envió el mensaje al número de Andrés; la pantallita le devolvió la palabra Error. Había agotado el crédito del teléfono.

Dora bajó la copa de vino desde la mesita de luz y le dio un trago sin incorporarse. Una gota le bajó desde los labios hasta la oreja.

Cagón, escribió. Error, le devolvieron.

Ahora bajó también el cenicero y los cigarrillos.

Sorete. Cagón. Miró la pantallita y soltó una nube de humo: era perfecto, exactamente lo que quería decir.

Sin cerrar la ventana ni la puerta, prendió el aire acondicionado desde el piso y se durmió.

Todavía era de noche cuando abrió los ojos. Se despertó pesada, con una sensibilidad especial para captar las frenadas y las sirenas que el viento depositaba en el interior de la habitación. Dora apagó el aire acondicionado y corrió el cenicero de arriba de su pecho. Así se sintió al levantarse: abajo del cenicero. Después, de vuelta en el mundo, escuchó también la música que entraba por la puerta y atrás suyo, a través de la pared, una risa de mujer: su vecino, el hombre de los noticieros, estaba acompañado.

Dora tosió. Fue hasta el baño y se pasó dos toallitas demaquillantes. Lo hizo sentada en el inodoro, con el tacho a su lado y fuera del alcance del espejo. Retiró también la pintura de uñas de las manos y los pies, lo último que quería era levantarse el domingo y ver las uñas rojas sobre la funda blanca de la almohada. Cuando abrió la puerta, la música que venía del departamento de Dante y Raúl se hizo clara otra vez.

—¡Dora! —le gritó Dante desde el otro lado—. ¡No llovió! ¡Es una noche hermosa!

Ella entró en su habitación.

—¡Dorita! —gritó Dante cuando ella cerraba la puerta.

Los vecinos gays, la kiosquera y los tipos de la camioneta fueron los únicos en verla esta noche. En bombacha, abrió el placar y guardó el vestido azul junto a otro largo vestido de raso que le había regalado su mamá hacía años. Qué antigüedad, pensó al recibirlo y lo sumó a su ropero como quien no puede tirar un regalo. Nunca pensó en usarlo pero ahora ¿quién lo sabía con seguridad? Todas las posibilidades, de pronto, estaban abiertas.

LUCES DE NAVIDAD

En la Navidad de mis diez años, mi viejo hizo pasar a un croto que miraba hacia nuestra mesa desde la vereda de enfrente. No era algo que ocurriera con poca frecuencia: todas las Navidades mi viejo se preocupaba por cumplir con su buena acción y, al parecer, no había sido suficiente con barrer de los placares la ropa sin uso para llevarla a casa cuna esa tarde. Para ser justos, hay que decir que mi viejo acostumbraba a hacer este tipo de cosas durante todo el año, pero era cierto también que nunca había ido tan lejos.

Yo lo había visto por la ventana y de ninguna manera tenía el aspecto de un croto típico, eso si en realidad era un croto. Llevaba un chaleco rompevientos color naranja pero en su cara no había transpiración ni señal de sofocamiento. Cada tanto, ante algún movimiento en la casa, decía dos palabras para sí mismo, algo que no me asombró en lo más mínimo; apenas lo vi, pensé: gente que habla sola.

—Pase —dijo mi viejo, después de presentarse en la vereda de casa.

Los padres de mi viejo lo miraron con recelo pero mamá alcanzó a reaccionar para pedirnos a mi hermano y a mí que nos apretáramos sobre la otra punta de la mesa, donde estaba el abuelo. Mi abuelo todavía miraba a su hijo: ¿de dónde había sacado mi viejo aquella costumbre? No de él, eso seguro. El padre de mi viejo no era exactamente lo que se dice un alma generosa.

—Él es Antonio —anunció mi viejo.

—Buenas noches —dijo Antonio mirando al resto de la mesa, y dio el primer paso en el interior de la casa—. Buen provecho.

Además del chaleco, llevaba una camisa de mangas cortas con botones de distintos juegos, vaqueros con rodilleras bien emparchadas y zapatos con

suela de goma. Tenía la piel gastada de estar al sol, como los hombres que van a vivir cien años.

—Siéntese, Antonio —dijo mi viejo—. Yo soy Oscar y mi mujer se llama Mary. Los chicos son Juan y Leo, y mis padres, Enrique y Norma.

—Hola, Antonio —dijo mi abuela con voz ahogada.

El croto asintió sin moverse.

—Ya viene mi mujer con su copa —siguió mi viejo—. Salvo que tenga que seguir camino.

Antonio negó con la cabeza.

—Acérquese, entonces —dijo mi viejo.

—Oscar —advirtió mi abuelo.

Todavía había tiempo de detener aquello: el croto no se había separado de la puerta de calle. Un paso más adelante estaba el árbol de Navidad, de plástico y tamaño chico, como debían ser los regalos. Otro paso y empezaba la escalera que conducía a nuestras habitaciones.

—No quisiera molestar —dijo el croto.

—No es ninguna molestia —aclaró mi viejo.

—Claro que es una molestia —dijo mi abuelo.

El croto hizo algo extraño: avanzó hasta la mesa y se asomó por la puerta que daba al fondo, a la cocina y el patio. Por lo que duró ese segundo, mi abuelo se despegó del respaldo.

—Gracias —dijo Antonio y colgó el chaleco en la silla, junto a mi hermano.

Leo, dos años menor que yo, tomó un trago de jugo de pomelo sosteniendo el vaso con las dos manos: con la cara adentro del vaso, nada malo podía pasarle.

—¿Ya cenó, Antonio? —dijo mamá.

—Mire que sobró de todo —agregó mi viejo.

—Asado —dijo Antonio al ver el contenido de la bandeja.

—Asado —repitió mi viejo—. No es el típico menú de Navidad pero se deja comer.

—Qué le parece.

—Nada de platos fríos —dijo mi viejo.

—Salvo por las ensaladas —explicó mamá.

—¡Y el postre! —exclamó mi hermano.

Antonio le sonrió y con eso la mesa pareció volver a la vida. No habíamos hablado demasiado hasta el momento. El punto alto de la noche había salido volando del interior de un Falcon en movimiento: un vaso plástico que salpicó la puerta de casa con un líquido celeste. Con mi hermano salimos a ver. El abuelo les gritó: él era de tomarse cualquier cosa de una manera personal.

—Le traigo, entonces —dijo mi viejo y levantó su cuchillo de la mesa.

—No hace falta. Muchas gracias —dijo Antonio con amabilidad, aunque, mientras lo decía, miraba las sobras.

—Le traigo de todas maneras —dijo mi viejo—. De la parrilla, recién salido. Si le dan ganas puede picar algo.

Mi viejo salió al patio aunque no sin antes dirigirme un gesto para que lo acompañara: yo tenía diez años y ya era tiempo de que aprendiera todo sobre cómo hacer un asado. Pero una vez afuera, como en general ocurría, él se puso a tomar vino y se olvidó de que yo estaba ahí. Era su manera de enseñar a los hijos; él te llevaba hasta el lugar indicado pero el resto corría por tu cuenta. Si no abrías los ojos, no iba a ser él quien te dijera lo que tenías que hacer.

—Oscar —dijo mi abuelo, saliendo al patio atrás de nosotros—, ¿me podés decir qué carajo estás haciendo?

—¿A qué te referís?

—No te hagás el vivo —amenazó mi abuelo—. Y mirame cuando te hablo.

Mi viejo se volvió y quedaron a un paso de distancia, mentón contra frente.

—Qué pasa —dijo mi viejo, sin que sonara en absoluto como una pregunta.

—El ciruja que está en la mesa —dijo el abuelo—. *Eso* es lo que pasa.

El abuelo era más alto que mi viejo pero en general se notaba el parentesco. En alguna parte de nuestra casa había una foto de mi abuelo de joven, con uniforme de suboficial, y no era difícil confundirlos: nariz y boca grandes, ojos castaños, gesto desafiante.

—El tipo no tiene con quién estar —le dijo mi viejo—. ¿No te parece que se le puede dar una mano?

—Esta es una cena familiar.

Mi viejo se volvió y arrinconó las brasas sobrantes en una esquina del

asador. Yo tomé nota mental.

—Es Navidad —sentenció mi viejo.

—Exacto —dijo mi abuelo—. Es Navidad. El día que uno la pasa con su familia.

Mi abuelo tenía a veces esa manera de hablar, como si cada frase fuese la última y debiera despedirse del mundo con un mensaje importante.

—Si ese ciruja está solo, es problema suyo —agregó mi abuelo volviendo a la casa—. Por algo será.

Cuando me di vuelta para verlo entrar, pude ver también al croto en la galería. Pensé que él había escuchado toda la conversación y sentí algo de vergüenza, pero lo cierto era que no estaba ahí por nosotros: apoyaba la yema de los dedos sobre la pared y avanzaba con paso muy lento. Rarísimo. ¿Qué tenían de especial esas paredes? Era lo mismo que hacían los sonámbulos de la televisión en las películas de tranoche: seguir las paredes con la punta de los dedos hasta encontrar el camino de vuelta.

—Antonio nos estaba contando que es profesor —comentó mamá cuando mi viejo y yo volvimos del patio. El abuelo ya estaba ahí, apoyado sobre el marco de la ventana, de espaldas a la mesa.

—Profesor de matemáticas —aclaró mi abuela.

—¿Ah, sí? —dijo mi viejo.

Yo volví a mirar al croto: ¿por qué no? ¿Qué sabía yo de la pinta de un profesor?

Mi viejo se sirvió vino y puso el pico de la botella sobre la copa de Antonio.

—No, gracias —dijo él—. Estoy con agua.

—Así que profesor de matemática —dijo mi viejo.

—Fui profesor de Cálculo durante diez años en la universidad —dijo Antonio.

—Le gustaba dar clases —dijo mi viejo.

—Estuvo bien hasta cierto punto. Como cualquier trabajo, supongo.

Mi viejo sonrió y dijo:

—Seguro.

El abuelo volvió a su lugar en la otra punta de la mesa y se puso a comer

ensalada de papas directamente de la ensaladera. Mi abuelo era capaz de comer durante horas; mientras hubiera comida en la mesa, mi abuelo comería.

—Capaz una puntita —dijo Antonio, señalando el pedazo de carne que mi viejo acababa de traer.

—Por favor, lo que quiera —dijo mamá y mi viejo le alcanzó sus propios cubiertos. Pero antes de que Antonio pudiera servirse, mi abuelo le habló.

—¿Y su familia? —soltó sin levantar la vista de la ensalada—. ¿Qué nos cuenta de su familia, Antonio?

Antonio lo miró y después retiró las manos de la mesa.

—Usted sabe —agregó el abuelo—. Una mujer, hijos. Algo de eso.

Hubo un silencio que dejó pasar los primeros petardos. Uno de ellos pareció explotar en la copa de nuestro árbol.

—Juancito es el matemático de la familia, ¿no, Juani? —dijo mi abuela—. Este año sacó dieces en todas las evaluaciones.

Yo me quedé duro; nunca había pensado ni remotamente en algo como eso: el matemático de la familia.

—¿De verdad? —preguntó Antonio.

Yo quería ser bañero. El año anterior habíamos viajado al mar por primera vez y me parecía que ser bañero era la mejor manera de no separarme demasiado de la orilla. Piscinas climatizadas en invierno y mar en verano: yo había pensado en todo. Una vida celeste.

—Sí —dije por toda respuesta, aunque no sabía con claridad a qué cosa estaba respondiendo.

—Yo quería ser corredor de motos cuando tenía tu edad —dijo Antonio.

—¿Motos? —le pregunté.

—Motos —confirmó Antonio—. Me gustaba la bici como ninguna otra cosa en el mundo. ¿Y qué había en el mundo más parecido?

—Una moto —dijo Leo.

—Exacto. Una moto es como una bici adulta.

Todos sonreímos pero Leo lo pensó por un segundo.

—¿Y cuando se hace vieja? —preguntó.

—Eso es un auto —dijo Antonio.

Mi hermano lanzó una carcajada y mi viejo también se rió.

—Así que le gustaban los cálculos —interrumpió mi abuelo, como si le

hablara a la ensalada.

Hubo que hacer un esfuerzo por volver a ese punto de la conversación. A la abuela se le cayó un poco la sonrisa. Leo miró al abuelo y pestañeó.

—Era el nombre de la materia —aclaró Antonio—. Cálculo uno.

—Cálculo uno —repitió mi abuelo.

Antonio respiró dos veces antes de volver a hablar.

—Sí —dijo Antonio—. Más bien me gustaban los números.

No se entendía adónde quería llegar mi abuelo. Entonces, con voz ensayada, lo soltó:

—Porque no parece que usted tuviera todo calculado.

—Enrique —dijo mi abuela.

—Enrique qué —dijo el abuelo.

Afuera se escucharon unas metrallas y un silbido al elevarse por encima del barrio. Era la guerra.

—Para qué —empezó a decir mi abuela, con toda razón.

—Bueno, también nos puede contar esa parte, ¿no? —exclamó el abuelo—. ¿Qué pasó con el trabajo de la universidad, Antonio? ¿Dónde está su familia esta noche?

Antonio bajó la mirada hasta los botones de su camisa, todos de distintos colores y tamaños.

—No tiene que contestar, Antonio —dijo mi viejo.

Entonces mi abuelo levantó la voz:

—¿Cómo que no tiene que contestar? Le estoy hablando. Así que cuando yo le hablo, el señor no tiene necesidad de contestar.

—Mejor me voy —dijo Antonio—. Muchas gracias por todo.

—Por favor —dijo mi viejo, poniendo la mano sobre el antebrazo de su invitado—. Coma algo. Quédese a brindar.

—Claro. Quédese, Antonio —dijo mi abuelo—. Cualquiera puede pasarla acá esta noche. No hay que hacer ningún mérito para sentarse en esta mesa.

Mi viejo cruzó los cubiertos sobre el plato y se inclinó hacia delante. Pero mi abuelo ya atacaba otra vez la ensaladera.

—Juani, andá a apagar las brasas —ordenó mamá—. Leo, ayúdalo a tu hermano.

Camino al patio volví a sentir esa gran compasión por mi viejo. Él era un

hombre joven, con la fuerza de cien chicos como yo, pero toda la vida, cuando se trató del abuelo, perdía claridad, perdía la fe en sí mismo.

—¿Por qué esperamos? —me preguntó Leo, una vez que yo había apagado las brasas de la parrilla con el agua vieja de un florero.

—Porque hay que esperar —dije por toda explicación. Yo me daba aires en esa época de entender los problemas de los adultos y pensé que eso era justamente lo que ellos querían.

Leo se puso a quemar fósforos arriba del asador; mi hermano amaba los fósforos o, en todo caso, amaba el fuego en todas sus formas. En general no se lo permitía, pero esta vez, la noche de Navidad, yo no le iba a decir nada. El primer fósforo se consumió con un chispazo. El segundo se retorció de a poco hasta formar un signo de pregunta y llegó hasta los dedos de mi hermano. Eso lo hizo sonreír.

—Vamos —dije yo.

—Gracias, Juani —dijo mamá a la vuelta. La abuela me sonrió y volvió a bajar la vista: nada se había arreglado.

—¿No hay más ensalada? —preguntó mi abuelo con la boca llena todavía.

—No, Enrique —dijo mamá—. Eso era lo último.

—Pasame la carne, entonces.

—No —ordenó mi viejo y cruzó la mano sobre la bandeja—. Ya comió suficiente.

Esta vez el abuelo clavó la vista en su hijo.

—Cómo —dijo el abuelo.

—Oscar —dijo mamá.

Mi viejo no la miró: él y mi abuelo estaban por definir cuál era la verdadera punta de la mesa.

—Son las doce, Oscar —dijo mamá.

Afuera se escuchaban con claridad las esquirlas de las bombas seguidas de las alarmas de auto. Cada tanto el aullido de un coche bomba cruzaba la noche, un ruido que no era parte del festejo precisamente y que dejaba a su paso caras de inquietud de un segundo de duración.

Mi hermano estaba armado con una nueva caja de fósforos, esta vez con fósforos explosivos. Mi abuela se tapaba las orejas y sonreía. Un farol chino

pasó por encima de las casas de enfrente y Antonio lo siguió con la vista. Su cara se iluminaba y volvía a oscurecerse y me pareció que era exactamente el tipo de gesto que le cabía, como si viviera abajo de un puente y cada noche viera pasar los camiones por delante de la luna.

—¡Ferro! —gritó Fanlo, el vecino de enfrente—. ¡Feliz Navidad!

Mi viejo levantó la mano pero Fanlo ya no lo miraba. Había encendido la mecha de un tres tiros que salió disparado al aire y alumbró las hojas de los fresnos. El hijo adolescente de Fanlo aplaudió y su madre miró en nuestra dirección con una sonrisa escalofriante, de esas que ponen las mujeres que no sonríen demasiado.

—Ya van a ver —dijo mi abuelo y se metió en la casa.

Volvió con paso firme, cargando dos cañitas voladoras que le llegaban a la cintura y terminaban en un cohete de plástico. Leo miró al abuelo con admiración y respeto, y cortó con los fósforos para dar paso a la atracción principal.

Mi abuelo puso una botella de vino en el medio de la calle, bajo un claro entre los árboles. Los Fanlo quedaron expectantes y un poco intimidados, pero ya era demasiado tarde para desentenderse.

Mi abuelo le dio fuego a la primera cañita pero la mecha se consumió por completo sin que el cohete se moviera de la botella. Esperamos unos segundos más pero la cañita estaba muerta: había empezado a encorvarse.

—Hija de puta —dijo mi abuelo, que volvió a acercarse a la botella.

—Cuidado —le advirtió mi viejo desde la vereda—. No pongas la cara arriba.

Mi abuelo cambió la cañita y acercó el encendedor. Esta vez la mecha soltó un chispazo al acercarse a la punta. Pero justo cuando estaba despegando, la botella se fue al piso y la segunda cañita salió disparada hacia la calle, en contramano.

—¡Uh! —exclamó mi hermano.

Mi viejo arrugó los ojos esperando que nadie doblara la esquina.

—No puede ser —dijo el abuelo sin fuerzas, mirando la esquina y, más lejos todavía, hacia el resto de la ciudad que ahora empezaba a quedar en silencio.

—No pasa nada —dijo mi viejo, tratando de consolar a mi abuelo.

—Sí, pasa —dijo mi abuelo de un modo muy pausado, aceptando la derrota.

Estábamos sentados a la mesa otra vez, todos de vuelta en nuestros puestos. Ahora mi abuela cambiaba la bandeja de carne por la ensalada de frutas que ella misma había preparado, con una abrumadora mayoría de latas de conserva. Una ensalada de frutas completamente amarilla.

—El postre —dijo la abuela con un cantito.

Mamá trajo el champagne y se lo estiró a mi abuelo que con eso pareció volver un poco a la realidad.

—La base de una botella de vino es demasiado liviana para aguantar una cañita como esa —explicó mi abuelo—. Con una botella de champagne hubiera funcionado.

Mi abuelo abrió la botella sin hacer saltar el corcho, lo que decepcionó un poco a todos.

—Pero en lugar de brindar, nos entretuvimos con este tipo —agregó.

—Papá —dijo mi viejo.

Mi abuelo miró el espacio entre sus pies, abajo de la mesa, y asintió. Después estiró el champagne en dirección a mamá y ella se encargó de servir en las copas de los grandes. Yo serví jugo para Leo y para mí.

Apretando el vaso contra su pecho, mi hermano apoyó la mano libre en el hombro de mi abuelo. No eran de hablar mucho entre ellos pero en ese momento Leo le dijo:

—Esa cañita fue lo mejor.

Mi abuelo levantó la cabeza y lo miró.

—¿Te parece? —preguntó, y parecía que de verdad le interesaba saber si mi hermano hablaba en serio.

—Lo mejor —repitió Leo, que en esa época dividía el mundo entero entre «lo mejor» y «lo peor».

Mi viejo se puso de pie con su copa en la mano.

—¿Por qué brindamos?

Todos nos levantamos después de él.

—Por la familia —dijo mi abuelo, y revolvió el pelo de mi hermano.

Chocamos las copas. Hasta Antonio sonreía. Tenía más dientes de lo que

yo pensaba.

—A los regalos —dijo mi viejo.

Mamá se encargó de apagar una por una las luces de la casa a excepción de las luces del arbolito, una vieja costumbre que ella tenía de chica y que ahora era nuestra. Si alguien pasaba por afuera y miraba a través del vidrio esmerilado de la puerta, hubiera visto unas sombras reunidas junto a un fuego chico pero poderoso.

Mamá se arrodilló junto al arbolito: ella era joven y elástica en esa época, y era capaz de arrodillarse contra el piso más duro sin ninguna queja al respecto. Puso los regalos contra las luces del arbolito para leer las etiquetas y anunció uno por uno los nombres de todos nosotros.

Yo recibí una navaja suiza de doce usos y mi hermano una pistola de balines. Mi viejo le regaló a mamá un perfume de frasco rojo, y ella a él un par de sandalias. Se abrazaron. Mi abuela se cambió los aros que llevaba por los que había recibido, de cristal de roca azul y verde, y mi abuelo sonrió al descubrir un sombrero de paja en su paquete. Era una clara señal de que le quedaba poco pelo y que debería cuidarse del sol este verano, pero parecía contento. El abuelo se puso el sombrero y sonrió.

—Disculpe, Antonio —dijo mi viejo—. No tenemos regalos para usted. No esperábamos la visita.

Todos lo miramos y mamá, que todavía estaba entre los brazos de mi viejo, puso su mano sobre el codo de Antonio en señal de apoyo.

—Faltaba más —dijo él.

Mamá retiró su mano y volvió a ser toda de mi viejo.

—Igual —dijo Antonio—, podrían hacerme un regalo.

Por primera vez mi viejo lo miró con extrañeza y mi abuelo volvió a su gesto de desconfianza, un gesto que decía al mismo tiempo: «Ahora este croto va a mostrar su verdadera cara» y, también, «yo se los dije».

—Quisiera dar una vuelta por la planta alta —dijo Antonio.

Mi hermano y yo miramos a mi viejo.

—Yo vivía en esta casa —agregó Antonio.

Mi vieja se adelantó con el encendedor, sin prender las luces de la escalera: al fin y al cabo este era el regalo de Antonio y, por lo que duraba la

ceremonia, nada más que el hilo de luces del arbolito podía iluminar la casa. Una vez arriba, mamá activó el foco del baño. Nunca habíamos sido tantos en el primer piso.

De pasada, Antonio dijo: «Este mueble es nuevo», señalando el toallero que mi viejo había construido con madera de pino y que colgaba junto al lavatorio. Con el paso siguiente, Antonio entró en la habitación de mi hermano y apretó la perilla sin mirarla.

—Igual —dijo Antonio—. La cama de mi hija también estaba de este lado, enfrente de la ventana.

Se acercó a un extremo del cuarto, sobre la cabecera de la cama, y miró de cerca la pared, inspeccionando las imperfecciones.

—Acá había un cuadro ovalado. Como una cara —dijo Antonio, poniendo el dedo índice sobre una picadura—. Era el dibujo de un chico tirado abajo de un poste, con un yuyo seco en la boca y la gorra sobre los ojos. Mi hija decía que estaba esperando una carta.

Antonio hablaba con un tono muy bajo, como si se lo estuviera contando a sí mismo y, a modo de respuesta, una voz interior le dijera «ahora me acuerdo». Después dio dos pasos hacia un costado y encontró una nueva picadura.

—Acá había un cuadro de mamá —dijo Antonio apoyando el dedo—. Una foto de la abuela de mi hija.

Nos abrimos para darle paso. Antonio apagó la luz de la pieza de Leo y, después de cruzar el distribuidor, prendió la luz de mi habitación.

—Éste era mi estudio —dijo.

Antonio se detuvo en el centro exacto, entre mi cama y una pequeña biblioteca de caña y vidrio, y nos miró:

—Éste es el lugar que recibe el mejor sol en toda la pieza —dijo—. Acá estaba mi escritorio.

Era cierto. Mi hermano y yo teníamos un perro (el Coco, muerto de moquillo) que pasaba las tardes de invierno exactamente en ese punto.

—Está desaprovechado —dijo Antonio al apagar la luz, y yo pensé otra vez en el Coco, en el día en que el veterinario nos dijo que tenía fiebre.

Entonces Antonio volvió a pedirnos paso. Prendió la luz desde afuera de la habitación de mis padres y, después de mirar en silencio hacia el interior

durante un segundo, tomó aire y se descalzó. Miró por la ventana que daba a la calle y revisó el placar donde guardábamos las bolsas con ropa de la estación contraria. Después, sentado al borde del colchón, abrió la cama del lado de mamá con un movimiento muy delicado y pasó la mano suavemente por la sábana y sobre la almohada, como si estuviera junto a alguien que había dormido lo suficiente y ahora él llegara a acariciarla, aunque no para que despertara sino para que siguiera durmiendo.

—Apaguen, por favor —dijo Antonio en voz baja y sin volverse.

Mamá puso la mano sobre el interruptor y, por más que no existiera un modo delicado de apagar la luz, lo hizo suavemente.

Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad y por fin pudimos verlo, Antonio apareció acostado del lado de papá. Llevaba los brazos estirados a cada lado del cuerpo y tenía el pecho cuarteado por la luz de la calle que se filtraba entre las hojas. Eso era todo. Ahora el único movimiento en la habitación venía desde afuera, el de un viento leve que movía la sombra de las hojas y las hacía temblar.

—¿Seguro que no necesitás una mano? —preguntó mi abuelo.

Estábamos parados junto a la puerta de calle, hablando un poco más bajo que lo habitual.

—Vayan tranquilos —dijo mi viejo a sus padres—. Nosotros nos arreglamos.

Ya habían sido suficientes sobresaltos para mi abuela. Si se lo pensaba desde su ritmo diario, era como vivir una semana en una noche.

—Bueno, hablamos mañana o pasado —dijo mi abuelo; una propuesta para nada frecuente.

—Seguro —dijo mi viejo sin levantar la voz, y lo palmeó en la espalda.

Con mamá y mi viejo levantamos la mesa sin decir una palabra. Para nuestra sorpresa, Leo había empezado a ayudar pero abandonó la tarea al final del primer viaje, cuando juntó dos sillas y se acostó a dormir. Desde afuera apenas si llegaba todavía la explosión de un último petardo o el grito de alguien que confundía la Navidad con el día del juicio. Pero después de lo ocurrido esa noche, todos los ruidos exteriores se asimilaban sin sobresaltos al silencio de la casa.

—Voy a llevar a Leo a la cama —dijo mamá en la cocina.

—Te acompaño —dijo mi viejo.

—No pasa nada.

—Está bien —dijo mi viejo.

—Vos subís después con Juan.

Mi viejo la abrazó y estuvieron así durante un rato, entre las botellas a medio tomar y los platos sucios. Un segundo más tarde se escuchaban, justo arriba nuestro, los pasos lentos en la escalera: mi hermano todavía subía los escalones de uno en uno.

Mi viejo enjuagó dos vasos y los llevó a la mesa junto con una botella abierta de vino. Nos sentamos. La mesa estaba completamente pelada, salvo por la botella y los vasos, y mi viejo ya miraba para otro lado, perdido otra vez en sus pensamientos. ¿Qué significaba esto? ¿Que, además de hacer asados, era el momento de empezar a beber? El vaso que no era suyo estaba vacío. Una vez, en el cumpleaños de un compañero, donde los adultos, como los chicos, toman en vasos de plástico, yo había probado vino blanco pensando que era jugo. Casi me largo a llorar.

Estaba decidido: iba a servirme nada más que un trago, para empezar desde el principio, cuando otra vez se escucharon pasos en la escalera. Un segundo después aparecía Antonio en los últimos escalones, a un costado del arbolito. Se sentó enfrente de mi viejo, donde colgaba su chaleco naranja. Tenía la cara distinta pero no de dormir. Tampoco de llorar, por ejemplo.

—Gracias —dijo después de un rato.

Por toda respuesta mi viejo sirvió vino en el vaso vacío y Antonio bebió.

—¿Quiere un cigarrillo? —preguntó mi viejo.

Antonio recibió el cigarrillo pero lo dejó sobre la mesa.

—Nunca fumé —dijo.

—No se preocupe —dijo mi viejo prendiendo el suyo. Y después de soltar la primera bocanada, agregó:

—Es fácil.

Esa noche de Navidad, Antonio fumó su primer cigarrillo ante la mirada de mi viejo y la mía. Al cabo de la primera pitada contuvo un acceso de tos pero al final del cigarrillo fumaba como un experto. Hasta entonces yo había pensado que un fumador debía practicar toda su vida para hacerlo de esa

manera, pero ahora pensé que era exactamente al revés, que era la vida la que te preparaba para alcanzar la perfección.

—Bueno —dijo Antonio al final, y se levantó.

El último bollo de humo estaba desapareciendo todavía en el cenicero.

—Para el camino —dijo mi viejo, y le alcanzó el resto de su atado junto con el encendedor.

Ya en la puerta, Antonio le estiró la mano derecha, donde no llevaba el chaleco, y mi viejo la apretó en el aire, justo a la altura de mi frente.

—Puede volver cuando quiera —dijo mi viejo.

Antonio asintió y cruzó la calle.

Eso fue todo. El croto había desaparecido de nuestras vidas y antes de que yo tuviera la oportunidad de enterarme, mi viejo había apagado la luz y había subido a la habitación. Quedé inmóvil durante un segundo, a la luz del arbolito, y después miré a través del vidrio de la puerta.

Antonio estaba al otro lado de la calle, donde yo lo había visto por primera vez. Ya no hablaba solo, como si hubiera dicho todo lo que tenía para decir por esta noche. O como si hubiera descubierto una nueva manera de quedarse callado: Antonio, en la vereda de enfrente, había prendido el segundo cigarrillo de su vida.

—Juan —sentí que me llamaban desde arriba, con esa voz que se usa para no hacer ruido y que suena como un martillo envuelto por un trapo.

—A dormir —ordenó mamá.

Antes de subir, fui hasta la cocina como todas las noches y me serví un vaso de agua para llevar a la cama. De vuelta, junté con el pie los envoltorios de los regalos y los arrastré hasta abajo del arbolito.

Entonces volví a mirar la vereda de enfrente. Antonio ya no estaba pero en su lugar había una pila de humo del largo de una persona cualquiera. Yo era algo mayor entonces pero lo cierto era que todavía me impresionaba con facilidad y, ante la pila de humo, pensé en un fantasma. No en un fantasma tan aterrador como los que aparecían en la tele. Más bien me imaginé un fantasma como otros, de una altura promedio, un fantasma común y corriente.

LA IMAGINACIÓN DEL PESCADOR

La primera y última vez que salieron a pescar, Juan y Leo tenían nueve y siete años, y la experiencia los decepcionó: la boya de los mojarreros no había bajado todavía ni, por lo menos, se habían enganchado los anzuelos en los fierros hundidos del viejo puente, cuando ya estaban los dos en el asiento trasero del auto, recorriendo el camino de vuelta a casa.

No podía decirse que el padre careciera de confianza en los rituales que convertían a un hijo en un hombre (al contrario, había sido respetuoso de la mayoría de ellos), pero no contaba con la paciencia suficiente como para quedarse quieto hasta el final del trabajo: si les explicaba cómo arrancar un auto, se cansaba antes de llegar a la caja de cambios, y si colgaba un saco de arena en la terraza, les enseñaba dónde colocar el pulgar al cerrar el puño pero no a ponerse en guardia, de modo que, una vez en la escuela, habían aprendido a pegar pero no cómo evitar los golpes.

En el caso de la pesca en particular, la excursión al río había llegado a su fin antes de que nada excitante hubiera pasado. Por todo espectáculo, vieron pasar una rata del tamaño de un gato adulto entre las piedras de la defensa, Leo hizo pucheros y el padre aprovechó para anunciar la vuelta.

Con el correr de los años, a ninguno de los hermanos se le ocurriría repetirlo: cuando algún amigo hablaba de pescar, tanto Leo como Juan decían que la pesca los aburría. También habían abandonado las bolsas de boxeo y las peleas a cara descubierta, y, por lo menos en el caso de Leo, nunca había llegado a conducir un auto propio. Juan era dueño de una R12 break que todavía arrancaba y, a diferencia de su hermano, seguía casado con su primera mujer, Clara.

Juan se preguntaba en qué andaría su hermano menor. Las llamadas de martes y jueves le habían anunciado que el teléfono estaba fuera de servicio.

No quería consultarlo con Isabel, la ex mujer de Leo, hasta no estar seguro de que había suficientes motivos para preocuparla: era un momento delicado para hacerlo, en el que tanto Leo como Isabel velaban por la salud del otro más que por la propia. Hoy era sábado y, después de un sueño intranquilo, Juan se había levantado dispuesto a encontrar a su hermano.

—¿Y qué vas a hacer cuando lo encuentres? —preguntó Clara, mientras soplabla su café y se movía la espuma.

—Pensaba traerlo a almorzar.

Ella no despegó la vista del recuadro de una nueva dieta en la sección Salud. En ninguna parte del diario Clara se detenía con mayor atención: era una mujer que veía la entrada a la madurez como la posibilidad de engordar. Sin embargo, se cansaba rápido de las dietas y como muchas personas de buen comer tendía a los comentarios sarcásticos.

—Traerlo a almorzar —dijo ella—. Estás lleno de ideas.

—¿Y qué voy a hacer? —preguntó Juan, de pantuflas todavía, con el mate en una mano y el termo en la otra—. No es un tipo que viva al límite, mi hermano.

—No hace falta vivir al límite —dijo Clara sin mirarlo—. Podés llevarlo a pescar, por ejemplo.

Juan admiraba en secreto ese tipo de respuestas certeras que no daban crédito en absoluto al asunto en cuestión.

—No sabemos pescar —se resistió él por un momento—, ya te conté esa historia.

—Debe ser muy difícil —dijo ella.

Entonces Juan corrió el termo de adelante, miró el diario y dijo:

—¿Qué día te toca pescado?

Ella puso el índice en el extremo derecho del cuadro:

—Los domingos —dijo—. Con medio plato de calabacitas doradas y cortadas en cubos.

Después de recorrer el largo camino paralelo al río que marcaba el borde de la ciudad y de golpear la puerta sin que nadie saliera a atenderlo, Juan tanteó el picaporte en la nueva casa de alquiler de su hermano.

En el interior, todo conservaba el mismo aspecto que hacía dos semanas,

cuando vino por última vez, el bolso de trabajo de Leo sobre la pequeña mesa de la cocina-comedor y el único abrigo, un gabán marrón que había pertenecido a su abuelo, colgando de un clavo remachado entre la puerta y la ventana. Cuando dio un paso más, encontró un par de señales de que su hermano seguía con vida: el colchón de su dormitorio parecía usado hasta recién y la cadena del baño había quedado perdiendo.

De vuelta en el comedor, vació un cenicero repleto en el tacho de basura y, desde la ventana, pudo ver a su hermano de espaldas, sentado en la parte seca de la playa. Antes de bajar, Juan levantó el tubo del teléfono que, con un silencio absoluto, le decía exactamente lo contrario que el colchón y el inodoro.

—Ey —dijo Juan una vez en la playa. Su sombra estaba en las rodillas de su hermano desde hacía por lo menos un minuto.

Leo se volvió desde la silla plegable de cintas de goma y se tapó el sol con la mano.

—¿Juan? —preguntó Leo. Llevaba pantalón de gimnasia y alpargatas sin medias—. ¿Qué hacés acá?

—Qué hago acá. Te estuve llamando. Está muerto tu teléfono.

—¿Seguro? —dijo Leo—. ¿Estás seguro que no es el tuyo que no anda?

Leo volvió a mirar al frente. Juan también miró hacia el río pero no encontró nada especial en el paisaje. No había nada de especial en ese montón de agua.

—Sentate —dijo Leo, y sin demasiada convicción hizo el ademán de levantarse.

—No quiero sentarme —dijo Juan tratando de sonar convincente—. Viene para que salgamos. Vamos a pescar.

Por toda reacción, Leo volvió a mirarlo con ojos achinados. Después buscó en el pantalón de gimnasia y sacó un paquete de Viceroy. Daba toda la impresión de que Leo se había acostado con el atado en el bolsillo.

—No sé —dijo el hermano menor—. Capaz podés comprar unas empanadas de pescado y las comemos acá.

Juan pudo ver cuatro o cinco filtros clavados en la arena atrás de la pantorrilla flaca de su hermano. Recordó la época en que Leo brillaba como base titular en los juveniles de Santa Rosa: no le era en absoluto necesario separar los pies del piso para tirar de triple.

—Media pila, Leo —dijo Juan.

Leo dio tres secas profundas y tiró el cigarrillo junto con los demás. El día era claro y ancho y un trueno silencioso parecía recorrerlo de punta a punta.

—Me cortaron el teléfono, los muy ratones —dijo Leo—. Llamé al único número que funcionaba. Qué raro que es eso, ¿no? Te cortan el teléfono pero todavía te queda un número para llamar. El número de tu deuda.

—Sí, ya sé. Unas ratas.

Entonces Leo se levantó de golpe y empezó a avanzar hacia la casa.

—¿Adónde vas? —preguntó Juan. Era extraño verlo parado y en funcionamiento.

—A la armería —dijo Leo sin detenerse—. Es por mi casa.

—¿Por tu casa?

—Por lo de Isabel —dijo Leo levantando la voz—. Hay una armería a la vuelta.

—Ey —le gritó Juan mientras se ponía en marcha—, ¿no te llevás la silla?

El local de El Gringo Pescador no era mucho más grande que una cocina y tenía todo lo necesario para pensar que perderse en una isla no significaba el fin del mundo: conservadoras, calentadores a gas, carpas para armar en tres pasos. Atrás del mostrador colgaba un conjunto enterizo de ropa interior térmica y en decenas las cañas llovían sobre los hermanos, como copas de bar antes de que entrara el primer cliente. Había una mesita plegable que Juan probó parándose a un costado; no era algo alrededor de lo cual uno pudiera sentarse, era para apoyar la cerveza y los vasos de aluminio.

—Rifles —dijo Leo y señaló el cajón ranurado del que salían las culatas.

El negocio parecía estar lleno todo el tiempo y recién cuando avanzaron unos pasos, Juan pudo ver atrás de la mesa a un hombre en silla de ruedas. Se movía con seguridad y rapidez; llevaba jogging, camisa y, extrañamente, zapatillas gastadas.

—El Gringo —explicó Leo en voz baja—. Cuidado. Es medio rata.

Juan se rió y dijo:

—Cómo sabes. ¿Estuviste viniendo todos estos años?

Leo arrugó el ceño como diciendo «ni ahí».

—Es lo que se comenta en el barrio —dijo Leo.

Un paso más cerca del mostrador, Juan se encontró con un baúl del que sacó un sombrero de pesca. Después de ponérselo, le tocó el hombro a su hermano.

—¿Qué tal?

—Mm, no —soltó Leo.

Leo tomó el ala del sombrero, lo movió de un lado al otro y, al final, lo bajó hasta la nariz de Juan.

—Ahí va —dijo Leo.

—Ojo, pendejo —dijo Juan con una sonrisa mientras se sacaba el gorro de la cara.

En ese momento el empleado les decía «sí, qué tal».

—Qué tal —dijo Juan mientras dejaba el gorro otra vez en el baúl.

—Señor, no juegue con la mercadería, por favor —dijo Leo desde atrás, con tono policíaco.

El empleado, un hombre rubio y grande como una lomada, miró a Leo sin cambiar el gesto.

—Qué tal —repitió Juan—. Andamos buscando un ril.

—¿Para costa o para lancha? —preguntó el empleado sin que se le moviera un pelo.

Juan miró a su hermano por encima del hombro.

—¿Tenés lancha? —preguntó Leo.

—Para costa —dijo Juan al empleado.

A un metro de distancia, el Gringo ponía un anzuelo a contraluz y pasaba con pericia una tanza por el ojo. Parecía que en cualquier momento iba a saltar de la silla.

—Estos son riles para costa. Este de acá tiene el rotor deslizante —empezó a explicar el empleado pero Juan lo interrumpió.

—El más barato —propuso.

Entonces el empleado agregó sobre el mostrador otro ril, el cuarto, que junto a los otros parecía de juguete.

—¿Y cuál es la caña? —preguntó Juan.

—La caña es aparte —dijo el empleado.

Hubo un silencio, sobre todo entre Juan y Leo: el empleado ya había dicho todo lo que tenía para decir.

—Y una caña entonces —dijo Juan—. Perdone. Somos nuevos.

El empleado bajó una de las cañas colgantes que hacía juego en todo sentido con el ril de juguete, después dijo un precio por el equipo completo. Juan le preguntó a su hermano:

—Qué decís.

Leo se encogió de hombros y miró por la vidriera hacia la calle. No había forma de que mantuviera el buen humor, y su hermano se preguntaba ahora si no se habría terminado por hoy el único momento de gracia.

—Es un equipo perfecto para empezar —dijo el Gringo desde el costado, una vez que había despachado al cliente que lo ocupaba.

Juan lo miró con un poco de asco: después de todo, el Gringo había estado escuchando. Leo miraba los árboles de su antiguo barrio y parecía hacer un esfuerzo por escuchar las campanadas de las 12:45 en la iglesia de La Salette.

—Son nuevos, ¿no? —preguntó el Gringo y se movió con su silla de ruedas por el equivalente a un paso—. Cerrá, nomás —le dijo al empleado, quien dio vuelta el cartel de abierto.

—Tenemos experiencia con mojarreros —dijo Juan pero nadie le sonrió.

—Este ril está perfecto entonces. Pasame —ordenó el Gringo a su empleado. El empleado obedeció y saludó al único cliente aparte de los hermanos, quien lo conocía por su nombre.

El Gringo calzó el ril a un costado de la caña y dio algunas explicaciones que Juan siguió hasta cierto punto y que, a partir de ahí, esperó recordar por lógica.

—Nada más —dijo el Gringo al final—. Una pavada.

—Perfecto —dijo Juan.

—Eso es todo lo que hay que saber para empezar —concluyó el dueño del negocio.

—Muy bien —dijo Juan.

El Gringo le había vendido el ril: era un hecho.

—Ahora, lo importante —dijo el Gringo y miró a los hermanos como midiendo la posibilidad de que alguno de ellos pudiera entender «lo importante»—. Hay tres tipos de pesca. Y por lo tanto tres tipos de pescadores.

Juan agachó la cabeza con resignación pero Leo miró al dueño del

negocio.

—Están la pesca como juego, la pesca deportiva y la pesca comercial. Aunque también están los vivos, como en todo.

El Gringo se puso derecho en la silla y dejó la caña sobre el mostrador.

—La pesca como juego es la pesca para chicos, la que ustedes hacían con el mojarrero —dijo el Gringo—. Sin ofender.

El otro cliente se dio vuelta hacia los hermanos, como si de verdad hubiera motivos para ofenderse.

—La comercial es la pesca sin pescador —continuó el Gringo—. El cáncer de la pesca. Y el cáncer del mundo, si me permiten. Lo mecánico, la ganancia. En cambio, el pescador deportivo es el que nunca deja de aprender. No lo hace por nada más que para hacerlo. Igual, hay jerarquías. Del cero al cien, por ejemplo, hay un pescador de 90 y otro de 35. Pero si el de 35 está dispuesto a aprender, puede superar al de 90.

Juan notó que el Gringo se dirigía a su hermano. Leo debía tener más aspecto de pescador que él, con la barba crecida, el pantalón de gimnasia y las alpargatas sin medias.

—Y otra cosa importante: la imaginación. A diferencia de la caza, la pesca es un deporte de lo que no se ve. En la pesca hay que imaginar lo que está abajo. Un ciego, por ejemplo, podría pescar pero nunca cazar. Así como me ven, yo todavía pesco, participo en competencias.

—Y la constancia —dijo el otro cliente.

Era un morocho con la cara poceada, las uñas sucias y los dedos gruesos. El Gringo lo miró como si un desconocido se hubiera metido en su casa y él tuviera un arma cargada en la mano.

—Seguro —dijo el Gringo—. Gracias, Álvarez: la constancia. Pero va de suyo, ¿no?

El hombre llamado Álvarez no respondió.

—Es una obviedad. Sin ofender, Álvarez. Pero, ¿qué cosa conseguimos sin constancia?

El Gringo adelantó la barbilla.

—Nada —contestó él mismo y cabeceó hacia su empleado.

El empleado se colgó los auriculares, salió a la calle y se subió a una bici atada en la puerta. Después se alejó pedaleando muy despacio abajo del sol y

de los árboles altos y pelados.

—Les decía que yo todavía participo en competencias.

—Pero también está la suerte —interrumpió Álvarez, que tenía lo suyo para decir—. Es un factor importante. Están los que pescan una vez por año y sacan de todo. Y están los que se pasan horas en el río y se vuelven sin nada.

Entonces el Gringo se puso derecho a Álvarez.

—¿Esa es tu manera de pensar, Álvarez? —dijo el Gringo.

—¿A qué se refiere?

—Digo. Así no vas a llegar muy lejos, si pensás que la suerte tiene algo que ver con el asunto.

De golpe fue evidente que el Gringo tuteaba a Álvarez y que Álvarez lo trataba de usted.

—En qué quedamos, Álvarez —apuró el Gringo—. ¿La suerte o la constancia?

—Usted sabe que yo vengo todos los sábados a comprar equipo —le recordó Álvarez.

—Bueno —dijo el Gringo—, una cosa es comprar equipo y otra muy distinta es ir a pescar.

Álvarez pareció contenerse: se apoyó con dos dedos sobre el borde del mostrador.

—Voy fin de semana por medio —dijo Álvarez. Su voz había cambiado—. Con mis sobrinos y mis hijos.

—Entonces sabrás perfectamente que la suerte no juega. Podés tener una mala racha, pero una mala racha es solamente eso: una racha. A la larga se termina.

—Ésta es demasiado larga —dijo Álvarez—. Mucha tanza cortada y anzuelos que no aguantan.

—Qué me querés decir.

Álvarez no respondió pero le sostuvo la mirada. El Gringo ensanchó las aletas de la nariz para que entrara tanto aire como fuera posible.

—Será que estás haciendo las cosas mal, querido —vociferó—. ¿A qué hora te levantás? ¿Estás llevando pibes chicos? Te espantan la pesca los chicos chicos.

El Gringo juntaba y separaba las manos sobre el mostrador. Hasta sus

manos se habían puesto coloradas.

—Seguro estás yendo al Salado —siguió el Gringo—, no hay pique del lado de Sauce. ¿La carnada? No es para ir con lo que tenés en la heladera, ¿entendés, Álvarez? El equipo que yo te vendo no tiene nada que ver.

Álvarez respiró tres veces antes de contestar, como si la discusión fuera un mal olor y él hubiera decidido ventilarlo.

—Lo que digo es que la suerte cuenta —dijo y se dirigió a los hermanos—. Es un factor importante.

—Pavadas, Álvarez. Ahora les voy a traer un anzuelo hecho a mano —dijo el Gringo a los hermanos—. Un anzuelo que pesca solo. Álvarez nunca lleva de esos anzuelos. Es más caro que los demás, pero a ustedes se los dejo gratis.

El Gringo dejó firme una de las ruedas y giró con la otra para dar media vuelta.

—¡Franco! —gritó—. ¡Hijo!

Nadie apareció por la puerta que daba a la casa y el Gringo se perdió hacia el fondo.

—Qué mala onda —le dijo Juan a Álvarez, aunque en realidad no le importaba demasiado. Lo único que quería era salir de ahí: mientras Álvarez y el Gringo discutían, él había medido la luz en la vereda de enfrente.

—Un tipo difícil —dijo Álvarez—. Pero quién podría culparlo después de lo que pasó.

—Mm —soltó Juan. No hacía falta preguntar para entender que «lo que pasó» había terminado con el Gringo en una silla de ruedas.

—La gente lo trata con paciencia —dijo Álvarez.

—¿Qué le pasó? —preguntó Leo volviendo a la vida. Juan estuvo a punto de darse vuelta.

—Hace quince años el Gringo no sabía lo que era una caña —dijo Álvarez en voz baja y vigiló la puerta que conectaba con la casa—. Trabajaba de proyeccionista en un cine del centro. No se podía quejar de ese trabajo, aunque le interesaba otra cosa en realidad: estaba poniendo a punto un Chevy. Tapizado, pintura, repuestos originales. Las cosas iban bien. Pero una noche en que el dueño del cine se hizo cargo de la función, el Gringo volvió temprano a casa y encontró a su mujer con otro. El hijo de los dos estaba en la pieza de al lado.

En ese momento se escuchó un ruido como de caños que chocan en un cuarto oscuro. Parecía que la historia no se movería de ahí, que con eso era suficiente para saber lo que seguía.

—¿Y? —preguntó Leo.

Álvarez bajó un poco más la voz y los hermanos se inclinaron un poco más hacia adelante.

—El Gringo no podía seguir con su mujer pero tampoco podía separarse, viste cómo es. Empezó a tomar. El dueño del cine lo aguantó hasta donde pudo, el Chevy empezó a venirse abajo. La mujer del Gringo estaba asustada pero tampoco podía dejarlo: después de todo había sido ella la que se acostó con otro. La mujer también empezó a tomar. Una noche salieron a la ruta con el Chevy y se cruzaron con un camionero que venía borracho igual que ellos.

Álvarez hizo una pausa corta pero respetuosa.

—Al Gringo también lo daban por muerto —dijo después de un segundo—. Así apareció en el diario: tres muertos por choque en la ruta. Pero a los dos meses salió del coma y en un año recuperó la memoria. El tema era que por cada cosa que se acordaba, se quería morir un poco más. Al final de ese año, la familia y los amigos hacían guardia al lado de la cama: ya se había sacado el suero una vez. Entonces el médico le recordó las cosas buenas de la vida. Le habló de la pesca.

En ese momento apareció el Gringo, empujado por un chico que acababa de levantarse y que no saludó. El chico tenía la cola de un tatuaje que le llegaba a la muñeca y el Gringo traía en la mano un anzuelo plateado en forma de jota, con una punta que hacía pensar en tu propio paladar.

Los hermanos se pusieron derechos de inmediato pero Álvarez soltó:

—Ahí tenés una mala racha.

—Seguís con eso, Álvarez —dijo el Gringo, ahora en un tono amigable—. Vas a aburrir a los muchachos. Comprá carnada fresca y dale para adelante. Vos mismo lo dijiste. Constancia, Álvarez.

El resto del día Leo y Juan lo pasaron pescando. Compraron una docena de empanadas y dos packs de seis.

Cuando llegaron a la playa, al pie de la casa de Leo, el sillón de las cintas de goma seguía ahí. Fue Juan quien lo ocupó: apenas había tirado un par de veces con el ril cuando dejó la caña en poder de su hermano. Lo miró ir y

venir por la parte húmeda de la arena, atento a las vibraciones de la línea, hasta que se hizo de noche.

—Me voy —dijo Juan entonces, acercándose a la orilla.

—¿Ya te vas? —preguntó Leo.

—Se terminó la cerveza —se justificó Juan.

—Ah, vas a comprar —soltó Leo y volvió a mirar el camino de la tanza—. Traeme un Viceroy de 20.

Todo el trayecto hasta la estación de servicio Juan lo hizo con una sonrisa. Una vez ahí, llamó a Clara desde el teléfono público y le dijo que se quedaría hasta tarde con su hermano, que la de pescar había sido una buena idea. Después le dijo a su mujer que la quería.

De vuelta en la playa, Juan se sentó en el mismo lugar y volvió a mirar a Leo. Su hermano estaba descalzo y llevaba los pantalones arremangados hasta las rodillas. Eso no había cambiado desde que eran chicos: a Leo no le importaba el frío, no como a Juan que siempre salía de casa con un abrigo de más. En ese sentido, Leo era el hermano mayor.

Se había hecho tarde y Leo seguía sin sacar un buen pescado del río. Juan dudaba que quedara algo de carnada pero, si era así o no, a su hermano parecía importarle muy poco. Cada tanto Leo enganchaba una rama o una bolsa llena de agua. Entonces Leo buscaba a Juan en la distancia y, a modo de respuesta, Juan levantaba su lata.

TODO LO QUE NO SIRVE

Son poco más de las once de la mañana, los primeros momentos del turno mediodía en los comedores de la ciudad. En el estacionamiento del Azopardo, el comedor del club de canotaje, no hay más que dos autos: el Citroën 3CV del encargado apuntando hacia el río y, a unos metros, el Focus del dueño con la trompa sobre la entrada. El fucsia satinado del Citroën, un color parecido al que usan ahora para pintar los reservados de las discos, parece decirlo todo del encargado, mientras que, en el caso del Focus, el asiento del acompañante con el respaldo volcado hacia el frente, la caja de herramientas en el asiento trasero y el paquete abierto de papas fritas encima del freno de mano hablan también, a su manera, del dueño.

Los dos mozos del turno no tardan en llegar y sus motos, una junto a la otra, inauguran el tercer lado del estacionamiento. Apoyados en los tanques de nafta, con los pies sobre el piso de portland, fuman una tuca entre los dos y escupen por encima de la baranda hasta los yuyos crecidos al pie de la defensa. Después se incorporan, se pasan el desodorante y se lo echan sobre el uniforme: pantalón negro de vestir, camisa de poliéster, chaleco bordó.

*

Ahora entra un Gol verde. El conductor cierra su puerta y abre el baúl, de donde saca un libro de jardinería sin que eso corrija en nada un desorden que incluye una linterna tubular fuera de su caja, una remera vieja que sirve de trapo y una rueda sin emparchar. Cuando cierra el baúl, el reflejo de su cara queda en el parabrisas trasero, a la altura de la hoja que dice «Vendo». Después, camino de la entrada, el conductor del Gol siente el olor al desodorante de los mozos y piensa que, con los niveles de humedad y la

velocidad que lleva el aire, el perfume seguirá ahí una vez que él salga, después de reunirse por última vez con su ex mujer.

*

—Buenas —dice cuando pasa junto a la barra.

«Pablo» le dicen los mozos. El dueño no está en el salón. El encargado no saluda.

Pablo se sienta de frente a la entrada y mira por la ventana elevada en dirección a la cancha de tenis criollo sin red y, más atrás, hacia el río.

—Qué hacés, Pablito, tanto tiempo —le dice uno de los mozos, parado junto a su mesa.

—Qué decís, Fabio.

—¿Las vacaciones? —pregunta el mozo mientras repasa la mesa con un trapo cargado de alcohol.

—Todo lindo —dice Pablo—. Anduve por Mendoza.

—La tierra del buen sol —suelta Fabio, equivocando el slogan.

Pablo no dice nada.

—¿El auto? —pregunta el mozo, que seguramente vio desde la barra la hoja de la venta—. ¿No te rezongó?

—Un pinchazo nada más —responde Pablo—, cerca de San Francisco.

El mozo ha terminado con los preparativos y se queda duro.

—Una cerveza —ordena el cliente.

Fabio se retira hacia la barra y Pablo puede ver que la humedad de su pelo mojó la nuca de la camisa. Hubo una época en que Pablo podía adivinar el momento exacto en que los mozos, que se copiaban el peinado entre ellos, renovaban su corte de pelo.

Ahora la moda ha cambiado.

*

Pablo abre el libro al azar en el artículo sobre riego eficiente. Se detiene acá y allá, en las gramillas que sirven de cubresuelo, en el capítulo dedicado al mantenimiento de las flores; podría quedarse con este libro en lugar de

devolverlo, y así atender como es debido el jardín que está empezando a cultivar. Pero la primera página lleva la firma de Flavia Sechini y también la página 81, lo que seguramente constituye un sello personal a la hora de firmar los libros de su propiedad. Cuando Pablo levanta la vista, la ve aparecer.

Flavia lleva una pollera de modal por encima de la rodilla y su remera de franjas diagonales blancas y verdes. Pablo conoce la remera (fue él mismo quien se la regaló el verano pasado) pero la pollera es nueva. Eso desorienta ligeramente a Pablo.

—Cómo estás —dice ella, cruzando su cartera sobre el respaldo de la silla.

Flavia no se saca los lentes de sol. Son los lentes grandes, los que le tapan la cara.

—¿Llego tarde? —pregunta.

—No, todo bien. Llegué hace un minuto.

—Qué va a ser —interrumpe ella y estira el cuello.

Flavia pasea la mirada de un lugar a otro hasta detenerse en los trofeos oxidados del club, en la vitrina del fondo.

—Siempre igual este lugar, ¿no? —dice.

—¿Cómo siempre igual?

—¿No te parece sospechoso que los lugares no cambien ni en el más mínimo detalle?

—¿A qué te referís? —dice Pablo—. Un lugar es un lugar.

—Un lugar es un lugar —repite ella y levanta las cejas por afuera de los lentes—. Digo. Hace meses que no venimos y mirá: los mismos mozos, los ventiladores de techo a punto de caerse, las sillas perdiendo goma espuma.

—No sé —dice Pablo—. Nunca lo pensé así.

—Hace años en realidad que está todo igual. Desde que empezamos a venir que es todo lo mismo.

—Capaz es justamente la idea de los dueños.

—Es una mala idea, entonces —dice ella.

—A mí me gusta así —dice Pablo—. No sé que hay de malo en que las cosas no cambien.

Flavia deja de patrullar el comedor para lanzarle a Pablo una mirada fija desde atrás de los lentes.

*

El mozo está parado junto a la mesa con el balde de aluminio entre las manos.

—Cómo estás, Flavia —dice el mozo. Ahora lleva otro botón desprendido.

—Fabio —dice ella.

El mozo se dispone a servir en los vasos fríos que retiró del interior del balde. Cuando apunta al vaso de Flavia, ella le pone una mano encima.

—Mejor no —dice.

—¿No tomás? —pregunta el mozo. Los dos hombres la están mirando.

—No —dice ella, aunque vuelve a mirar el porrón—. Traeme una soda, por favor.

El mozo llena el vaso de Pablo y va por la soda.

—Si no te gusta acá, vamos a otro lado —dice él—. Estoy en el auto.

Ella raspa en el mantel una quemadura de cigarrillo, de la época en que se podía fumar en los comedores.

—¿Tus vacaciones? —pregunta ella al final.

—Bien —dice él.

Ahora el mozo destapa la soda enfrente de Flavia y sirve.

—¿Qué tal Mendoza? —pregunta el mozo.

—¿Cómo? —le suelta ella.

—Mendoza —dice el mozo, pero entiende que no hace falta esperar una respuesta para volver a la barra.

*

—Te traje esto —dice Pablo, y estira el libro—. Se mezcló entre mis cosas.

Flavia mira la tapa y deja el libro a un costado.

—Sé que lo usás —dice Pablo—. ¿Cómo está el jardín?

Flavia se encoge de hombros y mira el río.

Durante un rato prestan atención al entrenamiento de los guardavidas, un grupo de cinco hombres bronceados con mayas color naranja. Con el agua hasta las rodillas, hacen ejercicios de estiramiento para el tren superior. Pero antes de que el grupo arranque con su rutina diaria de natación, ella baja la mirada hasta su vaso.

—Vos por casualidad no te quedaste con mi cuchillo, ¿no? —dice Pablo, con todo el tacto del mundo.

—¿Tu cuchillo? —pregunta ella.

—Sí, te pedí que te fijaras la última vez que hablamos.

—Eso fue hace como un mes, Pablo.

—Fue la semana pasada —aclara Pablo.

Ella aprieta la boca de un lado, es el gesto que usa para decir «como sea, pasemos a lo importante».

—El de mango con cola de carpincho —sigue él—. Tengo la piedra de afilar, pero lo que me importa es el cuchillo.

—Nunca me creí eso de la cola de carpincho. ¿Alguna vez viste un carpincho? —dice ella.

—Claro que vi un carpincho —dice Pablo. Y al cabo de un segundo, agrega:— De última, ese mango es algo distinto de cualquier cosa que yo haya visto. Así que no tiene por qué *no ser* una cola de carpincho.

—Bueno, para el caso puede ser un brazo de rata —dice ella.

—Prefiero creerle al tipo que me los vendió.

Los guardavidas ya no están a la vista y Pablo, por alguna razón, lo lamenta.

—Se los encargaba el dueño de una curtiembre de acá a un artesano de la isla —dice él—. El isleño fabricaba los mangos...

—Mirá qué lindo.

Pablo respira.

—Sí. Bueno, no puedo encontrar el cuchillo. Pensé que a lo mejor había quedado en tu casa.

—Mi casa —dice Flavia.

—Flavia —dice él.

—No sé —dice ella.

Con la cara apoyada en la mano, mira el ascenso de las burbujas en su

vaso de soda: algunas tocan la superficie pero la mayoría se pierde en el camino.

—¿Qué cosa no sabés? Tenía las iniciales de mi viejo grabadas en la hoja —dice Pablo.

—Sí. Puede ser.

—Me lo hubieras podido traer, Flavia.

—Te lo mando con un cadete. ¿Para qué quiero yo un cuchillo? Tengo mil cuchillos.

—Bueno, yo no tengo ninguno. Acercámelo, haceme el favor.

—Capaz querés pasar vos por casa. O mandar a la policía. Capaz un cadete no es suficiente para tu cuchillo.

En ese momento llega un mensaje al celular de Pablo. Él lo lee y vuelve a guardar el aparato en el bolsillo de su pantalón.

Una vez que levanta la vista parece desorientado, pero finalmente recuerda qué fue lo último que dijeron.

—Un cadete está bien —dice Pablo.

—Así que Mendoza. Nosotros nunca llegamos tan lejos, ¿no?

*

—¿Pedimos algo de comer?

—¿Tenés hambre? —pregunta ella.

—Es la hora de comer —dice Pablo.

—Seguro fue ese olor a aceite viejo lo que te dio hambre.

—Flavia.

—A mí me da ganas de vomitar. Yo no quiero nada. Hace una semana que no me pasa bocado.

Sin reparar en el último trago de soda que queda en su vaso, Flavia se sirve cerveza. Después se toma esa cerveza aguada sin respirar.

—Qué te pasa, Flavia. Vos fuiste la que me llamaste.

—Pero vos elegiste el lugar.

—Ya te dije que podemos ir a otro lado —le recuerda él.

Ella niega con la cabeza.

—Todos los lugares son iguales —dice.

—¿Para qué me llamaste? —pregunta Pablo y parece que lo hace por última vez—. ¿Qué te pasa, Flavia? —repite.

—No sé —dice ella—. Mis amigas son una mierda.

Flavia busca la atención del mozo.

—Porrón —dice Flavia levantando la botella del balde.

—¿Querés contarme? —pregunta él.

Ella espera que el mozo traiga la cerveza, sirva en los dos vasos y saque la botella vacía del interior del balde. Sobre todo, espera que se vaya.

—No, no quiero contarte. ¿Qué querés saber?

—Bueno, si me contás.

—Es lo mismo de siempre —dice Flavia—. Tendría que haberte escuchado al principio, cuando me decías que eran lo peor.

—Eso fue hace mucho. No las conocía todavía.

Pablo pone sus labios en el aro de espuma y explora la temperatura de la cerveza con un sorbo. En lo que dura ese movimiento, Flavia ha dado un buen trago.

—La idiota de Mariana dice que ella me avisó cómo venían las cosas — comenta Flavia—. Dice que yo no *contribuí* en absoluto con la situación. Que me estaba portando como un policía.

—Para nada.

—... que debería dejar de asfixiarte, dios mío. A veces pienso que están de tu lado.

—No digas pavadas —dice él y corre la vista.

—¿Sabés cuál es la última? No va a volver a verme hasta que me tranquilice. Dice que no puede escucharme cuando hablo mal de vos porque, después de todo, ella también es tu amiga. ¿Esa es tu manera de hacer justicia?, le dije yo. ¿Quién es la policía entonces?

—Vos no. Acá no hay ningún policía.

—La última vez que la vi —sigue ella— fui yo hasta la quinta del novio. El idiota ese del médico. Mariana estaba pasando unos días ahí. ¿Te pensás que me invitó como amiga, porque a ella se le ocurriera decir «vamos a hacerle una onda a Flavia»? Ni en pedo. Fue porque le rogué por el amor de dios que me sacara de casa, porque ya no me bancaba más estar ahí, con los

agujeros que dejaste en la biblioteca y todo eso. Entonces ella dice que el novio está medio engripado y que tiene que cuidarlo. Qué raro, pensé, ir hasta la quinta cuando él está enfermo, pero en lugar de eso le dije: bueno, préstame por favor tu departamento. ¡No!, me grita, fue como si le hubieran metido una víbora en la remera. Está bien, venite a la quinta, me dice entonces.

Flavia toma un nuevo trago. Busca sus cigarrillos en la cartera y los pone encima de la mesa. No fuma, pero parece que el hecho de tenerlos a la vista la ayudará con lo que tiene para decir.

—Obvio que fui —continúa Flavia, como si él le hubiera preguntado si finalmente había ido a la quinta—. No tenía mucha opción. No es que se pueda elegir por la dignidad en este momento.

—No tiene nada de...

—Cuando llegué a la quinta, el médico estaba pasando el colador por la pileta. Estás mejor, le digo yo. Tenés que ver cómo me miró, con esos ojitos de conejo estúpido. Qué idiota soy. Como si alguna vez hubiera estado enfermo. Nos quedamos hablando un rato él y yo, porque Mariana estaba tirada en una colchoneta inflable en el centro de la pileta y solamente cuando creyó que ya había tomado tanto sol como podía, salió a saludarme. ¿Te pensás que se le ocurrió preguntarme cómo estaba yo? Ni ahí. Todo el fin de semana haciéndose la novia. Mi amor, esto, mi amor, lo otro. Si hasta hace poco estaba pensando en cómo sacárselo de encima al pobre boludo.

Flavia vuelve a llamar al mozo y prende un cigarrillo.

—Te digo que los hombres son unos idiotas. Pero las mujeres son mucho peores.

—No podés fumar acá adentro, Flavia —dice Pablo.

—Vamos a ver —contesta ella—. Este pendejo me debe una.

Cuando el mozo llega, Flavia le pide un cenicero y promete fumar sobre la ventana elevada, apoyada contra el marco. El mozo duda pero vuelve con el encargo. Antes de irse, sonríe con cara de «ahora sí, estamos a mano».

—¿Y la puta de la hermana?

Ella se sirve por tercera vez. Son tres vasos de Flavia contra uno de Pablo.

—Flavia, tenés que comer algo —dice él.

—A la mierda con comer algo. Quiero hablarte de esa puta. Adiviná.

Pablo no adivina. En cambio, escucha sin mover un músculo, sobre todo de la cara.

—Ni siquiera me atiende el teléfono, ¿podés creer? Cuando me acuerdo de las veces que te movía el culo en la cara. En tu cara y *en la mía*.

Flavia asiente ante lo que ella misma acaba de decir. Después mira directamente a los ojos de Pablo.

—Qué —suelta ella—. A esta altura me lo podrías admitir, ¿no?

—Flavia —dice Pablo.

—Una trola. No es la primera vez que me quiere soplar el novio. No sos tan especial.

Ella tira el humo por la nariz que era lo que hacía cuando discutían, antes de ponerse a llorar.

—¿Sabés lo que estoy haciendo últimamente? —agrega ella—. Cuando no puedo dormir, la llamo por teléfono. Te puedo asegurar que la llamo seguido. Casi todas las noches, a eso de las tres de la mañana.

Flavia se saca los lentes de sol y los deja sobre la mesa. Ella acostumbraba a decir, a veces para él pero otras veces en reuniones, que su propia cara era 50 por ciento de su madre y 50 de su padre; tendría la cara de su madre hasta que terminara la juventud y después tendría la cara de su padre hasta el final. Ahora Pablo entiende exactamente a lo que se refería.

—¿Y las otras chicas? —pregunta él, cambiando ligeramente la dirección de la charla.

—¿Quién? ¿La Toli? Es lo mismo que hablarle a una planta. Vive con los padres, ¿entendés eso? Carolina es igual de boba pero con marido. Y embarazada.

En ese momento hay un silencio. No se escuchan más que los motores de los vehículos que cruzan el puente.

—Van a tener un hijo —dice ella.

—Flavia —dice Pablo, pero esta vez de un modo diferente de las anteriores.

—No tengo con quién hablar, ¿me entendés?—. Flavia sacude ligeramente la cabeza—. Por eso te llamé.

Pablo apoya sus manos en las de Flavia.

—Nosotros podíamos hablar —dice ella—. Éramos buenos para eso.

Por fin las manos de Flavia se quedan quietas.

—Sí —dice él—. *Somos* buenos para eso.

—De verdad —dice ella—. Me gustaría que fueras mi amigo. Así te podría llamar para contarte.

—Para contarme qué.

Ella respira con dificultad pero él sabe que vale la pena llegar hasta el final: después de esto vendrá el alivio.

—Que perdí a mi hombre —dice ella—. Que mis amigas son unas infelices.

—Te estoy escuchando —dice él.

—Te podría pedir que te lleves lejos todo lo que no sirve.

—¿Y qué es lo que no te sirve? —pregunta Pablo.

—Esa pelota de basket desinflada, por ejemplo, la que está en la casilla de gas. O la bufanda tejida a mano por mi ex suegra.

—Lo haría con gusto. Me encantaría llevarme esas cosas —dice Pablo con una sonrisa.

—Te pediría que me ayudes a cambiar los muebles de lugar. Que me ayudes a pintar toda la casa hasta que no quede nada de la anterior.

—Podría quedarme a cocinar —sugiere él.

Ella lo mira a los ojos.

—Sí —dice Flavia—, eso me gustaría.

Pablo acerca su silla a la de ella y la abraza.

—Flavia, vos podés llamarme cuando quieras.

Ella se pega con fuerza a su pecho.

—Va a estar todo bien —dice él.

Flavia niega en su hombro.

—Gracias —dice.

*

—¿Te llevo a alguna parte? —pregunta Pablo y desactiva la alarma del Gol; son dos toques de bocina.

—No, está bien. Prefiero caminar.

—¿Vas a estar bien?

Ella asiente con la mirada en el piso de portland y él agrega:

—Prometeme que no vas a hacer más esas llamadas de madrugada. No sirven para nada esas cosas.

Ella dice que sí y lo mira. Inmediatamente después busca en su cartera, donde ya guardó el libro de jardinería.

—Tomá —dice Flavia y estira el cuchillo.

Pablo demora en recibirlo. Después lo saca de la vaina y lo mira bajo el sol.

—Quería asegurarme de que lo merecieras —dice ella y sonrío por primera vez en el día.

—Gracias —dice él.

—Supongo que con eso ya estamos —dice ella.

Pablo no dice nada. Está claro que Flavia puso el cuchillo a punto, que lo hizo lustrar y afilar.

—Gracias —dice ella y se acerca para besarlo en los labios por última vez.

Cuando junta fuerzas para levantar la vista, Pablo la ve alejarse. Ve cómo atraviesa el estacionamiento y la ve pasar por abajo del camino de elevación por donde entran y salen los camiones de carga. Ve también cómo dobla la esquina y se interna en la ciudad.

*

Pablo deja la puerta del conductor abierta y, sentado en la butaca, con un pie adentro y otro afuera, pisa los pedales. El acelerador y el embrague van a fondo pero el freno tiene un tope inmediato. Pablo olvida los otros dos y se concentra en el pedal del medio. Sin ninguna razón en particular, escucha por unos minutos el quejido de las pastillas de freno al presionar sobre las ruedas traseras.

Por fin, pone en marcha el auto y sale del estacionamiento. Al pasar por abajo de los puentes que conectan la ciudad a los pueblos de la costa, el sonido de las llantas queda atrapado, pero el camino empalma de inmediato con la avenida de la costanera y la acústica también se abre. Pablo puede

escuchar ahora hasta el más mínimo sonido: las zapatillas de un corredor al dar contra el suelo, las ruedas de un jeep a control remoto sobre las lajas de la costanera, la lengua de un perro al tomar agua de la fuente. Sin embargo, tarda en entender que le está sonando el celular. Mira el nombre en la pantalla y corta.

Pablo se concentra de nuevo en la calle pero el teléfono vuelve a sonar. Ahora suelta una maldición.

—Esperá que te pongo en el altavoz —dice Pablo, sin ver la pantalla esta vez, y deja el teléfono en el asiento del acompañante.

—Pablo, soy yo.

—Ah, Flavia —dice él.

—Sí, Flavia. Esperabas a alguien más.

—No —se apura a aclarar Pablo—. Decime.

—Perdoname. Es que me puse a pensar. ¿Te acordás del viaje que hicimos a Colón? Fue el primer viaje que hicimos en el auto, después de cobrar el seguro de tu viejo. Pablo, ¿te acordás? —Ella suena agitada—. ¿Estás manejando?

—Claro que me acuerdo. Sí, estoy manejando.

—Porque yo me acuerdo de muchas cosas de ese viaje. Íbamos muy despacio porque era tu primera vez en la ruta. Le metimos como siete horas para llegar, un infierno. Y cuando estábamos cerca vimos todas esas luces en una curva de la ruta. Yo te pregunté cuál era ese pueblo y vos me dijiste que no era un pueblo, que eran autos. Es una ciudad de autos, me dijiste. Pablo. ¡Hola!

—Sí, Flavia, te escucho.

—Contestame.

Pablo hace un ruido pero antes de que se pueda entender, ella dice:

—Adoptamos un perro tuerto. Era el perro de la cuadra que se había encariñado con nosotros. Tronquito, le pusimos. Comía pescado nada más, ni un bocado de vaca. Y nos acompañaba todos los días al río. ¿Te acordás? Era tuerto.

—El Tronquito —dice él.

—Sí, el Tronquito. Un día pasó el casero a cambiar la garrafa y nos contó la historia del perro. Había perdido el ojo peleando contra un gato. El ojo

malo le quedó colgando de un arañazo y tuvieron que coserle los párpados. El casero dijo que si la pelea hubiera sido de día, el resultado habría sido distinto, pero que los perros no saben pelear de noche, no como los gatos. Cuando el tipo dijo eso, vos lo miraste al Tronquito y le dijiste: ahora te queda uno solo. Los gatos tienen siete vidas pero los perros tienen dos ojos. Te lo juro, puedo decirte cada palabra de ese viaje.

—Está bien.

—Pero el casero dijo además... Claro que está bien. ¿Qué significa eso? «Está bien».

Ella hace un sonido que el celular traduce como un golpe.

—El casero dijo —continúa Flavia— que lo había abandonado una familia. Muchas familias iban con un cachorro o conseguían uno durante las vacaciones para entretener a los chicos, y después lo abandonaban. El perro se quedaba solo en la zona de casas de alquiler hasta el verano siguiente. ¿Te acordás de lo que pasó esa noche?

Ahora el lugar donde él vive, el departamento que le prestan hasta conseguir una casa propia, está peligrosamente cerca.

—Te quiero escuchar —exclama ella—. Quiero que lo digas y te prometo que te dejo en paz, nunca más te jodo. Quiero saber que te acordás de lo que pasó esa noche.

Pablo frena en las dársenas vacías de la costanera, debajo de un sauce que toca el auto con sus ramas.

—No podía dormirme —dice él, de frente al agua.

—Qué más.

—Hice entrar al perro a la cocina. Traté de hacer todo en silencio, de verdad.

—Pero yo me levanté igual. Te pregunté qué hacías ahí, con el perro a tus pies y fumando.

—Vos serviste soda en dos vasos —recuerda él—. Te hablé del perro de mi vieja.

—Es el perro de tu viejo. Cuando tu viejo murió, ese perro también se quedó solo. Cada vez que alguien pasaba por la puerta de la casa con un llavero cargado, el perro paraba las orejas. ¿Te acordás del llavero de tu viejo?

—Claro que sí.

—El perro también se acuerda, te lo puedo jurar. Y vos esa noche me dijiste: te imaginás qué contento se pondría el perro si mi viejo vuelve a entrar por la puerta. Fue algo tremendo para decir.

—Ya sé —dice él. Y después de un segundo: —Perdoname.

—¿Cómo «perdoname»? ¿No entendés nada? Después sí fuimos a la cama y cuando por fin te dormiste, yo me quedé despierta.

—¿De verdad?

—Me pegué a tu brazo izquierdo que estaba bronceado hasta la manga de la remera. Era de viajar las siete horas en auto con el brazo en la ventanilla. ¿Sabías eso? ¿Sabías que me pegué a tu brazo hasta que amaneció?

—No —dice Pablo—. No sabía.

—Igual a como tenías el brazo hoy. El mismo brazo, con la marca de viajar.

Entonces el celular deja pasar un silencio: es posible que por fin haya llegado el momento de quedarse callados.

—¿Y cómo te creés que está el jardín? ¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Se vino abajo el jardín! ¡No hay más jardín!

*

Al día siguiente se levantó antes que ella. Caminó hasta la lavandería donde retiró el encargo con toda la ropa del viaje a excepción de la que llevaban encima. El Tronquito esperó en el escalón de entrada y un momento después volvieron los dos por las calles de arena.

Tomaron por el camino largo. Llegaron al río y pasaron junto al casco del buque oxidado. El perro se adelantaba y se atrasaba para mear acá y allá pero nunca perdía el rastro de su dueño. También meó en el casco del buque. Con la playa vacía, Pablo miró el río durante un rato. El agua estaba más calma que otras veces, como si fuera a plegarse y a desaparecer. Después subieron por la calle principal donde se cruzaron otra vez a las estrellas en decadencia del teatro de revista que hacían temporada en Colón. Igual que las otras veces llevaban lentes oscuros y tenían cara de haber pasado una mala noche. Viejos, en un pueblo del interior, lejos de sus familias.

En la casa de alquiler, Flavia había puesto todo en orden: la cama estaba tendida, los platos, lavados, y las sillas, pegadas a la mesa. Lo esperaba con el mate. Llenaron las mochilas con la ropa limpia y pasaron por última vez al baño. Ya con el equipaje en el patio delantero, como si se estuvieran despidiendo de la casa, se abrazaron. El perro estaba echado a sus pies.

*

Y también se acuerda de otras cosas.

Durante el viaje de vuelta estuvieron callados. De salida a la ruta, por la ventana de una escuela primaria, habían visto una pizarra verde donde se leía la inscripción «Felices vacaciones». Nadie más había entrado a ese salón desde el último día de clases. Más allá, sobre el límite del pueblo, bordearon un campo quemado que terminaba en un Toyota quemado. La vida era misteriosa y fuerte.

Él se sentía incapaz de decir una palabra. Todo lo que veía a sus costados estaba desapareciendo. Todo lo que veía, por el solo hecho de que él lo estuviera viendo, llegaba a su final. Una cosechadora oxidada, un grupo de tres vacas, un bosque de eucaliptos. El cartel verde con los pueblos de Entre Ríos: Basabilbaso, Herrera, Rosario del Tala. Desapareciendo, desapareciendo, desapareciendo.

Ella respetó su silencio y apoyó su mano sobre la de él en la palanca de cambios. Así viajaron durante el primer centenar de kilómetros: una mano encima de la otra, con la palanca en quinta. Entonces Pablo levantó esa misma mano y puso la radio a un volumen muy bajo, como si la música viniera desde lejos pero de todas maneras los alcanzara. Estaba hecho: después de eso no faltaría mucho para volver a hablar, para recibir una palabra tranquilizadora, cambiar la primera sonrisa y, entre una cosa y la otra, seguir adelante.

YO PODÍA LLEVARTE CON UN BRAZO Y HACER MI VIDA CON EL OTRO

La madre de Leo no era muy dada a contar historias; ese lugar estaba reservado a su padre. En su mayoría se trataba de historias protagonizadas por él mismo (por su padre) en las que, sin importar cuál fuera el resultado —a veces salía ganando pero también fracasaba, en la misma proporción—, siempre se terminaba luciendo. La vez que se emborrachó con un solo vaso de vino a los nueve años; la vez que se tragó una abeja posada en su factura mientras miraba unas chicas durante el recreo; la vez que volcó en el Torino del abuelo cuando no tenía edad para manejar. Con el tiempo, sin embargo, se había dedicado a repetir los viejos cuentos. No se lo veía tan entusiasmado como antes: olvidaba detalles o los omitía en forma deliberada. O se paraba a mitad del relato como si no tuviera sentido seguir adelante. No había nada nuevo para contar ni nadie nuevo a quien contarlo. Poco tiempo después, su padre se había esfumado.

Con el padre perdido y el hermano lejos de Santa Fe, su madre había sacado las fotos de los cajones. Eso fue después de un primer mes de total aturdimiento, otros tantos de incertidumbre y un tercer período de rencor y demonización. Esas eran exactamente las etapas del duelo que predijo la doctora Baños, exceptuando el período de negación que, según la opinión profesional, aparecía después de la época de perplejidad y antes del odio a su exmarido. La madre de Leo había logrado saltar esa etapa, lo que hablaba de una excepción saludable; cualquier “economía de esfuerzos” en el camino hacia la recuperación era bienvenida. En su caso, el de la madre, el hecho de haberse ahorrado esa parte de sufrimiento hablaba de un carácter práctico, el de una mujer que, ante todo, deseaba recuperarse.

La doctora Baños se había convertido en una presencia constante en la vida de su madre. Es como dice Clara, le decía ella a sus hermanas por teléfono, la doctora sugiere esto o lo otro, Clara dice que no estoy preparada. Nada de esto le era dicho directamente a él: su madre tenía la delicadeza de ponerlo al día sobre su estado anímico en conversaciones con terceros. Con eso y con ceniceros repletos, botellas vacías, cajas de kleenex descartadas en la basura y llamados al trabajo en los que él tenía que explicar que su madre estaba otra vez enferma.

Ahora la doctora Baños había recomendado una tarea para el hogar. Según la doctora, su madre estaba preparada para mirar fotos. Dice que puede ayudarme a ubicar a Oscar definitivamente en mi vida, escuchó Leo que le decía a Lina, una tía que no era exactamente una amante de las buenas noticias. Después hubo un silencio de este lado de la línea. No, respondió su madre, si me hacen mal, las dejo. Otro silencio. Te lo prometo.

En un principio el hijo no estaba del todo convencido con el experimento pero lo cierto era que las fotos habían permitido que su madre dejara de hablar de “duelo”, “proceso”, “recuperación”, “cura”, para empezar a usar sus propias palabras. Incluso más: a partir de las fotos podía contar pequeñas historias que su hijo nunca había escuchado. A diferencia de su padre, la madre narraba con total ecuanimidad, lo que la llevaba a poner el acento, más que en un personaje, en una escena; más que en un héroe, en una época.

Así fue que llegaron a la foto del Siam Di Tella color negro. Su madre no recordaba quién la había sacado pero toda la familia aparecía en ella, frente a la trompa del auto: Oscar, su padre, de joven, con campera de charreteras y pañuelo atado al cuello; su hermano Juan por delante del radiador, un poco más alto que el parapolpes; su madre, hermosa, con el pelo largo hasta la cintura, y él mismo en brazos de ella, envuelto en una manta blanca.

A partir de esa foto escuchó de boca de su madre la que sería algo así como su primera historia. En todo caso, era la primera historia de la que Leo había sido parte.

No es raro que no te acuerdes, dijo la madre. Fue justo después de que cumplieras el año. Tu hermano tampoco se acuerda y él ya tenía tres. No sé cuándo empieza la memoria, en qué momento nuestro cerebro está fisiológicamente preparado para ser capaz de recordar. Pero la memoria no

está hecha solamente de recuerdos. Ustedes seguro se acuerdan del Di Tella aunque sin imágenes. Se trata más bien de una sensación. Por lo menos eso es lo que dice Clara de nuestras primeras experiencias. Las más importantes, al fin y al cabo.

No teníamos plata en esa época. Después tampoco tuvimos, pero mejoramos bastante. Nada que ver esta época con aquella. Entonces éramos pobres, como todo el mundo a esa altura, ¿no? Es lo que te pasa cuando tus hijos son chicos.

De todas maneras, teníamos un auto. Tu padre venía de una familia acomodada y creo que ustedes recibieron esa herencia en algunos modos: la seriedad, el empeño, la caballerosidad. Y lo cierto es que eso está en ustedes un poco a pesar de tu padre: Oscar había cortado desde chico la relación con tu abuelo y siguió haciéndolo durante mucho tiempo. Tu abuelo era fatal. Una vez, durante una cena, me apuntó con un cuchillo.

Bueno, tu padre creía en los autos. No como signo de ascenso social, eso no le importaba en lo más mínimo (a mí sí: yo que toda mi vida había sido pobre quería dejar de serlo). Simplemente él siempre había tenido un auto y creía que todo hombre debe tener uno. Si era al revés, si el hombre tenía un auto para mostrarlo a los vecinos y no para darse sentido a sí mismo o para honrar a su familia, era el auto el que manejaba al hombre. Esa era su teoría. En fin, nada demasiado original. Pavadas que dicen los varones, una teoría para todo. La cuestión es que tuvimos que pedir ayuda a mi suegro y él no la negó. Oscar estaba un poco angustiado por verse otra vez en deuda con *supadre*, pero el Di Tella negro nos llenaba de felicidad.

Para ayudar con la economía familiar (y también para devolver en cuotas microscópicas la plata que tu abuelo nos había prestado), tu padre puso a funcionar una martingala que un compañero de la banda de standards le había confiado tiempo atrás. Antes de conocernos, tu padre tuvo problemas con el juego, justamente para la época en que tocaban en los casinos. Los amigos siempre contaban sus historias del juego; la vez que puso la trompeta arriba de la mesa. La vez que pegó cuatro plenos seguidos en Victoria y pasaron, de dormir en el colectivo, a hacerlo en un hotel de cuatro estrellas. La noche en que llevó con él a un primo abogado y, una vez que terminaron de tocar, dijo para el público (aunque se lo decía en realidad a los dueños del local): “quiero agradecer a mi abogado que tuvo la amabilidad de acompañarme en

este viaje”.

Una martingala es una combinación de jugadas para la ruleta, un pase más o menos seguro. En esa época yo no sabía lo que era y apenas me acuerdo en qué consistía. Una larga tirada que combinaba impares, color y semiplenos que en algún momento de la noche respondía con una margen de ganancia o que, por lo menos, te permitía salir derecho. Algo mínimo pero vital para nuestra economía. Yo misma trabajaba en un frigorífico y no ganaba mucho más que tu padre en el casino. Pero había que hacerlo. En situaciones como esa, cada centavo cuenta.

En fin, tu padre daba clases de música durante el día y, a la noche, se subía al auto y viajaba los treinta kilómetros que lo separaban de Paraná. Entraba a la sala de juegos ni bien abría el casino, a eso de las siete, y volvía temprano, nunca después de las nueve. Era como un trabajo, su “turno nocturno”, lo llamaba él. A veces llegaba un rato antes que yo; me daba cuenta de que acababa de hacerlo porque, antes de entrar, yo pasaba por delante del auto y la chapa del capot seguía caliente.

Una vez en casa, cuando mi suegra pasaba a devolverlos a vos y a tu hermano, él y yo cenábamos mientras tu padre te tenía en su falda y tu hermano miraba la televisión. Ustedes ya habían comido en la casa de la abuela (que dios la tenga en la gloria) y no era necesario que comieran por segunda vez. Sin embargo, ninguno de los dos se dormía. Apenas tu padre y yo terminábamos de comer, Juan se ponía de pie y se olvidaba de la tele, y vos, que apenas tenías un año, abrías los ojos como dos platos y nos mirabas primero a tu padre y después a mí.

Era la hora del paseo.

Por más que el dinero fuera poco, esa parte no se negociaba. Tu padre volvía a juntar sus llaves de donde las había dejado, nos abrigábamos y salíamos los cuatro a dar una vuelta.

En total, con el combustible que gastábamos en los viajes a Paraná y los paseos nocturnos, no alcanzábamos a ver casi nada de las ganancias en el casino. Pero era algo que, según tu padre, no podíamos dejar de hacer. Al fin y al cabo, decía él, la plata sirve para vivir y los paseos eran parte de la vida. Otra teoría. Una teoría de chico bien, si me lo permitís.

Tu hermano se acostaba atrás, en la luneta, y miraba la copa de los árboles y las luces del alumbrado público. Yo te llevaba entre brazos de cara a la

ventanilla. Sería por el ruido constante del motor (Oscar manejaba a una velocidad hipnótica) o porque no había demasiado que ver afuera, la cuestión es que ustedes no tardaban en dormirse. Era un viaje silencioso, las calles estaban vacías. Si bien lo hicimos durante todo un año antes de perder el Di Tella, me acuerdo con mayor claridad de las noches de invierno. El auto estaba reluciente y a mí me parecía que era el frío que lo hacía más brillante. Los vidrios se empañaban y era posible llegar a ver el aliento. Tu hermano se subía al auto con una manta.

Después de unos meses yo me había olvidado un poco del miedo que me invadía al principio, cuando tu padre empezó a viajar al casino de Paraná. Él trataba de tranquilizarme entonces. Su argumento era que llevaba poco dinero, una suma equivalente a la que terminaba ganando. Si perdía esa plata, no perdía demasiado. Además, decía, no se puede ser más pobres.

En eso estaba equivocado. Sí podíamos ser más pobres.

No lo supe desde el principio aunque a veces se me da por intuir este tipo de cosas. Conciencia del fracaso, me dijo Clara que podíamos llamarlo. No, no era eso: no es que uno piensa todo el tiempo que algo anda mal y cada tanto, cuando las cosas *realmente* van mal, lo confirma. Es mucho más raro. Es una sensación, como un miedo negro que de pronto está en el estómago. Pero esta vez no lo supe. Yo no sentía nada en especial.

Cuando llegué a casa, la encontré vacía y oscura. No era para preocuparse: a veces Oscar volvía de Paraná después que yo, y tu abuela los traía a ustedes un poco más tarde que de costumbre. Nada fuera de lo normal. Tampoco me dijo nada el frío; era una de esas noches de primavera en que todavía hace un frío de invierno. La llama de la estufa se había apagado y no pude revivirla, así que prendí el horno y apoyé mis pies en la tapa. Después de todo, yo recién llegaba de trabajar.

Al rato cayeron ustedes. Yo los cambié de ropa y los puse enfrente del televisor, y volví a la cocina para prepararle un té a tu abuela. Ella, que se había sacado su chal apenas entró, volvió a ponérselo. Era su manera de decirme que la casa estaba fría y que capaz me había apurado al desabrigarlos a vos y a tu hermano. Una manera muy sutil, claro, como en general tu abuela decía las cosas que podían incomodarnos a las dos.

A ustedes los tapé con la manta que tu hermano usaba para los paseos en el

auto, y tu abuela y yo sacamos la tapa de la estufa, como muchas veces yo lo había visto hacer a tu padre. Me agaché a la altura del piloto y le pedí a tu abuela que, desde los comandos que estaban arriba, accionara el chispero. La llama no aparecía y tampoco, me parecía a mí, la chispa, así que apagamos la luz. Pero ni siguiera con la luz apagada era posible ver la chispa. Yo traje los fósforos de la cocina y esta vez sí agarró. Pero un rato después, mientras tu abuela y yo charlábamos en la cocina, la llama volvió a apagarse. Lo hizo con el ruido de algo que desaparece. Nos quedamos calladas y, en medio de ese silencio, tu hermano preguntó:

¿Y papi?

Simplemente se había hecho tarde.

No sabía si preparar la comida: ya eran más de las diez.

Mi suegra había llamado a tu abuelo para avisarle que iba a llegar más tarde. Le dijo alguna mentira. Por supuesto, tu abuelo no sabía que su hijo viajaba todas las noches al casino de Paraná.

¿Qué podíamos hacer? ¿Llamar al casino? Incluso si encontrábamos el número de teléfono, ¿qué les íbamos decir? Estamos buscando a fulanito. Queremos prevenirlo de sí mismo: tiene problemas con el juego.

Decidí que sí, que iba a cocinar. Algo que hiciera feliz a tu padre. Además, yo tenía que ocuparme en algo. Hice un puré de papas y batatas, el favorito de Oscar, y condimenté tres bifés, dos para él y uno para mí. Un rato después, el puré estaba listo. Guardé los bifés en la heladera.

La abuela se sentó con ustedes en el sillón y yo salí a la calle. Sabía que no iba a resolver nada con eso; no por salir a ver yo iba a hacer que tu padre llegara más rápido. Pensé que a lo mejor alcanzaba a distinguir el auto desde lejos, eso podría tranquilizarme un segundo antes. Pero no había nadie afuera. Por todo movimiento vi cómo un camión de doble acoplado pasaba por la calle volcando parte de la arena que traía a la ciudad. La calle quedó cubierta con una alfombra amarilla que el viento metía en la casa. Entré.

¿Y si vamos?, le dije a la abuela.

Pero antes de que ella alcanzara a responder, la llave dio sus dos vueltas en la puerta. Por lo general la llegada de tu padre nos encontraba preparados, pero esta vez no escuchamos el motor del Di Tella al apagarse.

La abuela se despidió con todo el tacto del mundo y pidió que, si era necesario, la llamáramos. Lo dijo como si nosotros debiéramos suponer que ella iba a levantar el tubo antes que su marido.

Calenté el puré y cociné los bifés. Lo hice de una manera mecánica y, antes de sentarme, yo sabía que esa sería también la manera de comer la cena: simplemente porque había que comerla. Oscar, sentado a la mesa, no decía palabra. Le puse el plato enfrente y yo me senté adelante del mío.

Es mixto, dije del puré, como si tu padre no fuera capaz de distinguir una papa de una batata.

Después me quedé callada. Yo cargaba mi tenedor con cantidades minúsculas mientras él se comía la cena en dos bocados. Así comía Oscar cuando estaba nervioso. Increíble.

Esta vez te llevaba yo en mi falda. Tu hermano nos miraba cada tanto desde el sillón; la tele no terminaba atraparlo. Por supuesto, yo tenía un nudo en el estómago pero también tenía miedo de cruzar los cubiertos sobre el plato. No me preguntes por qué, pero si me enfrentaba con ese silencio sin tener las manos ocupadas, todo hubiera sido mucho peor. Entonces tu padre lo dijo:

Perdí el auto.

Yo no dije nada. Creo que ni siquiera lo miré.

Resulta que él había cobrado ese día en el liceo y tenía la plata encima. Al principio todo iba bien. O mejor que bien: ganó lo que correspondía a la martingala en la primera jugada y se creyó con suerte. Una apuesta llevó a la otra y cada tirada traía una ganancia mayor.

En un momento, dijo tu padre, llegué a pensar que iba a pagarle el auto a mi viejo. Que le iba a tocar el timbre esta misma noche y que le iba a dar toda la plata junta.

Pero sin que él lo advirtiera la suerte se empezó a torcer. Jugada a jugada perdió la ganancia de esa noche, después sacó de su bolsillo el primer billete del sueldo y así hasta llegar a las llaves del auto.

Entonces, sí: crucé los cubiertos sobre el plato.

Decime algo, pidió él.

Yo tenía mil cosas para decir. Una buena parte de ellas eran dudas: cómo

es que se llega a apostar un auto, ¿se ponen las llaves sobre la mesa?, ¿se cambian los papeles por fichas? Las otras eran reproches teñidos de dudas. Cómo fue que llevaste el sueldo al casino. Por qué no paraste cuando tenías que hacerlo.

Me puse de pie con el plato y levanté el suyo. En ningún momento te solté: yo podía llevarte en un brazo y hacer mi vida con el otro.

Ya está, dije.

Mary, me dijo.

¿Te quedó algo de plata?, pregunté al final, y él asintió.

¿Cuánto?, pregunté, y él me dijo una cifra. No me acuerdo del número exacto pero era una miseria. Ni siquiera alcanzaría para la comida de mañana.

No la toques, dije de todas formas. Y basta de casinos.

Él tenía su castigo, tal como lo había buscado. Dijo “está bien”, entre resignado y satisfecho.

Entonces me di vuelta y quedé de frente a tu padre. Quedamos *vos y yo* de frente a tu padre.

Es más, creo que deberías darme esa plata.

Cómo, soltó él.

Que me des esa plata, dije y te puse a vos en la falda de Oscar.

Creo que debería ser yo la encargada de la plata, ¿no te parece?

Yo terminé de levantar la mesa y tu hermano se levantó del sillón con su manta al hombro.

Vos no me vas a decir qué hacer con mi plata, dijo tu padre.

Bueno, dije yo, ni que tuvieras tanta.

Era algo terrible para decir y tu padre lo sintió: quedó mudo por un segundo. Después él también dijo algo horrible, sobre mí y sobre el dinero. Te digo, una vez que un matrimonio empieza a discutir puede llegar a lo peor en cuestión de segundos.

Entonces tu hermano se largó a llorar y, como si estuvieran conectados, vos también lloraste.

Debí pensar que yo tenía alguna especie de superioridad moral sobre tu padre porque di un paso y te arranque de sus brazos. No era cierto: los dos nos habíamos dicho cosas espantosas en la misma medida. Pero una madre es una madre. Es la que cuida de los hijos por más que ella misma haya iniciado el

incendio.

Te llevé junto a tu hermano y traté de tranquilizarlos a los dos. Fue el ruido de la puerta el que me hizo volverme. Tu padre se había ido y fue como si lo hiciera por segunda vez en la noche.

Ustedes dos no paraban de llorar. A veces el llanto de uno se apagaba pero faltaba que el otro se diera cuenta para recordarle cuál era el estado de las cosas.

Recurrí al tarro de miel. No éramos de comprar golosinas y esto era lo más parecido a un caramelo que había en toda la casa. Cargué una cucharita y le dí primero a tu hermano y después a vos, y por primera vez en un rato encontraron algo de consuelo. Igual, nada aseguraba que el llanto hubiera terminado: tu hermano hacía pucheros y vos lo mirabas como esperando la señal.

¿Dónde fue papi?, preguntó Juan.

No sé, le dije, y no le estaba mintiendo.

Tuvimos un problema, agregué.

A pesar de sus tres años, yo le hablaba completamente en serio. No lo culpo a tu hermano por haberse ido tan lejos como pudo ni bien estuvo en edad de hacerlo.

¿Va a volver?, preguntó él.

Espero que sí, dije.

En ese momento tanto tu hermano como yo estábamos tratando de entender y creo que vos hacías lo mismo, por cómo nos escuchabas. Yo, casi como en un reflejo, me fijé en la cómoda donde él dejaba las llaves. Por un segundo me había olvidado de que tu padre había perdido el Di Tella. Así de extraña era la situación.

Entonces se escuchó un motor en la calle y tu hermano agarró su manta y encaró para la puerta.

Juani, no es papá, le dije, pero Oscar estaba entrando a casa otra vez. En general era un sonido que me tranquilizaba, el de la llave de tu padre girando en la cerradura, pero nunca lo entendí con claridad hasta esa noche.

Yo di dos pasos hasta la puerta y lo abracé mientras tu hermano salía derecho hasta la calle: había un taxi esperando.

Traelo a Leo, dijo Oscar y sostuvo la puerta.

No había tiempo para explicaciones. Cada segundo valía. Yo te envolví en tu manta y nos metimos en el asiento trasero junto a tu hermano. Por último entró tu padre y le dijo al taxista: maneje nomás. El tipo nos miró por el retrovisor y tu padre dijo que no importaba por dónde, que él mismo podía elegir el camino. El taxista se encogió de hombros y un minuto después tomábamos por el Bulevar.

Aunque era una versión bastante parecida de nuestros paseos en el Di Tella, vos estabas inquieto. Sin llanto todavía, pero no por mucho más. Entonces tu hermano preguntó:

¿Puedo subir?

Así pedía él para acostarse en la luneta.

Tu padre debió entender de inmediato lo que pasaba porque le ordenó al taxista que detuviera el auto. Salieron a hablar, pegados a las puertas y, un segundo después, Oscar me pedía que me pasara adelante. Él ocupó el asiento del conductor y Juan trepó hasta la luneta.

Ahora sí. Vos te habías tranquilizado y empezabas a dormirte. Tu hermano, boca arriba, miraba las estrellas, acostado unos centímetros atrás de la nuca del taxista.

El día siguiente no sería la excepción a todos los demás: habría que levantarse temprano. No tendríamos para comer y, como otras veces, habría que inventar algo. Yo lo miré a Oscar y le sonreí. Pero él estaba manejando. Tu padre no apartaba los ojos del camino.

ROPA VIEJA

Al final, Matías sienta cabeza. Decide irse a vivir con su novia (todavía no la llama *su mujer*) a una casa que alquilan juntos. Al fin y al cabo, todos los amigos del grupo han hecho lo mismo. Todos antes que él.

Cada noche, antes de la cena, Matías sale de casa. Es como si el aire que él necesita para respirar estuviera al otro lado de la puerta. Casi siempre hay alguna buena razón: ir hasta la despensa, echarle nafta al 205 para el día siguiente, visitar a un amigo. Cuando ese motivo no existe, Matías miente, aunque esta noche en particular no hace falta hacerlo.

Después de traer la ropa de invierno de la casa de sus padres y de llenar a presión el único ropero que hay en la casa, queda todavía una montaña por cada lado. La montaña es más alta del lado de ella y su base, claro está, es más ancha. En realidad, del lado de Matías sólo queda una bolsa con ropa vieja que él ha dejado para el final. Ella dice que no piensa tirar ni regalar una sola prenda de su montaña. Después de mirarla por un segundo, él dice: Llevo esto a la iglesia. Ha llegado el momento de deshacerse de esa bolsa.

El párroco de la Stella Maris, la pequeña iglesia que hace unos cincuenta años se llenaba de trabajadores portuarios, se muestra agradecido. No recuerda a Matías de la misa del domingo ni de ninguna otra: al entrar, el cura le ha preguntado su nombre. Pero de inmediato lo trata como si lo conociera desde siempre y le aclara que la donación será de mucha utilidad para los pobres y, a través de ellos, también para el Señor. Él mismo se muestra satisfecho, en todo caso.

El cura tiene el pelo húmedo y a Matías le resulta un poco extraña tanta coquetería en un hombre de religión. Sus manos también están cuidadas, como las de un pianista que toca para la tele, y de un movimiento ha desatado la

bolsa. Casi como parte de su agradecimiento, el cura saca una a una las prendas para extenderlas bajo la luz y después dejarlas en el piso.

Las Caterpillar sin uso que sus padres le regalaron con la esperanza de que se hiciera cargo del campo; su campera de corderito que quedó chica cuando él empezó los aparatos en el gimnasio y que, una vez que los abandonó, volvió a quedarle, pero ya no le gustaba; el pantalón quemado con el escape de la moto, una quemadura que también está en su pantorrilla, en la piel.

—Estás seguro que no querés llevarte nada de esto —dice el cura con gentileza, aunque se lo ve un poco decepcionado.

Para devolver el gesto, Matías se acerca y revisa él también el atado de ropa. Una vez que está al lado del cura entiende que su pelo no está húmedo. Brilla solamente.

—No —le dice Matías sacando un buzo—. Ya no la necesito.

Pero antes de cerrar la bolsa y salir de la iglesia, encuentra la campera de cuerina verde.

Matías baja del auto frente a la casa de su primera novia. Enrejaron la ventana del estudio y cambiaron la vieja puerta del garaje por un portón de policarbonato. En la planta alta asoma una construcción nueva, un cuarto anexado a la habitación de los padres. Es un módulo con aberturas de segunda, revocado pero sin pintar, y con las paredes lijadas por efecto del sol y del viento.

El timbre hace ding dong y no ring, como hacía antes. Un segundo después, Mónica, la madre de Isabel, abre la puerta.

—Matías —dice ella.

—Qué hacés, Mona —devuelve él con total naturalidad, como si Isabel todavía fuera suya.

Mónica no habla. Está de bata y pantuflas. Si no fuera por esa leve caída en un extremo de sus párpados, podría pensarse que no envejeció. Piernas formadas, hombros altos.

—Qué necesitás —dice ella y al instante parece entender que ha sido un poco brusca—. Pasá —agrega.

La casa es la misma que hace diez años. Pusieron un aire acondicionado,

como todo el mundo, y cambiaron el televisor por uno grande como una ventana. El parquet está un poco más abombado y hace un poco más de ruido bajo los pies. La madera está más gastada a la altura del primer paso, justo en el lugar donde debería estar el felpudo.

Mónica estaba planchando: en un extremo de la mesa del comedor hay una pila rectangular de ropa junto a la plancha parada. Es toda ropa de mujer, ni una sola prenda de su marido. Afuera, pegado a la puerta de vidrio que da al patio, un labrador tira vapor por la nariz y, apenas los ve entrar, levanta las orejas.

—¿Y éste? —pregunta Matías.

—Felipe se llama. Lo compró Ricardo para cuidar la inmobiliaria pero después lo trajo para acá.

Matías se acerca a la puerta con lo que el perro se abalanza sobre el vidrio.

—No lo alborotés —ordena Mónica—. Se pone insoportable.

—¿Y el Duqui? —pregunta él, ahora a una distancia prudente del labrador. Ella lo mira sin decir una palabra.

—Estaba viejo —dice él—. ¿A cuánto llegó?

—Catorce. O quince. No sé bien.

—Quince —dice Matías con la mirada en la última camiseta abierta y planchada por la mitad.

—Viven poco —agrega.

—Para ellos es suficiente.

—Digo. Comparado con nosotros.

—Nosotros vivimos demasiado —dice Mónica.

—¿Lo tenía Isa? —pregunta Matías—. ¿Se lo había llevado a Santa Fe?

Mónica niega con la cabeza.

—No había lugar en Santa Fe.

—Pero era chico el Duqui.

—La pensión era más chica.

Matías no dice nada.

—Una pensión de estudiantes —aclara Mónica. Y un segundo después, parece recordar:— Cierto. Vos nunca fuiste.

—Debió ser un golpe duro —dice Matías.

—Isa no sabe.

—Cómo no sabe.

—Le dijimos que se había escapado —aclara Mónica—. Isabel cree que el Duqui está vivo. O cree que está, no sé. Libre.

—Isa no está —dice Mónica—. Viene poco a Concepción.

Matías dice que ya lo sabe. Ambos están de pie, él con la campera verde entre las manos y ella de brazos cruzados. Mónica no le ha ofrecido una silla.

—Hace rato que no me la cruzo —dice Matías.

Mónica levanta una copa de vino que estaba por abajo del nivel de la mesa, apoyada en una silla.

—Vine a devolverle esta campera —dice Matías.

Ella mira la campera por primera vez, con detenimiento.

—Con mi mujer estamos separando la ropa vieja —agrega él—. No hay lugar en el ropero.

—Era mía —dice Mónica—. Yo le presté esta campera a Isa junto con el pantalón del juego.

Matías queda duro:

—No sabía —dice.

—Isa dijo que la había perdido.

—Es de la época en que nos poníamos cualquier cosa —dice él—. ¿Podés creer que yo salía con esta campera?

—Ella sigue vistiéndose así.

—Era un juego —dice Matías.

—Isa se lo tomaba muy en serio. Es como una parte de su vida, su manera de vestirse.

Matías dice que sí.

Mónica retira la campera de las manos de Matías para dejarla sobre la mesa y parece hacerle un gran favor con eso. Después se sirve vino de una botella que sacó de atrás de la cafetera. Ya ha dado el primer trago cuando decide servirle a él.

Matías mira su copa y, después de un rato, también da un trago.

—¿Cómo está? —pregunta.

—Grande —dice Mónica—. Ya es una mujer.

—No sé muy bien qué es eso —admite Matías.

—Alguien que toma sus propias decisiones, supongo.

Esta vez es Matías quien busca la botella atrás de la cafetera. Ella lo mira.

—¿Está casada? —pregunta él después de servirse un buen trago.

—No por iglesia —dice Mónica.

—Está juntada, entonces.

—Juntada suena feo —dice ella—. Es un poco más serio que eso.

—Cualquier cosa es más seria que eso.

Ella lo mira beber.

—Pensé que extrañaba Concepción —dice él.

—Y extraña. O tiene un buen recuerdo de su ciudad, en todo caso.

—Creí que iba a volver. La pasaba mal en Santa Fe.

—Eso fue al principio.

—Me llamaba llorando casi todos los días.

Sin soltarla, Mónica apoya su copa sobre la mesa. Sus dedos están bajo la panza de cristal.

—¿No los llamaba a ustedes?

Ante la mirada de ella, Matías se pierde en el espacio entre sus pies y los de Mónica. Ella agarra la campera verde y camina hacia la escalera.

—Traé la botella —dice.

¿Cuánto hace que no ponía un pie en el cuarto de Isabel? De toda la casa, es el lugar del que Matías tiene un recuerdo más fresco: la cama de una plaza pegada a la pared (¿cómo podían entrar los dos ahí?), el cuadro del viaje a Bariloche, la alfombra que él conoce de pisarla descalzo, el bajo enfundado sobre el techo del ropero.

—Pasá —le dice Mónica desde adentro.

—Los planetas —dice él una vez que alcanza a ver la cuarta pared.

Pegados con cinta frente a la cama hay un afiche por cada planeta a excepción de la Tierra. Júpiter con sus lunas, Marte con sus montañas coloradas, las líneas escarpadas sobre la corteza de Mercurio que, de lejos, parece la Luna.

—Isa era fanática de los planetas —dice Mónica.

—Sí.

—Todavía le gustan.

—Está igual la pieza —dice él.

Matías se acerca a la ventana y mira en dirección al centro.

Antes, desde la cama, se veía solamente el humo del alumbrado público por encima de las casas bajas. Ahora el hotel con sala de convenciones tapa una buena parte de la visión.

—No fue tan fácil —admite Mónica.

—Qué cosa.

—Conservar el cuarto como ella lo dejó. Parece fácil dejar las cosas como están, no tocarlas.

Mientras ella habla Matías no deja de mirar por la ventana.

—Al principio, ni bien Isa se fue, yo entraba poco —cuenta Mónica—. Pasaba el plumero un rato antes de que ella volviera por el fin de semana y ordenaba su cuarto otra vez apenas ella se iba. Pero podían pasar meses sin que esa puerta se abriera.

—Creí que nunca más iba a entrar acá —dice él. Mónica deja la copa sobre la mesita de luz y abre la puerta central del ropero, una puerta ancha con un espejo interior.

Ella recorre las perchas con la punta de los dedos hasta encontrar la que busca, una que lleva colgado el pantalón verde que hace juego con la campera. En ese momento suenan los dos teléfonos al mismo tiempo: el de la cocina y el de la habitación matrimonial. Matías y Mónica se miran y ella sale a la altura del segundo timbre. Solo en la habitación, él deja su copa junto a la de Mónica y da un paso hasta el ropero.

La campera de peluche que Isabel usaba casi todos los días. Al principio, como ocurre con algunas prendas, ella estaba lejos de sentirse conforme: no le gustaba el corte y hasta pensó que se había equivocado al comprarla. Pero con el correr del tiempo, sin que ni ella ni la campera cambiaran de apariencia, pareció irle cada vez mejor al punto que se convirtió en su preferida. El tapado violeta apelonado con una mariposa dorada en la solapa. Matías se acerca al broche metálico y puede ver que hay algunos pelos a la altura del bolsillo superior. No se anima a sacudirlos. Son los pelos cortos y marrones de un cocker, los pelos sueltos del Duqui. Los vestidos de verano están

apretados en una percha tipo prensa, entre ellos el azul y rojo (el vestido de panadera, lo llamaba él), que Matías le regaló en el primero de sus tres viajes a Buenos Aires. Al lado, en una percha del mismo tipo, están también las polleras, todas brillantes y de colores vivos. Es raro verlas quietas y a oscuras. Matías las recuerda en movimiento, cuando Isabel las usaba para bailar bajo las luces de la disco.

El pantalón violeta con cierre en la botamanga. El saco negro y brillante (lo más formal del conjunto) que ella vestía siempre con una musculosa abajo. Hay un pijama con botones, una blusa de la abuela y una camisa de Matías. El piloto blanco y negro, a lunares, sin marca alguna de gotas de lluvia, completamente seco.

—Increíble, ¿no? —dice Mónica desde la puerta.

Matías asiente.

Ella, que no soltó la percha al salir del cuarto, queda ahora junto a él y hace un lugar en el ropero para la campera verde.

—Un día decidió traer toda la ropa de su adolescencia y dejarla en el ropero.

—También es la ropa *de mi* adolescencia —dice Matías.

Mónica lo mira y se aparta lo suficiente como para levantar su copa de vino.

—Isa no quería saber nada con su vida anterior —dice—. La estaba pasando muy mal.

—Sí.

—Nosotros apenas viajábamos a verla. Ricardo decía que eso le iba a servir para acostumbrarse a su nueva vida.

—Tenía razón.

—¿Te parece?

—Terminó funcionando, ¿no? Isa vive en Santa Fe. Tiene marido.

Ella bebe de su copa y mete la mano en el bolsillo de su bata.

—¿Volviste a fumar? —dice Matías en alusión a los cigarrillos—. Pensé que habías dejado.

—Y los dejé —aclara ella—. No fumo adelante de nadie.

Mónica, sin sacar un solo cigarrillo, vuelve a esconder el atado en su bata.

—Por unos meses vivió con dos remeras y un pantalón —dice—. La única amiga que había hecho ese primer año en Santa Fe le prestaba algo de ropa. Una ropa que ella odiaba.

—¿Qué amiga?

—Una evangelista que también vivía en la pensión, ¿te acordás?

—No —dice Matías.

—Cómo no. Sandra, una chica de Corrientes. Estudiaba para nutricionista.

Matías niega con la cabeza.

—Bueno —sigue Mónica—. En fin. Isa lavaba todos los días una de las dos remeras. Solamente en casos extremos recurría a la ayuda de Sandra.

—Dos remeras y un pantalón.

—Para un hombre puede ser suficiente. Pero para una chica como Isabel fue un tormento. Pasaron años hasta que volvió a armar su ropero.

—¿Y vos qué le decías?

—Cómo qué le decía.

—¿No es un poco exagerado cortar así con todo?

—Qué se yo, Matías. Nadie sabe qué hacer en esos casos. ¿Qué hubieras hecho vos en mi lugar?

A ella parece no importarle esta vez: saca el atado, lo pone boca abajo y lo sacude.

—A esta altura estaríamos casados —dice Matías.

Mónica retira el cigarrillo de su boca sin dejar de aspirar. Después suelta el humo.

—Puede ser —dice ella.

Están en el balcón que da a la calle, un paso por fuera de la pieza donde Mónica y Ricardo duermen juntos hace treinta años. Unas cuadras más allá pueden verse los silos del puerto como grandes galpones tubulares puestos de pie y, por más que sea invisible desde acá, no es difícil imaginar el río corriendo en la oscuridad, con otro país en la orilla de enfrente.

—¿Te imaginás? —dice Matías en tono burlón—. Casado, yo.

Mónica debió pensar que Matías hacía un chiste de sí mismo pero cuando lo mira, ve que él está expectante: Matías espera una respuesta.

—Qué querés que te diga, Matías. Hace diez años que no te veo.

—Ahora me fui a vivir con una chica.

—Ahí tenés —dice ella.

—Pero ni hablar de casamiento. El casamiento no es para mí.

Mónica cierra las solapas de su bata y tira el cigarrillo al otro lado de la baranda, hasta su propia vereda. Matías olvidó su copa en la mesita de luz. Por un momento lo duda pero finalmente toma vino directamente de la botella.

—No se puede estar toda la vida con la misma mujer —dice después de limpiarse con la manga.

Mónica no dice nada. Arruga los ojos al viento que viene del río (un viento más frío que fuerte) y por primera vez desde que están en el balcón sorbe con fuerza el agua que cae de su nariz.

—Mis amigos estaban solteros —dice Matías.

—Está bien —dice Mónica.

—No. No está bien. Yo tendría que haber ido ese año.

En ese momento, Ricardo sube el auto a la rampa del garaje. Mientras late el motor por delante de la casa, el marido de Mónica abre el portón de policarbonato.

—Pero me daba miedo viajar —agrega Matías.

—¿Miedo?

Ricardo mete el auto exactamente abajo de ellos y después entra a la casa. Se sienten los ladridos del labrador al pasar por encima de los techos.

—Si viajaba, capaz le terminaba diciendo que quería separarme.

—Pero *querías* separarte —dice Mónica.

—Igual, ya pasó —dice ella—. Isa está lo más bien ahora.

—Se ve que sí.

—Si te sirve de consuelo, no fuiste el único: nosotros tampoco viajamos lo suficiente ese año. Fuimos para la mudanza nada más. Y cuando ella se enfermó.

Matías asiente.

—Esa vez viajé yo y me quedé una semana. No fue fácil al principio. Por la fiebre, Isabel dormía sola. Sandra y yo dormíamos en la cama de Sandra.

Matías mira a la calle sin hablar y las luces se reflejan con claridad en sus ojos.

—Isa me decía que no era su intención hacerme viajar, ponernos en gastos. Que no sabía cómo se enfermó si no había pasado frío ni nada —dice Mónica y, durante un momento, no habla.

—Dijo que si llegaba a tener plata me pagaba el pasaje y capaz también a su padre —agrega ella—. Ya vas a tener hijos algún día. Hay cosas que te parten el alma.

—¿Preguntó por mí? —dice él.

Mónica lo mira por un segundo.

—No preguntó por vos —contesta—. Pero no hablamos mucho durante esa semana. Escuchábamos la radio juntas, leíamos revistas. Al final Isa mejoró y yo me pasé a su colchón. Eso estuvo bien. El último día, mientras hacía el bolso, tuve la sensación de que podía quedarme en Santa Fe.

Matías lleva la botella hasta su boca y da un trago. No se escucha un solo motor desde las calles, definitivamente es el momento en que todos en la ciudad están sentados a la mesa. En alguna parte de esa oscuridad, entre los silos y el balcón, está su propia casa de alquiler con su propia mesa preparada para la cena. Arriba de la madera, el mantel y arriba del mantel, su plato, como un lago congelado.

—Cuando nos despedimos en la estación —sigue Mónica— me dijo que todo iba a cambiar, que ya iba a ponerse fuerte. Yo le dije que no se preocupara: éramos nosotros los que teníamos que viajar más seguido.

—Bueno —dice Matías—, pero ustedes querían que Isa se acostumbre a Santa Fe.

Mónica lo mira.

—No —dice—, para nada. Nosotros queríamos que Isa volviera después de ese primer año. Desde que ella se fue que Ricardo empezó a hacer planes para su vuelta: una casa de alquiler, trabajo en la inmobiliaria.

—Un novio en Concepción —dice él.

Mónica asiente y Matías da el último trago de vino. Ahora sí: la luz de la calle puede verse de este lado de la botella.

—No es lo mismo —dice Matías con los labios húmedos—. Ustedes todavía la pueden ver.

—Porque no queda otra opción.

—Igual —dice Matías en voz baja.

—Bueno —dice ella—, ahora vos también estás con una mujer, ¿no? La vida sigue.

Matías da un paso adelante y se pone de espaldas a Mónica. Ahora mira hacia el centro de convenciones mientras, desde abajo, Ricardo grita el nombre de su mujer.

—Te está llamando —dice Matías sin mirarla.

—Debe necesitar que le cocine.

Ricardo vuelve a gritar y, por toda respuesta, ella prende otro cigarrillo.

—No es para tanto, Matías —dice Mónica—. Uno no se queda con lo mejor. Uno se queda con lo último.

—Bueno —dice Mónica sin salir del garaje.

—Bueno —dice él desde la vereda.

El padre de Isabel entró el auto de culata y el calor del motor recién apagado nubla a un costado el policarbonato de la puerta.

—¿Era ella? —pregunta Matías.

—Quién.

—La llamada de hoy. Cuando estábamos en su cuarto.

Mónica asiente.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad —dice ella—. Que estaba planchando mi ropa. Y que su padre llegaría en cualquier momento.

Matías sabe que al cabo de un segundo, cuando Mónica vuelva a entrar a su casa, tampoco le dirá a su marido que él estuvo ahí.

—Bueno —dice ella.

Matías arranca el auto y lo saca lentamente, aunque cree que podría pasar la noche entera sin moverse, atrás del volante. De todas maneras, no tarda en acostumbrarse a la marcha: el hecho de vivir en Concepción es como quedarse quieto; él conoce cada rincón de esta pequeña ciudad.

A lo sumo los cambios de clima traen una leve excitación. Es lo máximo a lo que se puede aspirar. Hoy las ventanas están bajas y las celosías están echadas. Las plazas están vacías y los bares, cerrados.

Matías dobla por la avenida del puerto y maneja paralelo al río. No alcanza a verlo pero tampoco se pierde de nada. Algunos dicen que el río

nunca es el mismo. Que uno puede comprobarlo con solo tirar una lata de cerveza: un segundo después ya no estará enfrente tuyo. Para él son todas mentiras. Según la opinión de Matías, el río es el mismo hace treinta años.

Ahora dobla por una calle oscura y unas pocas cuadras después se encuentra con la iglesia portuaria. Tanto la capilla como el camino de grava que baja hasta la vereda están iluminados por un reflector blanco.

Matías estaciona atrás de un R18 y su dueño, parado junto al paragolpes trasero, se tapa los ojos con la mano. Es el cura. Está metiendo en el baúl unas cañas que, durante las bodas y los bautismos nocturnos, funcionan como antorchas.

—Ya cerramos —dice el cura cuando Matías se acerca.

—Pensé que atendían todo el día.

El cura se ríe.

—Abierto las 24 horas —dice—. Esas son las estaciones de servicio.

Sin los hábitos, el cura parece un hombre común. Incluso parece alguien que uno puede cruzarse en la barra de un bar.

—Igual mañana volvemos a abrir.

—Mañana.

—Y todas las mañanas —dice el cura—. Todas las mañanas del Señor.

—No importa —dice Matías pero no se mueve del lugar.

—¿Qué pasó? —dice el cura mientras cierra el baúl—. ¿Quieres confesarte?

Cuando Matías no responde el cura borra la sonrisa de su cara y sigue camino hasta el volante.

—Te arrepentiste de dejar la ropa. A muchos les pasa.

—No —dice Matías—. Todo bien.

—No te la podemos devolver —dice el cura desde la ventanilla del auto—. Pasaron unos gitanos.

—¿Gitanos?

—Gitanos —dice el cura—. Se la pusieron ahí mismo.

El cura arranca el auto.

—A esta altura ya está tu ropa por ahí —dice—, perdida por el mundo.

LO ÚLTIMO

—No te lo puedo creer —dijo Paula después de un rato, mientras miraba fijamente el paredón trasero del centro comercial donde se apoyaban las pantallas del complejo de cines. Justo frente a ellos, pero a unas dárseas de distancia, un tubo fluorescente iluminaba la salida de emergencia por la que, un minuto atrás, había salido una empleada con una gorra de visera y una gaseosa tamaño grande en vaso de cartón. «Quiero ser esa chica» había pensado Paula, pero la sensación era en realidad la de querer ser cualquier otra persona salvo ella misma.

—¿Qué es lo que no podés creer? —le devolvió Iván, quien se acababa de convertir en su ex novio o ex marido o ex lo que fuera que habían sido mientras estaban en pareja. Fueron siete años de relación, con una única interrupción de seis meses, y habían vivido juntos casi todo ese tiempo.

—Hace rato que está todo mal —dijo Iván, y por más que fuera quien la estaba cortando, era él quien parecía indignado—. Qué es esa cara. No te hagás la tonta.

Paula no podía entender que Iván le diera una noticia así en un lugar como ese aunque, pensándolo bien, no había un lugar apropiado para recibir esa noticia.

—Esto es lo último —entendió de golpe Paula con la mirada perdida a través del parabrisas, más allá de los autos empapados por la helada que poblaban el estacionamiento y más allá, incluso, de la ciudad.

Iván dejó de mirarla y también llevó la vista al frente, donde su pulgar pegaba contra el volante.

En ese momento se escuchó una explosión y una nueva ráfaga de tiros y, justo cuando Paula abrió su puerta, también los gritos de la sala grande, donde

se proyectaban las películas de acción.

—Vamos a casa —dijo Iván, después de bajar su ventanilla.

—Ni en pedo —respondió ella sin volverse y siguió camino con paso firme.

Paula caminó en la única dirección que era posible, alejándose del río, pero sin ningún rumbo en especial. Caminó junto a la baranda que daba a una de las dársenas del viejo puerto y, al doblar a la izquierda hacia el centro de la ciudad, vio pasar el auto de Iván sin que él se diera vuelta a mirarla. Su ex marido o ex novio conducía a una velocidad media y aminoró incluso un poco más la marcha al llegar al empedrado, como si nada en absoluto estuviera ocurriendo.

Luchando contra su primer impulso, Paula siguió camino: se imaginaba a sí misma en el espejo retrovisor del auto de Iván y de ninguna manera le daría el gusto de quedarse quieta, como desarmada, mientras él seguía avanzando.

Paula subió al puente peatonal que cruzaba primero el supermercado y después la avenida y, ya del otro lado, en la plaza del correo, se subió a un colectivo. Una vez frente a la máquina de boletos, descubrió que había dejado su cartera en el auto.

—Pasá nomás —le dijo el conductor, mientras la miraba por uno de los espejos retrovisores. Ella se lo agradeció pero sintió su mirada en la espalda cuando atravesó el pasillo.

Los únicos dos pasajeros nocturnos la vieron pasar: una mujer mayor con gorro de lana y una bolsa de mandados vacía, y un chico de unos veinte años vestido de raperero. Paula pudo sentir la mirada acusadora de la mujer y la total indiferencia del chico.

Sentada al final del colectivo, del lado de los asientos dobles, juntó un boleto del piso y lo miró antes de volver a tirarlo: se trataba de la línea 14 y, según su reloj, eran las 12 y 50. El 14 cruzaba la ciudad hacia el norte y llegaba hasta el barrio de los judiciales, donde estaba la parada. A mitad de camino pasaba también por la esquina de su casa pero ella hizo un nuevo esfuerzo por no mirar en esa dirección cuando, unos minutos después de subirse, el colectivo cruzaba su calle.

Ya no era *su* calle. Tal como había ocurrido con la primera separación, ella debería pensar adónde ir y hacerse a la idea de que ya no viviría con Iván: a diferencia de aquella vez, ella no suplicaría, eso estaba decidido. Pero

todavía era demasiado pronto para pensar en todo esto y, aunque en breve, a más tardar mañana o pasado, debería actuar con rapidez, su instinto la empujaba a darse un último momento de tranquilidad, un último descanso, después del impacto de la noticia.

Primero se bajó la mujer por la puerta delantera y después el chico vestido de rapero; una vez que Paula lo tuvo cerca, pudo comprobar que olía bien y que su ropa era de buena calidad.

Con las otras dos respiraciones y con el coche absolutamente cerrado, alcanzaba para que llegara a empañarse la parte baja de los vidrios, pero ahora, con solo su propia respiración y la del conductor, ya no era suficiente. Ella sintió frío por primera vez en la noche.

A esta altura, la avenida formaba una bahía y desde la punta de esa curva por la que ahora avanzaban se podía ver, todo atrás, el macizo gris de la ciudad con la avenida en su base, como un subrayado luminoso.

Después el colectivo salió de la parte iluminada y a partir de este punto Paula se perdió. Al cabo de unas pocas cuadras, el coche bajó por un camino de tierra y se detuvo junto a otros colectivos de la misma línea.

—Señorita —dijo el conductor con voz firme. Se había puesto de pie junto a su asiento después de apagar el motor—, hasta acá llegamos.

Paula volvió a recorrer todo el pasillo, esta vez hacia adelante, y bajó por la puerta del frente. Atrás de ella, el conductor apretó una perilla y el coche quedó a oscuras.

—¿Cuándo sale el de vuelta? —preguntó ella.

—Éste es el último —dijo el conductor—, con éste cerramos. A las cinco sale el primero del turno.

Ella miró para el lado de la ciudad donde, a unas cuadras, se alcanzaban a ver las luces de la primera avenida. Prefería no mirar en la otra dirección, donde se veía el terraplén y, justo arriba, derecho a ellos, la carcasa de un auto quemado.

—Si quiere la puedo acercar. Voy hasta Pompeya.

El hombre se había dirigido a la caseta de la parada y había azotado la puerta sin ninguna necesidad. Después puso doble llave y se aclaró la garganta.

—No, gracias —respondió ella con tanta naturalidad como era posible—. Preguntaba para saber. Vivo acá cerca.

A partir de ese momento el hombre dejó de mirarla. Prendió un cigarrillo y se subió a un Fiat 147 que sacó con cuidado hasta llegar al asfalto, donde lo hizo rugir. Paula se acercó a la luz de emergencia que había quedado prendida sobre la puerta de la caseta, respiró hondo tres veces y dio el primer paso rumbo a la avenida.

Los primeros pasos fueron tranquilos, o eso quiso creer, pero no había recorrido media cuadra todavía cuando escuchó una explosión: era un petardo o un caño de escape, se convenció ella, ni pensar en la tercera posibilidad. Apuró el paso y aguzó los sentidos. Ahora sabía cómo sonaba cada parte de su zapatilla: talón, suela, punta. Sintió las hojas secas que rodaban por atrás suyo. Por favor, se dijo, no te des vuelta.

En la cuadra siguiente, dos chicos doblaron en su dirección. Uno de ellos se detuvo y meó en el medio de la calle, y el otro, que llevaba una botella de plástico en la mano, pateó una piedra que se detuvo justo delante de ella. El miedo la paralizó, pero siguió caminando.

—Te dormiste —le dijeron desde el costado.

Ella creyó haber dado un salto, aunque no estaba segura de que lo hubiera hecho.

—¿Cómo? —dijo Paula con el poco aire que tenía en los pulmones.

—Que te dormiste.

Era un hombre joven, de cara amable. Estaba vestido con ropa gastada pero de manera prolija y llevaba en la mano un vaso de lo que parecía ser un jugo de pomelo. Tenía el aspecto de quien había dejado de fumar y recién ahora empezaba a tolerarlo. A Paula le extrañó encontrarse con alguien así en un lugar como ese, pero, ¿por qué no? Lo importante era que aquel hombre le había permitido salirse del camino de los otros dos, como si Paula estuviera en el fin del mundo por un motivo razonable.

—Muchos pasajeros se duermen en los colectivos y se despiertan en la parada. Casi todas las noches pasa.

—Sí —mintió ella—. Me dormí.

Justo en ese momento los otros dos pasaban por atrás de Paula. El hombre joven los miró como midiendo sus intenciones.

—¿Querés que te pida un taxi? —preguntó él un segundo después.

—Sí —dijo ella, y parecía suplicarlo con todo su cuerpo—. Por favor.

La casa del hombre era cálida. Había una lámpara encendida en una esquina sobre un sillón de mimbre y, exactamente a la distancia de un par de piernas estiradas, una mesita ratona con un libro abierto.

En ese momento el hombre escuchaba algo que, a grandes rasgos, ella identificó como música clásica. Estaba ejecutada por un piano y Paula juzgó sería esa música, pero delicada a la vez. De acuerdo con su punto de vista o, en todo caso, según su propia experiencia, no eran dos cualidades que fueran de la mano: el caso más cercano era el de Iván, serio y hosco, serio y amargo. Ella lo veía ahora con toda claridad.

Por atrás del piano se sentían los quemadores de la estufa trabajando a toda marcha y, más atrás todavía, las olas bajas del río, si es que era posible escuchar un sonido tan leve.

—Va a demorar siete minutos —dijo el hombre apareciendo nuevamente—. Siete minutos según la operadora.

Paula se preguntó por la edad de él y la comparó en secreto con la suya.

—¿Siempre salís a buscar pasajeros dormidos a la puerta de tu casa?

Él se rió.

—Todas las noches —respondió el hombre—. ¿Venías del trabajo? O ibas. La mayoría se duerme así.

—No —dijo ella apartando la vista. Se hizo un silencio rodeado por la música—. Trabajo de mañana.

Un momento después llegó el taxi. Pero antes de subir, se presentaron. Paula, dijo ella; Leo, dijo él, y se dieron la mano con suavidad. Muchas gracias, dijo Paula, y él le aseguró que no había sido nada, que si ella se volvía a dormir en un colectivo de la línea 14, ya sabía qué puerta debía golpear. Los dos sonrieron y él esperó a que el auto estuviera en camino para volver a su casa.

Una vez a salvo en el interior del taxi, de vuelta en las calles de asfalto, ella pensó en el hombre llamado Leo. Capaz todo dependía de la suerte: si empezabas con buen pie inmediatamente después de separarte, había muchas posibilidades de que las cosas siguieran de esa manera, y Paula debía admitir que haber entrado en la casa de Leo era a todas luces una señal de buena suerte. Por los siete o diez minutos que el taxi había demorado en llegar, ella se había olvidado por completo de que acababa de separarse. Incluso ahora se sentía un poco lejos de todo aquello y hasta se dijo que solamente le quedaba

el trabajo físico por delante, el de empacar sus cosas y subirlas a un flete.



ACERCA DEL AUTOR

Francisco Bitar nació en 1981 en Santa Fe, ciudad en la que reside. Publicó los libros de poemas *Negativos* (2007), *El olimpo* (2009), *Ropa vieja: la muerte de una estrella* (2011) y *The Volturmo Poems* (2015); la novela *Tambor de arranque* (2012); los volúmenes de cuentos *Luces de Navidad* (2014) y *Acá había un río* (2015), y la crónica *Historia oral de la cerveza* (2015). Es Licenciado en Letras y coordina talleres de escritura.

AGRADECIMIENTOS

Las lecturas que en su momento realizaron Nora Avaro, Maximiliano Crespi, Federico Falco y Luciano Lamberti permitieron que este libro mejorase. A ellos, mi agradecimiento y mi amistad.